

Francisco Angulo

La reliquia

Mandala & LápizCero

© Francisco Angulo, 2006

Editor:

Javier Estévez Lozano

© Mandala & LápizCero, 2006

C/ Moquetas, 19

28029 Madrid

91 314 86 23

mandala.lapizcero@gmail.com

Auspiciado por:

CiÑe (Círculo independiente Ñ de escritores)

www.circuloindependiente.net

info@circuloindependiente.net

669 900 284

Distribuye:

Octógono Libros

Imprime: Publidisa

ISBN:

Depósito legal:

Impreso en España/Printed in Spain

Todos los derechos reservados

La reliquia

Ojos Castaños

«OJOS CASTAÑOS» pasaba largas horas observándome; no sé lo que vio en mí, pero le encantaba sentarse en la hierba enfrente y mirarme detenidamente; lo cierto es que me encantaba contemplarla. Era de altura pequeña, no llegaba al metro y medio, físicamente delgada, tenía una piel morena que solía llevar cubierta con pieles de animales para protegerse del frío; también portaba diferentes adornos en el pelo dependiendo de la época del año: en primavera solía trenzarse algunas flores y en invierno algunas cintas tintadas de colores; además solía ponerse algún adorno colgando del cuello a modo de collar, normalmente alguna tira fina de cuero y, como joya, alguna concha o figurilla de barro que ella misma modelaba con sus manos. Pertenece a una tribu que se había establecido cerca de mi posición, en unas cuevas poco profundas, que utilizaban como hogar. «Ojos Castaños» tenía una mirada intensa y observaba todo con curiosidad, intentando comprender el mundo que la rodeaba, como si todo formase parte de un mundo mágico; percibía el movimiento en las copas de los árboles provocado por el viento, sostenía sobre su mano insectos con cuidado de no dañarlos, y después de observarlos intentando comprender qué eran, los devolvía de nuevo a la tierra. También le encantaba contemplar los pájaros e imitarlos; acostumbraba divertirse corriendo en círculos a mi alrededor, estirando

los brazos y moviéndolos arriba y abajo como si fuese un ave.

En primavera crecía una hierba alta en la pequeña pradera que se encontraba a la izquierda, una pradera de hierba verde y alta, plagada de dientes de león. A «Ojos Castaños» le encantaba saltar sobre el verde y con sus saltos se llenaba todo de la simiente de los dientes de león, que eran arrastradas por la suave brisa de primavera. Aquella bella criatura era incansable y podía tirarse horas saltando y jugando a atrapar las semillas que revoloteaban en el viento, cuando ascendían, «Ojos Castaños» dejaba de saltar y se quedaba quieta, de pie, con la cara hacia arriba, los ojos cerrados y esperando en silencio. Entonces, algunas empezaban a descender suavemente y caían sobre su cara acariciándola. Me hubiese gustado poder notar aquella sensación, sentir cómo las suaves semillas caían sobre mí como plumas; en ciertas ocasiones alguna le entraba en la nariz y la hacían estornudar; eso me parecía muy gracioso, porque «Ojos Castaños» se quedaba muy sorprendida, con gesto de preguntarse qué era lo que había ocurrido.

Menos los días de lluvia, venía a verme siempre; era algo que me hacía ilusión y, cuando el día despertaba soleado, la esperaba hasta que la veía aparecer subiendo la pendiente que llegaba hasta mi posición; por lo general, subía tarareando alguna melodía y saltando al caminar.

La llegada de la primavera era una época espectacular: las aves migratorias me sobrevolaban en enormes bandadas; los almendros en flor junto con las bandadas de aves eran signo inequívoco de que la

primavera estaba a punto de llegar. En primavera todo se llenaba de color y de sonido, los pájaros y las ardillas iniciaban sus rituales de cortejo y todo estaba plagado de vida. «Ojos Castaños» observaba siempre con asombro el maravilloso mundo que nos rodeaba; algunos días pasaba la tarde junto a mí y en verano se quedaba hasta el oscurecer; entonces, se tumbaba en la hierba y contemplaba el firmamento; la luz de las estrellas era brillante, y se podían divisar con gran detalle las constelaciones. Se fijaba en las estrellas a través de aquel cielo claro, limpio y cristalino; alzaba la mano y señalaba una estrella, luego la desplazaba señalando otra y así sucesivamente hasta formar una figura; era un juego mágico, pues al terminar de hacer la figura esta quedaba iluminada en el firmamento; después se iba apagando suavemente hasta desvanecerse por completo; entonces, dibujaba una nueva figura, y así sucesivamente.

En invierno, a la altura a la que me encontraba, todo se cubría por un manto blanco; era curioso ver cómo la nieve virgen recién caída se llenaba de huellas, de la misma manera que se llena de letras una página en blanco; los animales esperaban en sus madrigueras hasta que dejaba de nevar, y luego salían con prisa, ansiosos por ver aquel magnífico paisaje; todo se cubría por la gruesa capa blanca, un velo de una blancura perfecta, «Ojos Castaños» quedaba muy sorprendida con aquel paisaje; con las primeras nevadas se emocionaba y le encantaba salir a saltar sobre la nieve; otras veces cogía un puñado de nieve en las manos y lo apretaba con fuerza, compactándolo, y luego lo lamía saboreándolo.

«En un principio los hombres inventaron el lenguaje para comunicarse los unos con los otros y, con el tiempo, lo perfeccionaron tanto que las personas dejaron de hablarse por miedo a equivocarse». Cuando «Ojos Castaños» se hizo más mayor, emitía sonidos y hacía gestos intentando comunicarse conmigo. Le encantaba ver cómo crecían las plantas, contemplar cómo, donde antes no había nada, más que tierra, depositando unas semillas poco a poco crecían plantas con hermosas flores y árboles con dulces frutos; así que cada vez dedicó más tiempo a ello, maravillándose de ver crecer aquellos hermosos árboles. Sembró diferentes especies y llegó a crear maravillosos jardines, entre los que paseaba con satisfacción contemplando aquel precioso tamiz de la naturaleza. Tuvo una gran familia y enseñó a sus hijos los cuidados que la tierra requerían, los cuidados que las plantas necesitaban y les hizo comprender cómo con tan poco esfuerzo, la naturaleza se lo agradecía ampliamente. Si uno daba de beber a la tierra, ésta le devolvía a uno el favor proporcionándole alimentos.

No sé en qué momento o por qué causa comenzó a comportarse como los jardineros; pasó de observar la naturaleza a interactuar con ella, dando vida a nuevas plantas. Supongo que después de contemplar mucho, de observar con detenimiento todos los seres vivos, despertó en ella un profundo respeto por todos ellos, vio en ellos algo con lo que se identificó, quizás los tomó como hermanos, o incluso como maestros, pues observando a muchos animales, fue como aprendió a crear aquellos preciosos jardines. A veces, la persona

más sabia tiene mucho que aprender de una hormiga o de un jilguero.

Creó bosques de almendros y cerezos, que cuando florecían lo llenaban todo de color; la aparición de sus flores era la señal inequívoca de la llegada de la primavera; cuando las flores maduraban, sus pétalos se desprendían, unos pequeños pétalos, de color blanco como la nieve que volaban grácilmente en la ligera brisa. «Ojos Castaños» paseaba bajo las copas de aquellos árboles con los ojos cerrados, la cara mirando hacia el cielo y las manos extendidas como si fuesen alas. Los pequeños pétalos de las flores caían sobre ella y caminaba sobre ellos, sobre una tierra empapada de agua, que al andar se notaba blanda bajo los pies desnudos, un caminar suave sobre pétalos de flor que se asemejaba a caminar sobre plumas.

El tiempo pasó rápidamente para mí, tan rápido como llega el verano y se marcha, así de rápido vi envejecer a «Ojos Castaños»; ya no venía dando saltos ni jugando; ahora le costaba mucho subir la pendiente y sus ojos parecían ir apagándose lentamente; aquella mirada inquieta se iba cristalizando, congelándose como el agua estancada en el frío invierno.

Amaneció el día con una fuerte lluvia y el suelo empapado de agua se llenó de barro; entonces vi subir la cuesta a «Ojos Castaños»; subía despacio; lentamente, se acercó a mí, me miró unos instantes y después se agachó; se agachó y metió sus manos en el barro, las juntó llenándolas de barro y me las acercó; me miró nuevamente y comenzó a ponerme el barro sobre la estructura; una y otra vez realizó esta misma operación, hasta conseguir formar una figura, una figura con forma humana. Después de terminar la escultura, se

detuvo de nuevo para observarme y acto seguido se marchó. El sol salió de entre las nubes y solidificó el barro.

Días más tarde la vi subir la cuesta de nuevo; era ya una mujer muy anciana y subía acompañada de varios componentes más jóvenes de su misma especie. Se acercaron y «Ojos Castaños» me señaló con la mano al mismo tiempo que emitía unos sonidos con la boca; todos los miembros de la tribu me miraron. «Ojos Castaños» le hizo un suave gesto al miembro que la sostenía agarrada de un brazo para ayudarle a mantener el equilibrio y este la soltó, tambaleándose. Se me acercó llevando en sus manos unas flores y las puso junto a mí; entonces agachó suavemente la cabeza y todos los miembros de su clan hicieron lo mismo. Después de esto me miró y comenzó a decir unas palabras; no entendía su idioma pero supe perfectamente lo que me quiso decir; sabía que su vida estaba llegando a su fin y me daba gracias a mí por haber podido ver tantas maravillas a lo largo de su vida; me agradecía a mí el don de la vida y me mostraba sus descendientes para que yo cuidase de ellos cuando ella no estuviese.

Realmente me encontré mal ante aquella situación, pues yo no podía hacer nada para ayudarla; me hubiese gustado al menos ser capaz de comunicarme con ella, decirle que me gustó mucho su compañía, que me hizo pasar infinidad de buenos momentos observándola, pero no podía comunicarme con ella. Vi a «Ojos Castaños» por última vez aquel día y aún sueño con ella a menudo.

La creación del universo

EN UN PRINCIPIO no había nada. No pensemos que la nada es igual a cero, pues el cero es un equilibrio entre lo positivo y lo negativo; en cambio la nada no tiene equilibrio. La nada se puede definir como la ausencia de cosas y también como la cantidad de números negativos que puede haber en una cuenta. Si no tenemos 5 monedas, esto es nada, pero es un nada cuantificable, por lo tanto ya es algo. En el universo, la nada puede ser antimateria, puede ser el espacio donde no llega la luz de las estrellas, pero sea como quiera que nos lo imaginemos nunca será cero. El cero no existe en la naturaleza, el cero no existe en el universo, el cero solo existe en nuestra mente.

En un principio no había nada, solo oscuridad, una oscuridad que se esparcía por todas partes y, al expandirse, tomó velocidad y al tener movimiento, se creó el tiempo. Con este movimiento la nada comenzó a girar, girando cada vez con mayor velocidad sobre sí misma. Al alcanzar una velocidad, creó la energía y cuando alcanzó aún más velocidad, esa energía creó la materia. Al girar a esa enorme velocidad, una única partícula creó una fuerza gravitatoria a su alrededor, y llegó a pesar tanto como todo el universo. Finalmente se colapsó, fraccionándose en pedazos tan pequeños que produjeron una enorme energía al salir disparados. Los pequeños fragmentos atómicos, expulsados a ve-

locidades cercanas a la de la luz, aumentaron su masa y su volumen.

La nada dio paso al tiempo, el tiempo al movimiento, el movimiento a la energía y la energía creó la materia. De una pequeña porción de materia, tan pequeña que era imperceptible, se creó todo el universo; al ser fragmentada por la fuerza centrífuga, lanzándola al espacio en infinitas porciones, que adquirieron una masa mayor por la alta velocidad a la que salieron disparadas.

Un instante después del *Big bang*

AUNQUE DESDE nuestro punto de vista ha pasado mucho tiempo desde la gran explosión, realmente vivimos un instante después de la misma y podríamos decir que debido a esto existimos. La energía, al moverse a velocidades cercanas a la de la luz, se transforma en materia y todo nuestro universo se creó a partir de una pequeña partícula, la partícula primordial que estalló despidiendo sus fragmentos en todas direcciones a tal velocidad que creó todo el universo. Podemos imaginar la explosión como el estallido que produce un cohete de fuegos artificiales; en ese breve instante en el que el destello ilumina el cielo, vivimos nosotros.

Todo el universo, toda la materia que percibimos existe porque tiene velocidad. Del mismo modo que se apagan las luces del cohete, desaparecerá la materia que forma el universo cuando este pierda totalmente su velocidad.

Seguimos moviéndonos a velocidades cercanas a la de la luz; si nos parásemos desapareceríamos.

Es posible que el universo jamás se contraiga, que jamás se frene y dé marcha atrás, haciendo muy poco probable un *Big craks*. Una de las posibilidades puede ser que todo el universo cayese en forma de parábola como una piedra lanzada hacia el horizonte y que se curvase en una forma esférica juntándose de nuevo toda materia al caer sobre un mismo punto al otro

lado del globo. Por otra parte, podría suceder que las galaxias fuesen perdiendo velocidad poco a poco y a no ser que las partículas que forman la materia aumentasen su velocidad de vibración al mismo tiempo que disminuyese la velocidad de expansión del universo, todo el universo desaparecería del mismo modo que desaparece el resplandor de un cohete en la oscuridad de la noche.

No importa qué masa tenga una estrella o cuánta energía acumule una galaxia; en cuanto pierda velocidad no le quedará espacio-tiempo para existir.

El fin de los tiempos podría producirse de forma violenta. El universo se expande de la misma forma que un globo al ser inflado. Gracias a esta velocidad de expansión junto con la velocidad vibratoria del mismo universo han dado lugar a la materia.

Si el universo se frenase, si su movimiento disminuyese, la materia podría dejar de existir de una forma violenta e instantánea. El universo entero podría desaparecer en un instante, del mismo modo que el globo al que no paramos de insuflarle aire termina estallando. Obtendríamos, en ese caso, en lugar de una explosión, una desaparición, una eliminación instantánea de la materia y del espacio tiempo.

Por otra parte, nos sentiremos más cómodos pensando que si el universo perdiese velocidad al dejar de expandirse, la podría recuperar al comenzar a contraerse; sería entonces un retroceso suave hasta el punto de partida.

Podemos pensar que el universo es como un ser vivo y que puede morir súbitamente en cualquier momento de un colapso o que después de crecer y crecer volverá a encoger hasta ser una partícula.

Evolución

LA CADENA de descendientes homínidos no hace más que crecer día a día, remontándose cada vez más y más atrás en el tiempo. Posiblemente los primeros homínidos dispusieron por primera vez de una ventaja que ninguna otra especie había poseído, al caminar sobre dos patas, al desplazarse entre la hierba alta para desplazarse de un árbol a otro; podían ver mejor, encontrándose alerta por si algún depredador merodeaba cerca. Caminar sobre dos patas les dio aún mayores ventajas, ya que ahora las extremidades superiores quedaban libres y podían utilizarlas para extraer el alimento con mayor facilidad de los sitios más inaccesibles. En un determinado momento se comenzaron a utilizar piedras y palos como instrumentos para machacar las semillas y extraer termitas de sus nidos. Gracias a estas nuevas habilidades, la dieta cambió, pasando de comer únicamente fruta a una variedad mayor de alimentos; después de esto, adquirieron la destreza para fabricar objetos punzantes y arrojadizos, también desarrollaron las primeras estrategias de caza. Con esta mejorada alimentación, el cerebro pudo desarrollarse aún más y, gracias a ello, comenzaron a desarrollar el lenguaje, e incluso el arte, pintando las paredes en las cuevas que utilizaban como hogar. Desde ese momento hasta el momento actual realmente ha pasado un periodo pequeño si lo comparamos con el tiempo anterior, desde

que bajamos de los árboles por primera vez hasta que llegamos al punto en que fuimos capaces de dominar el fuego.

De León

EL CAMIÓN destartado resoplaba y vibraba, temblaba a cada paso mientras subía por la empinada carretera. Era un camión pequeño de los que se pueden conducir con el carné normal para turismos. El estado del vehículo era deplorable, parecía que en cualquier momento se le caería el motor al suelo. En su interior, León, su conductor, no tenía mucha mejor pinta. León era un hombre un tanto peculiar: tenía la cabeza grande y redonda como una sandía, y normalmente tenía la cara muy roja debido a su afición por el anís. También llamaban la atención sus manos, unas manos grandes que daban el aspecto de ser fuertes pero también muy torpes.

León y su camión formaban un equipo singular; el vehículo avanzaba por la carretera como un elefante moribundo, aunque cuando llegaba una bajada parecía tener prisa por desmoronarse, como si quisiera quitarse la carrocería y quedar solo en motor y ruedas para conseguir así alcanzar más velocidad. Iba de un lado al otro de la carretera invadiendo en ocasiones el carril contrario; esto sucedía cuando León encendía un cigarrillo; pues mientras lo hacía, se movía lentamente; primero sacaba el paquete de tabaco del bolsillo junto al pecho de su camisa, metiendo la mano por el cuello del jersey sacaba el paquete y se lo llevaba a la boca, haciendo que saliese uno de los cigarrillos por la zona

desprecintada del paquete y, sosteniéndolo entre los labios, empezaba a buscar el encendedor mirando primero en el salpicadero entre todos aquellos papeles, multas y hojas de transportes antiguos; después continuaba buscando en un receptáculo que se encontraba por debajo del salpicadero, en el centro del vehículo, cerca de la palanca de cambios; después de mirar en este buscaba en la guantera; esta estaba ya más lejos, enfrente del asiento del copiloto, por lo que tenía que recostarse echándose hacia un lado para poder llegar; los movimientos de León eran lentos y despreocupados; nada parecía importar que el camión fuese dando bandazos de un lado al otro de la carretera y que los demás conductores le pitasen e increpasen. Por fin encontró el tan preciado encendedor, con lo que se le dibujó una fugaz pero marcada mueca en la cara, como el que encuentra un objeto de gran valor. La ventana del conductor se encontraba medio bajada y entraba bastante aire de la calle apagando la llama cada vez que intentaba encender el cigarrillo. Entonces, soltando la mano que sujetaba el volante, la puso alrededor del encendedor, para evitar que el aire lo apagase nuevamente y, agachándose al mismo tiempo, intentó una y otra vez encender el cigarrillo, mientras que el camión iba sin ningún tipo de control por la carretera. El vehículo tomó una trayectoria directa a un turismo que venía de frente; la colisión era inminente pero León estaba muy ocupado intentado encender el cigarrillo y el camión parecía acelerarse más y más; parecía que el viejo camioncillo había tomado la determinación de terminar con su sufrida vida. Un pitido se escuchó con fuerza y su sonido aumentó con mucha velocidad, lo que indicaba que el vehículo se aproximaba; un chirrido de

ruedas contra el asfalto al derrapar y León levantó la cabeza. Un pequeño turismo de color rojo se encontraba ya casi debajo del camión. De sus ruedas bloqueadas por los frenos salía humo al haber derrapado deslizándose por el pavimento. Un brusco volantazo por parte de León consiguió devolver al camión a su carril dejando de invadir el carril contrario y, por una extraña casualidad, consiguió evitar la colisión. Cogió el cigarrillo, aún sin encender, con la misma mano que sostenía el encendedor a la vez que salieron unas vociferantes palabras de su boca:

—¡Alfabeto! Como me vuelvas a achuchar te meto.

El suceso le causó fatiga y aún se puso más colorado; en realidad, más que colorado, ahora tenía un tono amarotado, y desde la sien le resbaló una gota de sudor recorriendo la mejilla; entonces vio que un poco más adelante había un bar de carretera y decidió olvidar lo sucedido tomándose una deliciosa copa de anís; era ya tarde y empezaba a anochecer así que era el momento idóneo para parar a echar un trago, ya solo quedaba por hacer la última entrega, que era una caja de más o menos un metro por un metro, que estaba bien embalada, en la dirección de envío especificada que se trataba de un monasterio; así que León decidió parar en el bar y de paso preguntar dónde se encontraba el monasterio. Cogió el desvío que llevaba hasta la puerta y casi en la misma aparcó el camión, como si quisiese entrar con él en el local.

El exterior del local era de hormigón y este parecía más un búnker de guerra que un bar, pero esto no era demasiado importante, lo importante era que tuviesen anís y sobre todo que este fuese de calidad, como el

anís *Sanblas* que era su preferido. Subió dos peldaños y entró empujando la puerta metálica, que al soltarla se cerró con violencia para quedar luego atascada a medio cerrar al rozar con las baldosas desiguales del piso. Entrando, a la derecha se encontraba el mostrador y a la izquierda unas cuantas mesas y sillas vacías; junto a la barra se encontraban dos personas y tras ella el camarero, un hombre con una tupida barba, pero casi sin ningún pelo en la cabeza. Se puso al otro extremo de la barra y pidió una copa de *Sanblas*; el camarero se la sirvió de inmediato y los ojos de León destellaron fugazmente de felicidad. Tras el mostrador un reloj rectangular en el que los dígitos están escritos en tarjetas que pasan unas sobre las otras al cambiar la hora como los paneles informativos de las estaciones, y debajo del marcador horario tienen otro que marca el día y el año; marcaba exactamente las 19:28 del 04 de junio de 1978. Tras echarle un breve vistazo, León continuó bebiendo de su copa; bebía tragos cortos y mantenía el licor unos momentos en la boca para saborearlo; después de tragarlo dejaba entrar aire en la boca al mismo tiempo que daba con la lengua contra el paladar.

«Estudios recientes han descubierto que todos los seres vivos descendemos de un organismo pluricelular muy elemental y este es la esponja de mar. Cuando lo leí en la prensa enseguida me pareció muy obvio, tantos años de estudio científico para darse cuenta de que el hombre evolucionó a partir de la esponja. Con mirar a León, uno se daría cuenta de inmediato, pues absorbía el anís como una esponja».

Cuando estaba terminando la segunda copa se encontraba entre los dos clientes del bar preguntándo-

les por el monasterio. Normalmente se ponía a hablar incluso con las piedras, no le costaba lo más mínimo contar su vida al primero que tuviese cerca; las conversaciones las solía comenzar alabando una y otra vez la ciudad o el pueblo en el que se encontrase y, a medida que iba cogiendo confianza con las personas y que las copas le empezaban a saber a agua, terminaba por criticarles, primero haciendo comparaciones con otros pueblos dando a entender que el de estos era peor, y finalmente criticando el carácter de las personas, pasando de las críticas a los insultos, como el que terminó diciéndole al camarero:

—Mira qué cabecita, ¡si parece el culo de un bebé!

Por supuesto, muy a menudo terminaban por echarle literalmente de los bares, como sucedió en esta ocasión. Volver a casa con unas copas de más solía ser lo habitual; pensaba que lo único malo que a uno le podía suceder al conducir en aquel estado podía ser que te parase la policía en un control de alcoholemia. León tenía tres niños pequeños de cuatro, cinco y siete años; cuando llegaba a casa solían estar viendo la tele; el tema de conversación al llegar a casa solía ser retomar la discusión que había tenido en el bar y de la misma manera comenzar alabando a la mujer y los niños, para poco a poco ir primero criticándolos y finalmente insultándolos. Las discusiones terminaban a voces y los insultos terminaban por oírse en todo el vecindario. Era una zona de casas bajas, construidas en ladrillo y adosadas de dos en dos; tenían un pequeño porche de entrada al que se llegaba tras subir cinco escalones, y las pequeñas ventanas eran de forma redonda, como las de un barco. León solía hablar de ello comentando que el

arquitecto era ingeniero naval, pero que debido a una enfermedad en las articulaciones, no podía vivir cerca del mar, y por eso se dedicó a construir casas. A los pies de la casa se extendía un pequeño trozo de tierra en el que la mayoría de la gente sembraba flores dando un aspecto más acogedor a las viviendas, aunque en el caso de León solo había un trozo de tierra con algunas plantas secas que delataban lo que fue un intento de huerto y los pocos conocimientos como horticultor de su dueño. En esta vida unos plantan flores y otros plantan fuego; desde luego León no plantaba flores.

Pasaron más de tres meses y la vida seguía como siempre entre transportes y copas, terminando cada día con una nueva discusión. Un día, al llegar a casa, aparcó el camión justo enfrente; esto era una suerte pues no solía haber aparcamiento casi nunca. Al bajar del camión de pronto le vino a la memoria la imagen de la caja que tenía que haber entregado hacía ya más de tres meses. Abrió la puerta trasera del camión con la esperanza de que la caja no se encontrase allí, pero al dejar entrar la luz de la calle comprobó que la caja estaba realmente en el camión; esto era un verdadero problema, pues le gustaba seguir a rajatabla el código del transportista y este prohibía entre otras cosas curiosear la mercancía y, por supuesto, jamás quedarse con parte o totalidad de un envío. Qué podía hacer; primeramente pensó en devolverla, pero así todo el mundo se daría cuenta del error que cometió; esto le podía meter en un buen lío y llevarle incluso a perder el trabajo. Por otra parte, si tras el período de tiempo transcurrido nadie había reclamado la mercancía, a lo mejor ya nunca la reclamasen, así que si no hay reclamación no hay problema. Pensó que lo mejor que

podía hacer entonces, al menos por el momento, era descargar la caja y guardarla en su casa; por su puesto, no abriría la caja y en cuanto le fuese posible buscaría la dirección del destinatario y la enviaría de forma anónima con otra empresa de transporte. Subió al camión, no sin mucho esfuerzo, pues la jornada laboral ya había terminado y, por supuesto, ya llevaba tomadas unas cuantas copas de *Sanblas*. Una vez arriba caminó por el interior del vehículo, con pasos cortos y tintineantes, como los de una muñeca con las pilas a punto de agotarse, hasta llegar a la caja que se encontraba en el fondo del camión; luego intentó moverla.

—Demonios, ¡esto pesa más que el plomo! —exclamó con una voz exhalante al mismo tiempo que el color rojo de la cara se le tornaba morado por el esfuerzo realizado al empujar la caja; pero nada, ni un centímetro, la caja no se movió ni un centímetro.

—Verás tú si te mueves o no —le dijo a la caja mientras retomaba fuerzas y se preparaba para darle un nuevo empujón. Aplicando toda su fuerza y el peso de su cuerpo sobre una esquina de la caja consiguió que esta se desplazase unos centímetros; seguidamente empujó la otra esquina; así empujando alternativamente una y otra esquina, consiguió llevar la caja hasta la puerta del camión; siguió empujando sin percatarse de que la caja ya sobresalía de él.

—¡Vamos condenada! Un empujón más y vas lista.

Y, efectivamente, fueron listos los dos, pues la caja salió rodando del camión y detrás de ella iba León, que cayó dando trompiquetas sobre ella, para finalizar tendido en el suelo. La caja, al caer, se despedazó dejando al descubierto su contenido: era una figura con forma

de virgen, al menos eso fue lo que le pareció, aunque la cabeza de la misma se encontraba en el suelo separada del cuerpo debido a la violencia del golpe recibido.

—Bueno, bueno, no nos alarmemos, que todo tiene solución.

De la cabina del camión sacó un rollo de cinta adhesiva en el que estaba impreso el logotipo de la compañía de transportes y que se utilizaba para precintar las cajas mal embaladas; con ella pegó la cabeza al cuerpo de la figura. El resultado era una verdadera chapuza.

—¡Perfecto! ¿Ves qué guapa te he dejado? Con collar y todo.

Como pudo, a ratos arrastrándola y a tramos haciéndola rodar, la consiguió llevar a casa.

**ANIS
SANBLAS**

LA BEBIDA
NACIONAL
MAS
TRADICIONAL



ANIS SECO

ANIS
SANBLAS

ANIS SANBLAS
DESDE 1845

EL DE TODA LA VIDA

Las autoridades aconsejan beber con moderación
Recuerde: si bebe no conduzca

Las asombrosas historias de León

EN ALGUNAS ocasiones, cuando llevaba tomadas ya algunas copas de *Sanblas*, comenzaba a contar sucesos curiosos que le habían ocurrido durante su vida de transportista; lo cierto es que nadie creía sus historias y realmente uno no sabía cuáles podían ser verídicas y cuáles mera ficción. Una de sus favoritas era contar cómo con su pequeño camión había atravesado toda Europa hasta llegar primero a Rusia y más tarde a Mongolia, donde conoció a descendientes directos de los emperadores, gente muy acogedora, que no dudaban en invitarle a sus casas y darle a probar los mejores manjares. Cada vez que contaba la historia, añadía algunas cosas nuevas, que no sabemos si se le ocurrían sobre la marcha o que simplemente le llegaban de nuevo a la memoria al volver a recordar el viaje. León decía tener amigos en todas partes del mundo, pues decía haber llegado con su pequeño camión hasta los lugares más recónditos de la Tierra. Había recorrido la vieja Europa ciudad por ciudad y había atravesado las estepas en Rusia, las llanuras en Manchuria, los desiertos y selvas en África, conociendo personajes muy variados en todos aquellos remotos lugares, gente importante, príncipes, zares y emperadores, que en casi todos los casos le habían ayudado en los periplos que el camino les imponía tanto a él como a su camión.

Una vez llevó a su mujer en uno de sus viajes; era

un largo viaje y la mujer quiso ir con él; aún no tenían hijos, aunque el primero estaba a punto de nacer; la mujer tenía una enorme barriga y el viaje se le hacía muy pesado, pues cualquier posición le provocaba dolores por todo el cuerpo. El trayecto se hacía largo y el calor de verano era agobiante; el camión, bajo el sol, se convertía en un auténtico horno. León ya no podía más, tenía la boca seca y la lengua de cartón, llevaba la garganta tan seca que no podía tragar saliva. De pronto apareció un oasis en mitad del desierto, un bar de carretera, así que se apresuró a parar; le faltó tiempo para bajar del camión y, al hacerlo, olvidó echar el freno de mano, se bajó y entró en el local para pedir una copa de anís. Mientras, su mujer, que permanecía dentro del camión, notó cómo este empezaba a deslizarse cuesta abajo; la velocidad aumentó rápidamente y la mujer empezó a gritar:

—¡León, León, Leooón!!!

Pero León estaba muy ocupado saboreando su copa de anís como para atender peticiones. El pánico se apoderó de la mujer que ya no sabía qué hacer, así que finalmente abrió la puerta y saltó del coche, rodó y rodó por el suelo, mientras el camión seguía carretera abajo hasta estamparse contra un enorme roble, al que arrancó de cuajo. La onda expansiva del golpe sacudió los cristales del bar y algunas personas salieron a socorrer a la mujer. A León no iban a estropearle el momento y siguió bebiendo con normalidad hasta terminar la copa. Tras terminar su copa salió a ver lo que sucedía, encontrándose con el suceso en su propia cara; salió corriendo en dirección al vehículo, olvidándose por completo de su mujer. Pasó la palma de la mano sobre el capó acariciándolo, como si se tratase

de un animal herido. Casi se le saltaban las lágrimas al recoger la mercancía que se encontraba desparramada por todas partes. Afortunadamente, la mujer había salido airosa de la situación y no tenía más que múltiples magulladuras.

La reliquia

LA LUZ que entraba por la pequeña galería, similar a una chimenea esculpida en la piedra, iluminaba toda la sala. Unos espejos de plata captaban la luz solar del exterior, haciéndola llegar a las salas interiores a través del sistema de reflectores. La construcción de la pirámide fue realizada en piedra en su totalidad. Eran unos templos enormes, dedicados a la astrología y a preservar su cultura tras el paso de los siglos. Las pirámides se alzaban en medio de las ciudades, y estas estaban recubiertas por una capa de barro, pintado con cal. Su superficie era lisa y de un color blanco brillante que, al ser iluminado por los rayos solares, procuraban un efecto reflectante, realizando así la función de faro. Las pirámides podían ser vistas desde la lejanía, marcando, a los visitantes y comerciantes extranjeros, el emplazamiento donde se encontraban las ciudades. En su interior, unas amplias salas cumplían diversas funciones. Todo el complejo era una muestra del desarrollo de su cultura, como lo pueden ser nuestros museos o bibliotecas. Las paredes de las salas se encontraban cubiertas por inscripciones, las cuales contaban la historia de su civilización, mezclada con sus creencias y leyendas mitológicas. En la sala superior, en la que me encontraba yo, unas enormes estatuas, de forma humanoide, pero con cabezas de animales, impresionaban a los visitantes. La sala era enorme, el

techo en forma de cúpula se encontraba a una enorme altura, y las gigantescas estatuas llegaban casi hasta él. Las enormes estructuras demostraban un gran avance técnico en una civilización que dominaba la arquitectura y la utilizaba para mostrar al mundo las proezas de las que eran capaces. Las majestuosas pirámides no dejaban indiferente a nadie y los recién llegados a la ciudad quedaban cautivados por sus impresionantes dimensiones. En esta época, los hijos de «Ojos Castaños» no disponían de maquinaria, teniendo que realizar aquellos prodigios arquitectónicos completamente a mano. Los enormes bloques de piedra que se utilizaban para su construcción eran extraídos de diferentes canteras que se encontraban a grandes distancias de la ciudad. Cubos de piedra que eran tallados en las canteras y que se transportaban por tierra en unas enormes plataformas de madera con forma de trineo. Los caminos creados para su transporte eran cubiertos por piedras redondas que después se cubrían con grasa para que rodasen con más facilidad al paso de los enormes trineos.

Era una nueva raza de descendientes, los hijos de «Ojos Castaños». Lo que más me sorprendía de ellos era que, con el paso del tiempo, cada vez se parecían más a los jardineros. Eran personas altas y de gran fortaleza física; los adultos solían vestir ropas de un color blanco brillante, y el color de sus ojos —verde, azul y marrón—, era de tono claro. Con el color y tono de sus cabellos sucedía lo mismo.

Desde los confines más lejanos del mundo conocido llegan mercaderes a realizar trueques hasta las

ciudades de las pirámides. Esta civilización, además de desarrollar mejores técnicas de cultivo y tener fama como artesanos, también eran muy conocidos por sus extensos mercados, en los que se podían encontrar cosas de cualquier punto de la Tierra. No utilizaban moneda y todos sus negocios se basaban en el trueque, cambiaban unas cosas por otras; así, a diferencia de anteriores culturas, se pudieron especializar en diferentes oficios; artesanos, ganaderos y hortelanos, podían dedicarse totalmente a sus oficios, alcanzando un alto grado de desarrollo. Les era sencillo prosperar, ya que con este sistema, a diferencia de los anteriores, se despreocupaban por la subsistencia y tenían comida de sobra con menos trabajo. Debido a ello disponían de tiempo para dedicarse al desarrollo de las ciencias, principalmente, matemáticas y astrología.

La especialización en diferentes ámbitos les reportó grandes beneficios, ya que cultivaban los campos y sus cosechas de cereales eran prósperas. También eran famosos por exportar productos como la miel y el aceite.

Poco a poco tuvieron que ir cambiando los métodos de cultivo, debido a que los inviernos se fueron recrudeciendo con el paso de los años. Para evitar que sus cosechas se helasen construyeron unos amplios entramados de acequias por todos los campos de cultivo; el agua que corría por ellas evitaba que los campos se congelasen y, además, los convertía en campos de regadío.

Pero, lentamente, el clima fue cambiando, convirtiendo los inviernos cada vez en más fríos. Se debió principalmente a pequeñas variaciones en la cantidad de energía que llegaba de su única estrella. El clima

se hizo tan árido que finalmente, pese a sus grandes esfuerzos, ya nada podía crecer en aquellas tierras. Comenzó entonces una gran migración, primero los animales se fueron marchando a las tierras más cálidas del sur y, definitivamente, los hombres tuvieron que abandonar aquellas fantásticas ciudades. Todos partieron con la esperanza de poder regresar algún día. Otros prefirieron quedarse y resistir. Los que así lo decidieron y se quedaron, trabajaron duro y cubrieron con tierra las pirámides y las ciudades, para evitar que pudiesen ser saqueadas, dejándolas bajo tierra, a la espera de que sus antiguos habitantes regresasen algún día.

Una vez más me cambiaron de lugar; esto parecía ser habitual en los últimos tiempos, viajaba a menudo de un lugar a otro.

Este viaje fue de los más largos y complicados que recuerdo. Las tierras por las que cruzábamos, en nuestro continuo avance hacia el sur, se encontraban desiertas; parecía que nosotros éramos los últimos en partir, e incluso la mayoría de especies animales habían abandonado ya sus tierras. Ahora sobre la tierra solo reinaban la nieve y el hielo. Esto complicó la gran marcha ya que los alimentos pronto comenzaron a escasear. Los más débiles pronto sucumbieron ante el duro camino. El grupo de partida fue disminuyendo drásticamente; la larga migración se convirtió en una carrera de fondo a vida o muerte; una carrera en la que el frío acechaba como un cazador, ávido por cobrarse el mayor número posible de presas. En ocasiones, la salvación se logró por el camino, al encontrarnos con algún pueblo que aún no había abandonando sus territorios, y de estos conseguíamos nuevas provisiones para continuar el camino, un camino en el que los escasos asentamientos

que aún quedaban se nos unían en nuestro viaje al sur.

La llegada no se produjo un día en concreto ni en un lugar previsto. Cuando el clima comenzó a cambiar, a medida que nos adentrábamos en las tierras del sur, algunos tomaron la decisión de quedarse y otros de continuar; así que lo que era una gran civilización quedó desparramada en un largo camino, desde las tierras del norte hasta las tierras del sur. Por último, cuando encontraron por fin el lugar más idóneo para asentarse, los viajeros se detuvieron, y en ese mismo lugar comenzaron a construir nuevamente sus ciudades. En el viaje se habían mezclado con muchos hombres de otras civilizaciones, de nuevas culturas. La travesía había durado muchos años. Aun así, consiguieron salvar muchos conocimientos de su cultura y construyeron unas ciudades prósperas, donde de nuevo las pirámides se alzaron apuntando hacia las estrellas.

Los que se quedaron tuvieron que aprender a sobrevivir en un lugar inhóspito, donde las nieves prevalecían sobre el sol durante todo el año. Con el tiempo, olvidaron quiénes eran y de dónde procedían; el duro clima los convirtió en hombres prácticamente insensibles, que luchaban los unos con los otros, con la única idea en mente de conseguir sobrevivir.

La era glacial duró tanto que los hombres que marcharon al sur en busca de una mejor vida olvidaron su procedencia y jamás regresaron.

El espacio y la materia no existen

LA MATERIA se creó gracias al movimiento, gracias a la velocidad; así que la distancia que podemos medir de un punto a otro varía según la velocidad con la que se mueva el campo que medimos. Por ejemplo, la distancia desde mi ciudad a la más próxima es de 5 km; si la tierra se moviese a mayor velocidad de la habitual, el espacio entre mi ciudad y la más cercana aumentaría. Desde mi punto de vista esto será imperceptible, pues al mismo tiempo que aumenta el tamaño de nuestro planeta también aumenta el de todo lo que se encuentra en él, incluido yo mismo y la cinta que utilizo para medir las distancias.

Como no necesitamos un punto de referencia para hacer que un objeto tenga una velocidad, no necesitamos dirigirnos hacia ninguna parte; podemos dar vueltas en círculo o incluso podemos movernos rápidamente a uno y otro lado produciendo un movimiento vibratorio. Este movimiento vibratorio lo realizan todas las partículas del universo, y les confiere una alta velocidad: «aunque no veamos la mesa correr por la habitación, esta no deja de moverse».

Por lo tanto, todo lo que podemos ver y tocar solo es energía en movimiento; si un átomo o cualquier partícula dejase de moverse desaparecería.

Por otra parte, para una partícula que pueda moverse a la velocidad de la luz, no existirá el espacio.

Puede viajar de un punto a otro al instante sin que la distancia importe, pues para ella no existirá ninguna distancia; para ella no existirá el espacio.

El espacio se encoge haciéndose diminuto; para el que viaja a la velocidad de la luz todo el universo se ve en la cabeza de un alfiler.

Podemos explicar así diversos fenómenos que se nos presentan como extraños debido a nuestro punto de referencia, desde el que los observamos.

Si una nave se aleja a la velocidad de la luz y enciende sus faros podrá comprobarse que ese haz luminoso se aleja exactamente a la velocidad de la luz. Si pensamos un momento en lo mencionado anteriormente, a saber, que realmente la luz no recorre ningún espacio, pues este no existe para ella, todo esto ya no nos parece nada extraño.

Otra prueba es el efecto que produce la luz al pasar un fotón por una ranura y que nos puede hacer creer que es una partícula; y cuando dejamos abiertas dos ranuras, el fotón crea una interferencia como si hubiese pasado por ambas. La luz parece saber cuándo se va a encontrar con una ranura o con dos, pero esto también podemos explicarlo al volver a pensar que no existen distancias para la luz; realmente cada fotón sigue en contacto con todos los demás; tiene una comunicación constante con ellos, pues para ellos nunca se separaron, ya que no existe ningún espacio para que puedan moverse. De la misma manera sucede con todas las partículas aunque dependiendo de la velocidad a la que se mueven. Por eso hay partículas que parecen estar en contacto, aunque se las separe, sin que

tenga importancia la distancia. Según la velocidad con la que se mueven las partículas, estas pueden realizar movimientos increíbles, pueden desaparecer y aparecer en cualquier punto del universo, ya que para ellas no existen las distancias y al no existir las distancias tampoco existe el tiempo, por lo que pueden estar al mismo tiempo en diferentes sitios.

Ya que la materia va ligada a la velocidad —«a mayor velocidad más masa y menos masa con la deceleración» puesto que los planetas barren áreas iguales en tiempos iguales—, estos planetas aumentan de tamaño al moverse en su órbita elíptica cuando pasan cerca del sol, ya que su velocidad se acelera.

Si producimos un choque entre partículas a mucha velocidad estas quedarán inmóviles debido al choque y su masa se transformará nuevamente en energía.

Si parásemos el movimiento por completo de una partícula esta también ha de estallar convirtiéndose en energía.

De Elías

RECUERDO claramente que pasaba el tiempo libre en el patio del colegio sentado en un rincón, en un rincón donde se juntaban los dos edificios de ladrillo color rojizo; me ponía agachado en cuclillas abrazándome las piernas contra el pecho. Recuerdo el frío viento del que me protegía en aquel rincón y cómo, al mirar al sol, este calentaba mi rostro. Era como sumergirse en el agua, como entrar en otro mundo; el griterío de los niños al jugar, el sonido del viento, el aire frío, todo desaparecía, entrando en un mundo de luces brillantes que bailaban en sosegada calma mientras acariciaban mi cara. Después, yo extendía mis manos para tocar aquellas luces destellantes y, de repente, notaba como si el mundo encogiese bajo mis pies, como si me alejase rápidamente de él volando hacia el sol, pasando fugazmente entre las nubes, y después del sentir el roce de estas, volvía nuevamente el silencio y la quietud flotando en la oscuridad, flotando en un mar de aguas tibias y oscuras, transparentes y profundas, en las que se podía ver infinidad de luces, igual que en algunas playas en las que se amontonan conchas blancas que reflejan la luz solar como pedazos de espejos llenando toda la arena de luces multicolores. Durante aquellos instantes, el tiempo se detenía; en ese mundo, los relojes no tenían cabida.

Tras este tiempo flotando entre millones de fulgu-

rantes luces, una de ellas empezaba a irradiar más luz y se podía percibir su calor. La luz más luminosa se movía de un lado a otro como en un baile de luciérnagas sobre la cálida brisa de verano. La luz disminuía el campo en el que se movía siendo cada vez más cortos sus tintineos, como una pelota bota cada vez con menos fuerza hasta que se de tiene. Entonces, la luz quedaba centrada inmóvil justo enfrente de mí; parecía observarme, y de repente de nuevo en movimiento, un movimiento acelerador, que me impulsaba hacia ella con una velocidad en aumento progresivo. En sosiego al principio, era un leve susurro y seguidamente un insoportable ruido que rompía la calma y me dejaba caer desde muy alto, haciéndome regresar súbitamente al patio del colegio, en el que la sirena anunciaba el fin del recreo.

No siempre podía viajar a ese mundo; muy a menudo me lo impedían; se supone que lo hacían por mi bien, pero a mí no me lo parecía y tenía que andar escondiéndome cada día en un sitio distinto para poder encontrar la calma.

Muchos dirán de sí mismos que eran espabilados, que eran muy listos, que sobresalían entre los demás cuando eran niños, pero yo jamás pensé esto de mí; lo cierto es que cuando era crío no me preocupaba por lo que pensasen los demás y ahora que soy mayor veo con claridad que no soy ni he sido en nada especial; si resolvía algún problema matemático era con mucho esfuerzo; y en cualquier otra cosa me sucedía lo mismo; a menudo únicamente quería terminar cuanto antes la interacción con otras personas, finalizar la conversación lo más rápidamente posible, acabar lo que me ordenasen hacer, solo para conseguir pensar

tranquilamente, para poder planear y buscar una nueva oportunidad de irme otra vez de este mundo.

Aparte de ser un niño con problemas para relacionarme en poco más podía diferenciarme salvo que, tal vez, tenía una sensación extraña que siempre me embargaba cuando hablaba con algún compañero de colegio, una sensación, de formar parte de un recuerdo, de un recuerdo o de una escena de una película que se rodó hace mucho tiempo. Me es difícil de explicar, pero tengo recuerdos desde casi después de nacer y siempre me sentí con la misma edad, con la misma capacidad que me siento hoy en día. Hace años me sentía igual que hoy, pero en un cuerpo limitado por su tamaño.

No sé por qué, pero al recordar el patio de la guardería, siempre me viene un sabor de arena a la boca. Puede ser que por haber respirado el fino polvo que se levantaba de la tierra cuando soplaba un poco de viento. El lugar parecía grande, tenía algunos columpios, pero cuando lo visité años más tarde pude comprobar que aquel patio en el que jugábamos unos veinte niños, no medía más de ochenta o noventa metros cuadrados. Era un pedazo de terreno rectangular, con una puerta de acceso trasera de la guardería; dos de los lados del rectángulo, que forman una ele, los delimitaba el mismo edificio y los otros dos lados una tapia, terminada en barrotes metálicos, que también parecía muy grande, y más tarde pude certificar que no era mayor de un metro de altura. El trozo delimitado por la pared del edificio estaba pintado de colores, con unos dibujos de unos niños jugando agarrados de las manos. Era en este rincón formado por las dos paredes donde se formaban unos pequeños remolinos que levantaban el polvo de la tierra y supongo que por encontrarme

allí me llega ese sabor a tierra cuando recuerdo el patio de la guardería.

El interior no era tan agradable, al menos según mi punto de vista. Todo el interior eran dos únicas salas, la habitación de las cunas y la estancia donde permanecíamos el poco tiempo en el que no estábamos acostados. Los dos cuartos estaban pintados con pintura blanca, sin más, lo que le daba al interior un aspecto frío, como el que suele dar la consulta de un dentista. En la sala principal, al menos, colgaban de la pared en un tablón de corcho sujetos por chinchetas unos dibujos coloreados por algunos niños. No recuerdo que hubiese juguetes, como en las nuevas guarderías que he podido visitar. Ni siquiera recuerdo que realizásemos alguna actividad, diferente de dormir, comer y cantar esas canciones repetitivas que le llegan a quedar a uno grabadas en el cerebro y le dejan marcado para toda la vida. Ya que, pasen los años que pasen, cuando uno las vuelve a escuchar le es casi imposible levantar los brazos y agitar las manos al ritmo de la música, como nos enseñaron a hacer.

En la guardería, las conversaciones con los otros niños hacían que me sintiera solo; nos dejaban mucho tiempo acostados en unas cunas con barrotes metálicos, finos y curvados, a través de los cuales yo me asomaba al mundo, me sentía solo cuando hablaba con mis compañeros desde la cuna; yo les decía que no tuviesen miedo, que no se preocupasen, que antes de que se diesen cuenta serían mayores y podrían hacer lo que quisiesen y no estarían obligados a dormir cuando no tenían sueño o a estar despiertos cuando querían dormir; pero aunque los otros niños eran de mi misma

edad, no solían decir nada o lo que decían no solía tener ningún sentido.

Aun así yo seguía con mis charlas y le tomé mucho afecto al niño que estaba en una cuna próxima a la mía; le llamábamos Ratón y aun hoy en día le recuerdo muy bien: era un niño bajito y gordito, supongo que por eso le pusieron el mote de Ratón; en esa época debíamos de tener unos dos años; a menudo, mientras yo le contaba cosas, él solía dormirse; por eso de vez en cuando le preguntaba:

—Ratón, Ratón ¿estás durmiendo?

Era un niño muy torpe pues su estructura física no le permitía andar con soltura; era un retaco, con unos ojos negros de mirada profunda. Mientras yo le contaba las cosas que haría cuando fuese mayor, él me miraba fijamente, con una luz en la mirada que parecía entender todo lo que yo le contaba.

Muchos años más tarde, encontrándome en un bar de copas, me disponía a beber un trago de zumo de piña cuando alguien me empujó por la espalda, haciéndome derramar el zumo sobre mi camisa; antes de darme tiempo a girarme oí una voz que me pedía disculpas; cuando giré la cabeza vi a un joven de unos veinte años, que más que un hombre parecía un oso, ya que era tremendamente grande y fornido; al mirar su cara enseguida reconocí esa mirada, esos ojos negros con aquel particular destello y, sin darme cuenta, de mi boca salió una palabra:

—¡Ratón!

Él me miró y dijo:

—¿Perdón?

—¡Ratón! ¡Cuánto tiempo!

—Creo que se está confundiendo.

—Lo siento perdóneme, creo que le he confundido.

Hoy sé con toda certeza que era él, nadie más podía tener esa mirada.

Toda mi vida parece estar grabada en imágenes de cine technicolor y me es muy fácil remontarme a cualquier época de ella; las demás personas no suelen tener esta habilidad y olvidan gran parte de lo que han vivido, especialmente cuando se remontan muy atrás en el tiempo, pero yo lo recordaba todo.

Mucha gente cree que es maravilloso recordar las cosas de la forma en la que yo lo hago; bueno esto de mucha gente lo tendría que poner entre comillas, pues realmente la mayoría de la gente con la que me relaciono no le comento nada de todo esto y con las personas que tengo una mayor confianza, a las que les cuento prácticamente todo, me toman por pirado, un loco inofensivo pero pirado al fin y al cabo. El hecho es que no me parece muy bueno poder recordar todo a la perfección, eso hace que día tras día me remuerdan la conciencia todas las cosas que he hecho mal en la vida, siento incluso vergüenza cuando recuerdo por ejemplo no haber sabido cantar una canción cuando estaba en preescolar. Los sucesos me dan vueltas en la cabeza incessantemente; da lo mismo que sean cosas sucedidas hace horas o hace años; desde siempre siento angustia, y cuando era pequeño no podía contener las lágrimas al ver una fotografía mía, pues aunque tuviese cuatro años y la foto fuese del mes anterior, el llevar grabado en mi mente todo lo sucedido en el tiempo transcurrido desde que se tomó la fotografía hasta el momento en el que me la mostraban, hacía que me diese cuenta

de lo rápido que pasaba el tiempo y mi imposibilidad para detenerlo; siempre noté cómo avanzaba el guión de mi vida sin poder detenerlo ni un momento.

La guardería me daba la sensación de ser algo así como una prisión; lo cierto es que cuando uno es pequeño pocas veces se siente libre para hacer lo que quiere, se está obligado a dormir o a cantar cuando a algún adulto le viene en gana. Entiendo que no se pueda dejar solo a un niño, aunque no estoy muy seguro de si las personas podemos influir realmente en los sucesos que nos acontecen, quiero decir que si un niño se tiene que caer, se caerá igual aun estando un adulto cerca; con esto no quiero decir que haya que abandonar a los niños o a las personas a su suerte, solo quiero decir que no me parece bien tratarlos como prisioneros.

Aun así, tengo buenos recuerdos de mi paso por la guardería, tal vez porque fue una época feliz y despreocupada; más tarde, y según fui creciendo, todo se fue complicando, el trato de prisionero se fue convirtiendo en un trato más de esclavo ya en el colegio. Casi todo era trabajo, trabajo separado por tan solo media hora de recreo, trabajos absurdos, que hoy en día sigo sin entender, como aprender cosas que nunca me han servido absolutamente para nada; a modo de ejemplo citarí­a el tema de los círculos; sí, el tema de los círculos y esos cuadrados y triángulos que había dentro; casi tres años dándole vueltas sobre el papel a unos círculos en los que había que meter o sacar unos cuadrados y triángulos: nunca entendí para qué; supongo que a alguien en la antigüedad, quién sabe quién y cuándo, se le ocurrió que el tema de los círculos podía enseñar algo a los niños y no sé por qué razón; aun hoy en día, nadie toma la determinación de decir que, aunque este

sistema lleve aplicándose más de mil años, no sirve absolutamente para nada y que ya es hora de que se cambie el método de enseñanza.

Mi madre siempre me preparaba un bollo o un pequeño bocadillo de crema de cacao con avellanas en la cartera del colegio, para que me lo comiese en el recreo. Un día, me encontraba sentado en un apartado lugar del recreo, en un rincón donde podía estar solo y tranquilo; al disponerme a comerme el bocadillo que me había preparado mi madre, cuando de la nada, como un cohete, pasó corriendo un niño arrancándome el bocadillo de las manos, luego se alejó hasta dejar una distancia prudente de seguridad entre los dos. Se sentó y como un lobo hambriento devoró el bocadillo apenas sin masticarlo. Realmente me quede atónito, no tuve tiempo de reaccionar, me di la vuelta y busqué un sitio donde estar solo y poder sentirme a salvo. En aquel momento no pensé mucho en lo sucedido.

Al día siguiente, mientras sostenía el almuerzo entre mis manos, me aseguré bien de que no hubiese nadie en los alrededores, pero justo cuando le daba el primer bocado, de nuevo como una exhalación, con una velocidad endemoniada, pasó corriendo aquel pequeño niño, que vestía con ropas viejas, pasó rápidamente y cuando me quise dar cuenta mis manos que aún parecían sujetar el bocadillo estaban vacías. Nuevamente se tomó una distancia prudencial de seguridad, para comerse el tentempié sin que yo pudiese quitárselo. ¿Cómo podía ser, me pregunté; de dónde salió aquel niño y cómo podía correr tanto un niño tan pequeño?

El tercer día me preparé bien, busqué un rincón donde no pudiesen cogermé desprevenido por la espalda; ahora sí que me sentía lo suficientemente seguro

como para comenzar a saborear mi dulce bocadillo de crema. Cuando estaba saboreando el primer bocado vi venir de frente a aquel niño con aspecto de alimaña; una vez más, corría a gran velocidad hacia mí; me dio la sensación de que era una locomotora a toda potencia y sin frenos; se estrelló contra mí, mientras yo sujetaba con fuerza el bocadillo; me cogió de la camisa y me zarandeó hasta que disminuí la presión de mis manos sobre él; entonces me lo arrebató y salió corriendo de nuevo.

Cuando llegué a mi casa con la camisa rota mi madre me preguntó qué me había sucedido; me preguntó si me había caído y yo le conté la historia, aunque me sentía un poco avergonzado de que un niño de tan escasa talla me hiciese frente de esa manera. Mi madre me propuso un plan, así solucionaríamos el problema de una vez por todas. El cuarto día llegó y con él la hora del recreo; bajé y anduve buscando al pequeño salvaje, pero no lo encontré, entonces me senté y me dispuse a almorzar; en aquel preciso instante le vi aparecer de nuevo corriendo a toda velocidad, entonces grité:

—¡Alto!

El muchacho frenó en seco y se quedó observándome. Levanté la otra mano y le mostré otro bocadillo; le dije que lo tomase; el muchacho se quedó dudando, como un perro callejero al que le ofrecen un trozo de pan; lo cogió con desconfianza, y luego se sentó cerca de mí, los dos nos comimos tranquilamente el bocadillo. Fue un corto período aquel; todos los días le llevaba un bocadillo a mi amigo y él se sentaba a mi lado sin decir nada, hasta que llegó un día en el que tuve que tirar el segundo bocadillo, pues el niño no se presentó, y no apareció nunca más.

Ahora me doy cuenta de lo frágil que es el mundo de un niño; las personas mayores no suelen tener en cuenta estas cosas y simplemente por mudarse a una casa más grande o por un aumento de sueldo, se trasladan de ciudad y con esta misma facilidad se desmorona el mundo de un niño. Nunca le pregunté a mi madre quién era mi padre o a donde se había marchado, lo cierto es que nunca le eché en falta. Dicen que un niño criado por uno solo de los padres no se desarrolla perfectamente, quizás mis problemas mentales aflorasen como síntoma interno a la falta de una figura paterna, pero sinceramente no lo creo así.

En invierno, saltar en los charcos era lo que más me gustaba hacer. Una vez, mi madre me vistió con ropa nueva y abrigó mis botas negras con betún; el día anterior no paró de llover y yo no había podido salir de casa, así que tenía muchas ganas de bajar a la calle para correr y saltar. Mi madre antes de dejarme marchar me dijo:

—Elías, ten cuidadito y no te manches.

Decirle esto a un niño no tenía mucho sentido; estas palabras no existen en el lenguaje de los niños. Supongo que si no quieres que un niño se ensucie la ropa lo único que puedes hacer es no ponérsela. Primero anduve paseando tranquilamente por la acera, pero poco a poco me fui alejando sin darme cuenta y me metí en el parque; la tierra estaba húmeda y podía sentirse su olor al respirar. Los charcos eran enormes y a mis ojos de niño parecían lagos de aguas tranquilas; eran como estanques, e incluso en alguna ocasión había jugado a pescar en ellos. Los charcos producían una sensación hipnótica en mí y, sin darme cuenta, me iba

acercando a ellos. Entonces, cuando estaba en la orilla, su centro ejercía una atracción magnética, de tal forma que sin darme cuenta me encontraba con el agua por los tobillos, y una vez con los zapatos mojados, ya no podía dar marcha atrás, así que me olvidaba de ello y comenzaba a disfrutar de lo lindo saltado y brincando dentro, haciendo que el agua salpicase toda mi ropa, consiguiendo que el barro me llegase hasta la cabeza. Cuando terminé, parecía que venía de la guerra o que salía de uno de esos balnearios en los que le cubren a uno el cuerpo con barro. Cuando mi madre abrió la puerta de casa, pegó un grito; en un primer momento, ni siquiera me reconoció, pensó que era alguna criatura extraña, un perro grande o algo así, cuando dije:

—¡Mamá!

Reaccionó; entonces las facciones de su rostro se tensaron y dijo:

—¡Te mato! ¡Yo te mato!

Se aproximó rápido hacia mí con la mano abierta en alto; yo salí corriendo y ella empezó a perseguirme; era una situación estúpida; yo no sabía qué hacer y corrí lo más rápido que pude; me perseguía de cerca, corrió tras de mí durante unos minutos y finalmente se cansó y dijo:

—¡Ya te pillaré!

Estuve todo el día en la calle hasta que empezó a oscurecer; entonces tuve que volver a casa. Llamé a la puerta, mi madre la abrió y me dijo:

—¡Pasa!

Según pasaba por su lado, mientras mantenía la puerta abierta y se mantenía tras ella, me cayó una lluvia de collejas; luego una buena azotaina; después la consiguiente reprimenda y finalmente el castigo.

Recuerdo una época, cuando era niño, en la que el país pasó por una gran depresión económica y escaseó mucho el trabajo; durante ese período de tiempo, que duró varios años, mi madre estuvo sin empleo, perdió el trabajo y no encontraba ningún otro; además, tenía que cuidar de mí, lo que hacía mucho más difícil poder encontrar un trabajo. Debió ser una época muy mala para mi madre, pero lo cierto es que para mí fue un tiempo divertido. Como no teníamos dinero para comer, teníamos que ir a visitar una ONG, donde nos daban comida para toda la semana, nos proporcionaban cajas enteras de potitos y leche en polvo para bebés que ya no podían vender por estar caducados. Yo tenía unos seis o siete años y al principio sentía un poco de vergüenza por comer potitos siendo ya tan mayor, pero al final terminé acostumbrándome. Alternábamos la dieta de potitos con encebollado, unos purés y sopas de cebolla. Como la situación económica no era buena los agricultores preferían tirar las cosechas antes que venderlas a bajo coste; entonces nosotros aprovechábamos esta circunstancia para ir al campo con el carro de la compra y cargarlo de cebollas.

Como la situación continuó empeorando y mi madre tenía que trabajar, consiguió una ayuda para que yo pudiese ir gratuitamente al comedor del colegio; allí conocí algunos niños muy particulares e hice un buen amigo; era mi mejor compañero por aquella época; lo cierto es que era el único amigo que tenía. El niño mostraba una cara redonda, con unos enormes mofletes, que le daban un aspecto muy gracioso; su familia se encontraba en peor situación que la mía y supongo que al encontrarnos más o menos en el mismo barco enseguida nos llevamos bien. Su madre murió cuando

él tenía cuatro años; esto debe de ser una de las peores cosas que le pueden pasar a un niño; vivía con su papá y este hacía de padre y de madre al mismo tiempo, pues aunque tenía que trabajar, sacaba tiempo de donde fuese para que el niño llevase siempre sus ropas impecables, bien lavadas, planchadas e incluso zurcidas si hacía falta.

Como nuestras economías familiares estaban tan mal, no nos podían comprar ningún juguete; entonces nos las ingeniábamos para conseguir algo con lo que divertirnos, como por ejemplo canicas. Los niños solían jugar a las canicas y nosotros pasábamos horas observándoles, aprendiendo las tácticas y técnicas del juego; después hacíamos nuestras propias canicas con barro y practicábamos, pero los otros niños no nos dejaban jugar con ellos si usábamos canicas de barro, así que decidimos que teníamos que conseguir al menos una canica para poder jugar con los demás y poner en práctica todas las técnicas de juego que habíamos aprendido observando. En el patio del comedor, en un lugar donde la tierra no era muy dura, hicimos un pequeño agujero para jugar con nuestras canicas; después, con ayuda de una rama, creamos en su interior una cavidad, una galería de forma tubular del tamaño de una canica; la cavidad descendía por una ligera pendiente, por la que debía rodar bien; luego, con un poco de barro, hicimos una pequeña rampa que ayudaba a que la esferita entrase en el agujero hasta la cavidad tubular descendiente, haciendo desaparecer la canica. Nos fuimos del lugar y al día siguiente cavamos otro agujero paralelo al primero llegando a alcanzar así la cavidad tubular y allí estaba; teníamos nuestra propia canica.

Suongo que a mucha gente esto le parecería una

estafa, pero nosotros no lo veíamos así y aunque teníamos miedo de que la policía nos pillase en posesión de la canica, nos sentíamos como Robin Hood. La primera partida fue decisiva; no podíamos permitirnos ni un solo error; echamos a cara o cruz quién debía jugar primero; bueno, en realidad escupíamos en una piedra plana y un lado era la cara y el otro la cruz. Le tocó jugar primero a mi amigo, y aunque solo teníamos una canica y nos jugábamos todo a una partida, no me preocupó en absoluto, pues mi compañero era un gran jugador y confiaba totalmente en su capacidad para vencer a cualquier niño de todo el comedor. La partida fue intensa, hasta que finalmente uno de los niños cometió un error y ganamos así su canica, ahora ya teníamos dos y a partir de ahí todo fue coser y cantar, pues aparte de ser los dos muy buenos jugadores, jugábamos en equipo, mientras que el resto de los niños solía jugar en solitario; nosotros nos ayudábamos y así vencíamos fácilmente a los demás niños. Cuando terminó el curso, cada uno de nosotros teníamos un bote de cristal lleno canicas.

Me gustaba ir a comprar las cosas que mi madre necesitaba a una droguería perfumería que había cerca de casa, ahora hay tiendas con cosas para niños por todas partes; pero recuerdo que cuando era pequeño sólo había una juguetería en toda la ciudad y esta estaba en el centro de la misma, por lo que en muy pocas ocasiones pasábamos cerca de ella, salvo cuando mi madre tenía que ir a solucionar algún papel en el banco. Entonces, mientras mi madre entraba en el banco yo me quedaba observando detalladamente el escaparate de la juguetería. En la droguería cercana a casa

también tenían unos pocos juguetes en el escaparate y también me gustaba observarlos, pero lo que más me gustaba de la droguería era entrar a preguntar cosas. La tienda era de un matrimonio más o menos de la misma edad que mi madre, y lo cierto es que ninguno de los dos eran agraciados físicamente, pero me sucedía algo muy extraño con la mujer; entraba a preguntar precios de todo con la única intención de poder escuchar la voz de la mujer, no sé por qué, pero mientras hablaba sentía un cosquilleo en el estómago, como si tuviese mariposas revoloteando; era una sensación muy agradable, así que entraba a menudo a la tienda con nuevas preguntas, sólo para poder oír hablar a aquella mujer; ciertamente no me enteraba de lo que decía, pues nada más escuchar su voz, me sumergía en una especie de trance y lo único que hacía era asentir con la cabeza, para que la mujer continuase hablando.

Recuerdo hechos curiosos de aquellos años en los que las cosas parecían siempre ir cuesta arriba. Recuerdo que mi madre no encontraba trabajo y salía por la mañana muy temprano a realizar entrevistas; eran malos tiempos y, aunque en muchos sitios se necesitase mano de obra, preferían no contratar para no tener que aumentar gastos en la empresa; no importaba la cualificación o la experiencia que tuviese uno, lo normal es que le rechazaran; así que mi madre gastó el poco dinero que teníamos en ir de un lado para otro, de una entrevista a otra, pero sin conseguir encontrar nada. Un día por fin la llamaron para que se presentase a un puesto de trabajo: la vecina llamó a nuestra puerta y nos dijo que teníamos una llamada; la vecina de la casa de al lado y mi madre eran buenas amigas y

aunque la mujer no llevaba muy buena vida, en parte por lo mal que se lo hacía pasar su marido, nos ayudaba en lo que podía; así que como nosotros no teníamos teléfono, dábamos el de la vecina y recibíamos allí las llamadas. Eran buenas noticias de verdad. El puesto de trabajo era en una fábrica donde se producían diferentes tipos de productos de limpieza; el problema era que había gastado hasta la última moneda en las entrevistas anteriores, y no tenía ni siquiera una moneda para poder pagar el transporte público y poder acudir a la entrevista. Aunque era muy amiga de la vecina, no quiso nunca pedir dinero a nadie, así que tuvo que buscar una solución.

Entonces me dijo que le tenía que dejar prestado el dinero de la hucha. Llevaba mucho tiempo metiendo el poco dinero que me daba alguno de nuestros familiares y tenía pensado abrirla por reyes para poder comprar un juguete, así que sin ser consciente de la situación, sin poder comprender lo mal que lo estaba pasando mi madre, escondí la hucha en mi cuarto, justo detrás de las cortinas para que ella no pudiera coger el dinero. A la mañana siguiente muy temprano cuando aún dormía, mi madre entró sigilosamente en la habitación y fue directamente al lugar donde siempre tenía la hucha, pero no la encontró y tuvo que estar buscándola durante un buen rato; debido a esto llegó tarde a la entrevista de trabajo. Afortunadamente, el encargado de la fábrica no pudo negarle el puesto; se notaba que la mujer lo necesitaba y que tenía mucho interés en trabajar. Aunque ahora me doy cuenta de que cometí un gran error al esconder el dinero. Al menos la suerte comenzó a cambiar para nosotros y las cosas empezaron a salir bien.

Cuando llegaron las navidades yo no tenía dinero en la hucha y mi madre hacía muy poco tiempo que había empezado a trabajar y con todos los recibos que le debíamos al casero, el dinero no nos llegaba para mucho. Para mi madre lo primero era solucionar el tema de las deudas; así que me dijo que la navidad era para los niños chicos. Con tan sólo unos cinco años, me tuve que poner al día de lo que en realidad era la navidad, pero lo cierto es que tampoco me sirvió de mucho, porque aunque nadie trajese regalos entrando por la chimenea, un niño sigue queriendo que le regalen juguetes como al resto de los niños. Ese año cogimos una rama de un pino, claro que no era un abeto sino una rama de pino piñonero, pero era un pino al fin y al cabo. Como no teníamos adornos de navidad, utilizamos pequeñas cajas de cartón que forramos con papel de colores; también pusimos un collar de perlas falsas que tenía mi madre. Lo cierto es que ahora, al recordarlo, me parece que quedó bastante bien. Mi madre no pudo regalarme nada esas navidades y los escasos regalos de los familiares se limitaron a calcetines, me hacían falta, pero desde el punto de vista de un niño son más necesarios los juguetes. Mi madre tuvo algo de dinero el mes siguiente a navidad y aunque ya no eran fiestas, me llevó a una gran juguetería y me dijo que podía elegir un juguete.

Aunque todo el mundo tenía televisor en color, nosotros teníamos uno en blanco y negro muy antiguo, pero recuerdo todo lo que vi por aquel televisor en color. Recuerdo que le decía a uno de los niños del colegio que la televisión en color era una tontería, pues en una televisión de blanco y negro si uno se fijaba bien podía ver los colores de las cosas con total claridad.

A partir del momento en que continuó con el trabajo, la situación económica fue mejorando poco a poco; ahora el principal problema era que los horarios no eran compatibles con los del colegio y esto hacía que pasase mucho tiempo solo. Siempre fui una persona poco sociable, pero como ya he dicho en otro momento esto no me parecía mal, ya que me encontraba muy a gusto estando solo, aunque como siempre, al resto de la gente no le parecía bien. En mis ratos de soledad, pasaba mucho tiempo paseando por el campo; aunque vivíamos en una ciudad, no había más que cruzar unas calles y uno se encontraba en el campo. En uno de estos paseos por las afueras, jugando entre unos montones de tierra que formaban una loma, me tumbé sobre la hierba. Aún no era primavera, pero el sol brillaba con fuerza en lo alto del cielo y vestía un abrigo con gorro impermeable, que por aquel entonces solíamos llevar casi todos los niños, un abrigo con una gran capucha y los bordes de un pelo suave, parecidas a las que llevan los esquimales. Aunque la hierba estaba húmeda, con el abrigo que me llegaba hasta las rodillas me sentía muy cómodo tumbado al sol, así que disfruté observando aquel brillante cielo azul, por el que de vez en cuando pasaban volando muy bajo, casi rozándome, algunos pajarillos. A menudo no solía hacer más que cosas de este tipo y siempre me sentía a gusto estando solo. Aquel día, estaba casi dormido cuando algo se movió detrás de un matorral cercano; centré mi atención sobre él, pero durante unos segundos no sucedió nada; después se movió con más fuerza y me hizo ponerme en pie rápidamente.

¿Qué podía ser? ¿Una boa constrictor o sería un duende de los bosques? Miré a mi alrededor, buscan-

do algo con lo que poder hacerle frente y solo encontré una rama seca de un cardo, de estas que son muy ligeras y que se quiebran con enorme facilidad; pero bueno, algo es algo, así que me acerqué sigilosamente al matorral armado con la ramita; cuando estuve a unos pocos pasos, me detuve y removí un poco el matorral con el palo. De pronto una cosa negra y peluda se abalanzó sobre mí. Al intentar echarme hacia atrás caí de espaldas y la bestia peluda se me echó encima; el corazón me latía con fuerza, como si quisiese salir del pecho, y entonces cerré los ojos. Nada más hacerlo, esperé ser devorado por aquella bestia, pero sólo noté algo húmedo restregándose por mi cara; abrí los ojos y aquel monstruo peludo resultó ser un cachorro abandonado. Estaba muy sucio y como era una bola de pelo no se podía apreciar si estaba delgado; lo llevé a casa y lo sujeté dentro del abrigo para que mi madre no lo pudiese ver. Al abrir entré corriendo y fui directamente a mi cuarto para esconderlo; al instante mi madre llamaba a la puerta preguntándome qué llevaba, qué era lo que ocultaba. Cuando lo dejé escondido tras un cojín, le abrí la puerta y le dije que no tenía nada. Entonces, cuando parecía haberse quedado convencida, la bola de pelo salió corriendo hacia ella. Mi madre dio un buen grito y el cachorro se puso a lamerle los tobillos.

—¿Podemos quedárnoslo? Por fa, por fa mamá, yo cuidaré de él.

—Tendré que consultarlo con el casero y si no nos pone ninguna pega podrás quedártelo, pero por supuesto que tendrás que cuidar de él.

Preparamos un baño con agua caliente y mucha espuma y le dimos un buen lavado. Era un animal pre-

cioso, de pelo negro y con una mancha blanca en el cuello bajo la mandíbula; era un perro cruzado. El casero le dijo a mi madre que no había problema y que además así tendría a alguien que me hiciese compañía. Cuando lo vio dijo que se trataba de un pastor belga cruzado con lobo. No creo que el hombre tuviese mucha idea de perros, pero nosotros tampoco la teníamos y nos creímos lo que dijo.

Lo llamamos Tarzán, como el rey de los monos. Pronto se hizo enorme, al menos eso me parecía a mí, pues yo no había crecido mucho desde que lo encontré, apenas una diferencia de unos centímetros desde la última marca hecha con lápiz en la pared de mi cuarto, y el perro se había puesto enorme. Salía todos los días con él por el campo, cuando estaba recién lavado; su pelo negro brillaba al sol lanzando unos destellos azulados. Vivimos innumerables aventuras juntos; yo cuidaba de él, limpiándolo cuando volvía a casa lleno de barro, para que mi madre no le pegase; él cuidaba de mí, defendiéndome de cualquier amenaza. Formábamos un buen equipo: yo era poco hablador y él también, pero cuando tenía algo que contarle siempre me escuchaba atentamente ladeando un poco la cabeza para poder escucharme mejor.

Una de las aventuras que recuerdo más claramente nos sucedió un día de otoño. El cielo estaba despejado, pero ya los días se habían vuelto muy cortos y la noche caía pronto. Yo siempre tenía cuidado con esto, para llegar a casa antes de oscurecer y no preocupar a mi madre. Estábamos jugando en la montaña; Tarzán era un oso y yo un indio salvaje y teníamos que escondernos para que los cazadores no pudiesen darnos alcance. Antes del atardecer, como si una nube se posa-

se sobre la montaña, esta quedó cubierta por la niebla, una bruma muy densa en la que no se podía ver nada; entonces intenté tomar el camino a casa, pero me era muy difícil saber qué dirección coger puesto que apenas se veía nada; caminé por un sendero y este me llevó a pasar por una especie de desfiladero de roca en el que no se podía ver el fondo, Tarzán me seguía emitiendo un sonido, como lloriqueando; entonces agachándome, cogí una piedra y la lancé hacia el abismo que se encontraba bajo mis pies, no se escuchó nada hasta pasados unos segundos y luego subió un lejano eco producido por la piedra al chocar contra el fondo del barranco. La niebla había humedecido la roca y esta estaba muy resbaladiza; pasé bastante miedo hasta que conseguí salir de la zona rocosa y volver al pequeño sendero. Ahora la noche caía sobre nosotros, y con aquella niebla uno no podía verse los pies a no ser que se agachase. Entonces le dije a Tarzán:

—¡A casa, a casa!

Y él comenzó a caminar delante de mí, girándose de vez en cuando para asegurarse de que le seguía. Después de andar un buen rato, por fin salimos de la montaña y llegamos cruzando la explanada a una calle de las afueras.

Los años fueron pasando y al tiempo que yo crecía, Tarzán parecía ir encogiéndose. Su pelo fue perdiendo aquel espléndido brillo. ¡Cuántas aventuras habíamos pasado mi viejo amigo y yo! Supongo que se dio cuenta de que su hora llegaba, y la sangre de lobo que corría por sus venas le hizo tomar un día la decisión de ir a morir dignamente. Recuerdo aquel día. Salí con él a pasear y se fue para no volver más; le vi alejarse con su collar rojo al cuello en el que se encontraba grabado

su nombre; por mucho que lo llamé y lo busqué, nunca lo encontré. Supongo que si existe un cielo después de la muerte, él se encontrará allí esperándome.

La reliquia

LOS HIJOS DE «Ojos Castaños» seleccionaron los diversos granos y cultivaron campos de cereales. Donde antes solo había yermas llanuras, ahora se veían campos inmensos de cereales que crecían a golpe de sol y de agua, creciendo unas espigas altas listas para el pan. Las inmensas zonas de cultivo formaban un mar de espigas, que eran mecidas por el viento, formando un mar de olas mansas. Los hortelanos labraban la tierra y la trabajaban con sus manos. Antes de iniciar la siembra los hijos de «Ojos Castaños» venían a mí y me ofrecían flores, cantos y frutas que dejaban en cuencos junto a mis pies, pidiéndome que el clima les fuese propicio y que sus cosechas fuesen abundantes. Yo me sentía bien de poder servir, de poder sentirme útil para algo; además era la única forma que tenía de interactuar con ellos. No era difícil proporcionar el clima adecuado para que sus cultivos creciesen altos y en abundancia, pues al fin y al cabo era parte de mi programa, solo que ahora por primera vez alguien me pedía que lo utilizase. Cuando el grano había madurado al sol, lo recogían trabajando todos en conjunto. Tras la cosecha venían los festejos; la gente subía al prado que se encontraba junto a mí, cargados cada uno con sus mejores productos, como dulces y bebidas, preparaban manjares y llenaban el aire con un olor dulce acaramelado con un toque de especias. Los niños correteaban jugueteando

y la gente por el prado no paraba de bailar, mientras se podía escuchar a los músicos que cantaban y tocaban todo su repertorio.

En un principio todas estas personas eran hermanos, pero poco a poco se fueron distanciando; se distanciaron tanto que cuando se encontraban de nuevo ya no se reconocían, pues el color de su cabello y de su piel había cambiado, creando diferentes razas.

Los hijos de «Ojos Castaños» pasaban tanto tiempo solos que cuando se encontraban desconfiaban y recelaban de sus hermanos, y esta desconfianza, este miedo provocó que luchasen entre ellos. Luchaban por poseer la tierra, una tierra que pertenecía a todos ellos, una tierra que estuvo ahí mucho antes de que ellos apreciaran, e incluso mucho antes de que yo llegase, una tierra que prevalecería cuando estos ya no estuviesen.

Caminaron durante siglos, caminaron por el mundo buscando la razón de su existencia, en una larga peregrinación. Se encontraban solos, perdidos; olvidaron la belleza de las pequeñas cosas y buscaron a un dios, un todopoderoso que les diese una razón para vivir; lo cierto es que sin saberlo ya la tenían, pues buscarían a aquel ser sin desfallecer y esto les haría llegar a lejanas tierras con las que nunca hubiesen soñado. ¿Por qué se sentían solos? Yo siempre había estado solo, antes de todo, cuando todo era oscuridad.

El cero

LA INVENCIÓN del cero nos ha aportado grandes avances en la ciencia y en la forma de entender el universo. Pero también nos ha llevado a uno de los mayores errores: el olvidar que es una invención nuestra y que por tanto no existe en la naturaleza. Siempre imaginamos un punto cero desde el que parte todo, desde el que medimos todos los sucesos y esto nos lleva a grandes errores, como que antes del *Big bang* no había nada y esta nada era cero. Esto es totalmente imposible ya que la nada es cuantificable si no en números positivos sí en números negativos, pero nunca es cero. Así que, antes de la creación de las partículas de la materia que forma nuestro universo, existía un universo de antipartículas y de antimateria, posiblemente similar al nuestro; quizás con la única diferencia de que los números siempre llevasen el signo menos delante: «Sería posible que en este universo cuanto menos dinero se tenga, más rico podría uno ser».

Si quitamos el cero, nos damos cuenta que las cosas son muy diferentes a lo que pensamos. Si no utilizamos el cero como punto de partida las velocidades se vuelven relativas incluso la velocidad de la luz deja de ser una constante.

De León

TODO CAE por su propio peso, y en la vida de León comenzó a caerle todo encima. Hacía unos meses que le habían quitado el carnet de conducir, pues en uno de sus repartos, justo después de parar para comer y tomarse unas cuantas copas de *Sanblas*, por un desafortunado cúmulo de circunstancias se encontró implicado en un accidente. Sus explicaciones no convencieron a la policía y se le hicieron las pruebas de alcoholemia sobrepasando los límites permitidos en diez veces. Según León, la conductora del vehículo con el que colisionó frontalmente, no tenía ni idea de conducir y al intentar efectuar un adelantamiento, invadió su carril, no dándole tiempo de respuesta, por lo que terminó arrollándolo. La investigación de la policía sugería todo lo contrario y sumando esto a la alta tasa de alcohol en sangre, fue llevado a comisaría. El camión destartado pero fabricado en puro hierro, había quedado destrozado, aun así había impedido que León sufriese daños. No ocurrió lo mismo con el pequeño turismo de color azul, que ahora parecía un acordeón y el interior estaba salpicado de sangre; afortunadamente, a la mujer se la llevaron con vida; su estado era grave, pero se recuperó favorablemente. Esto disminuyó la condena impuesta a León; el juicio tardó en llegar y mientras tanto estuvo sin trabajo; intentó buscar trabajo donde pudo, pero una persona ya con más de cincuenta años,

con solo experiencia como conductor y sin carné, con aquella peculiar apariencia física, lo tenía francamente muy difícil. Fracaso tras fracaso, continuó haciendo algunos transportes, de forma ilegal, tales como mudanzas y retirada de escombros, que vertía en cualquier lugar, ya fuese en parques o en algunas ocasiones incluso en medio de la calzada. Estos pequeños trabajos le proporcionaban el suficiente dinero para dedicarse a pasar el resto de la semana metido en cualquier bar cutre, donde bebía anís hasta que le quedaba el escaso equilibrio para conseguir volver a casa.

Se le podía ver casi mendigando de un bar a otro, para que le sirviesen una copa más, pero en la mayoría de los bares ya le conocían y en cuanto se daban cuenta de su estado se negaban a servirle. Bebía y bebía hasta caer al suelo; algunas veces algún amigo de borrachera le acompañaba a la puerta de su casa, apoyándose el uno en el otro. En otras ocasiones, volvía a cuatro patas, pues era incapaz de mantener el equilibrio sobre las piernas; luego intentaba abrir la puerta, pero atinar con la llave en la cerradura le parecía tan difícil, había que ser un Guillermo Tell pensaba; incluso la manzana era más grande que la diminuta cerradura. Como lo intentaba de todas la maneras, incluso dando golpes con la cabeza, la mujer en el interior solía darse cuenta y corría a abrirle. Entonces se desplomaba en la entrada y ahí se quedaba hasta la mañana siguiente.

Las broncas en casa eran cada día más agresivas; su mujer ya no se resignaba a escuchar sus insultos; ya los hijos eran mayores y hacían su vida, por lo que la mujer de León ya no estaba dispuesta a aguantar más

sus maltratos psicológicos; muy a menudo León empezaba insultándola y según salían los agravios de su boca le iban llegando objetos de diverso tipo, algunos más certeros que otros, impactaban contra su rostro. Uno de los objetos provocó una brecha en la frente de León, empezando a gotearle sangre, pero este ni se inmutó; las copas de anís, de las que ese día había tomado unas cuantas, funcionaban muy bien como anestésico. Finalmente la mujer se cansó de vivir en aquella situación y se marchó de casa. En un principio León se alegró, pues pensaba que la culpable de su situación era ella, y ahora que estaba solo todo cambiaría, se dedicaría a vivir la vida. Lo cierto fue que dos semanas más tarde su situación era penosa; había dejado la casa vacía de objetos de valor; vendió incluso las camas con tal de conseguir dinero para invertirlo en el bar, invertirlo en cualquier cosa que se pudiese tragar y que contuviese alcohol. Su estado era lamentable; sin afeitarse, sin peinar y con la ropa sin cambiar en muchos días, su aspecto era parecido al de un naufrago.

Llamaron a la puerta, pero nadie fue a abrir; tras unos segundos llamaron de nuevo y seguidamente aporrearon la puerta bruscamente; así que a León no le quedó otra opción que ir a ver quién era. Abrió la puerta y vio a un policía; le requerían para el juicio, León no tenía ganas de juicios e intentó cerrar la puerta dejando al policía fuera; pero el pie del policía, que se encontraba en medio del recorrido de la misma, impidió que se cerrase; entonces llamó al compañero que se encontraba fuera observando lo que quedaba del huerto. Entraron los dos y lo redujeron, mientras León no cesaba de lanzarles todo tipo de palabras malsonantes.

El juicio fue rápido; el juez fue benevolente, a pesar

de las increpaciones que León le lanzaba; lo cierto es que el aspecto del juez era para no querer encontrárselo por la calle; se suele decir que los perros se parecen a los dueños; en este caso parecía ser todo lo contrario, pues el hombre tenía unos acentuados rasgos caninos. Pese a todo, a León solo le echaron una leve condena: debería cumplir seis meses en un penal, cosa que sorprendió incluso a su abogado, pues tras haber estudiado el caso y teniendo que disculpar continuamente el comportamiento de León, era una sentencia por la que él hubiese firmado desde un principio.

Salió del furgón. El día era gris y el viento frío se clavaba en el rostro como una lluvia de alfileres. Se escuchaban montones de historias desagradables sobre lo que se les hace a los nuevos presos en las cárceles y esto le ponía a León algo nervioso. Según entró, le llevaron al almacén, y el furriel le puso sobre los brazos las sábanas de la cama; sobre ellas camisa, pantalones y ropa interior, todo en color azul marino; por último le entregó unas zapatillas también del mismo color. Cargado ya con todo lo necesario, le llevó a su celda. Para llegar a la habitación había que atravesar un largo corredor de la prisión. Este fue su primer contacto con los reclusos que se encontraban en sus celdas. Al pasar por el pasillo los presos comenzaron a decir todo tipo de cosas, unos insultaban a los guardias, otros le hacían preguntas a León y algunos arrojaban rollos de papel higiénico desde los cubículos más elevados.

Le metieron en una celda junto con dos presos; al contrario de lo que suele pasar en la mayoría de películas, los presos se mostraron amables, y lo primero que hicieron fue saludarle estrechándole la mano y presentándose. El flacucho y desgarrado se llama-

ba Cagalubias; al otro reo le llamaban Plano y era un hombre rechoncho; se le notaba que no tenía muchas luces, pues Cagalubias le decía lo que tenía que hacer, cosas como siéntate, saluda, etc. Le llamaban Plano porque decían que abrió una caja fuerte con explosivos y le puso tanta goma dos que la puerta salió volando por los aires, y aun escondiéndose detrás de una robusta mesa, la tapa de acero gruesa como una puerta, fue a aterrizar sobre su cabeza; desde entonces su encefalograma decían que era plano.

Cagalubias era una persona nerviosa que tartamudeaba al hablar y que no inspiraba ninguna confianza. Era físicamente delgado, y tenía unas extrañas facciones, unos prominentes pómulos, que aún quedaban mucho más remarcados, debido a que bajo estos los carrillos los tenía hundidos, al contrario de la mayoría de personas; los ojos saltones, con una mirada nerviosa que mantenía escasos segundos sobre un mismo sitio. La boca parecía una ranura; era grande, pero los labios no se veían. Cuando hablaba, uno podía ver las hileras de dientes, descolocados, agrupados en algunos puntos y separados en otros. Siempre andaba encorvado, con la cabeza baja, debido a ello y a su delgadez se le marcaban las vértebras de la columna en la parte superior de la espalda.

Los tic nerviosos le provocaban movimientos bruscos repentinos, como el caballo que espanta las moscas; comentaban que su nerviosismo era debido a que en una ocasión la policía llamó a la puerta de su casa, diciendo:

—Somos la policía, abra por favor.

En ese preciso momento Cagalubias estaba pesando en una pequeña balanza la cocaína que vendía

y como no se le ocurrió ningún sitio para esconderla se la empezó a comer a puñados. La policía tiró la puerta abajo de una patada y le encontraron de pie en el salón, en calzoncillo y con una camiseta interior de color verde, toda cubierta de un polvo blanco, como si le hubiese caído un saco de harina desde las alturas. Con la cara y las manos blancas por la cocaína y tragando el último puñado de droga que le quedaba en las manos dijo:

—Estoy de pastelero y me encanta el azúcar glase, jeje.

Después de decir esto, los ojos se le pusieron en blanco y cayó desplomado al suelo, saliéndole espuma por la boca. Cuando despertó se encontraba en la enfermería de la prisión.

Cagalubias comenzó su carrera delictiva muy precozmente, pues cuando tenía catorce años robaba coches con el único fin de conducirlos rápidamente por algún descampado; los coches solían quedar con algo más que pequeños desperfectos. Por supuesto, esto no agradaba a sus dueños, así que se fueron acumulando las denuncias por robo y vandalismo, hasta que finalmente la policía decidió esperar en el descampado donde solía ir con los vehículos robados a realizar sus prácticas de conducción. La policía esperó hasta que el motor del coche paró al quedarse sin combustible. Entonces se acercaron y le cogieron sin que este opusiese resistencia. Como era joven, en lugar de entrar en la cárcel entró en un correccional para menores; allí aprendió todo lo necesario para pasar de ser un ladrón de coches a ser un cocinero. Tenía grandes dotes para la química, y durante su estancia en el correccional es-

tudió mucho, obteniendo una titulación como cocinero.

Por las noches solía ir de compras a las farmacias de guardia, donde compraba todo tipo de medicamentos para un sinnúmero de enfermedades. Por supuesto, estaba sanísimo y utilizaba estos productos para fabricar drogas de diseño, extrayendo los componentes químicos de estos medicamentos y también de diferentes productos de limpieza. El proceso de extracción y purificación de los elementos necesarios se realizaba a través de diferentes procesos para los cuales, entre otras cosas, se hervían los productos en grades ollas; de ahí lo de que les llamasen cocineros.

«Por otro lado, al enterarme de esto, por fin encontré una relación de los establecimientos en los que se venden productos de limpieza, llamados droguerías, con los narcóticos».

Cagalubias tenía buenas actitudes para la química, pero no tenía ni idea de cómo comercializar sus productos; debido a esto entró pronto en la cárcel, pues le cogieron al intentar vender pastillas de su propia producción a un policía. En la cárcel continuó con los cursos intensivos y esta vez aprendió todo sobre el tráfico de drogas.

Cagalubias y Plano eran presos reincidentes, pero sus delitos no eran muy graves y las condenas eran cortas. No sé si os preguntaréis de dónde suelen salir las bandas de atracadores; por supuesto, uno no va a un bar, hace unos amigos y se pone allí mismo a planear un atraco; esto sucedía en las cárceles; uno entraba por haber cometido un delito, como el cometido por León, y salía con un máster en robo de cajas fuertes, venta y

fabricación de narcóticos e incluso conocimientos para fabricar explosivos. Como lo que más tenía uno era tiempo, se podían hacer muchos planes, muchos planes para conseguir dinero fácil; y así fue como Cagalubias, Plano y León dedicaron mucho tiempo a planear un atraco a un banco.

León proporcionó la información de la sucursal; conocía una muy bien, e incluso sabía qué tipo de caja tenían; por la descripción, Plano supo enseguida de qué modelo se trataba y cuánto tiempo tardaría en abrirla. Cagalubias conseguiría todo lo necesario para el robo, armas, indumentaria y vehículo para la fuga; León sería el conductor. Poco a poco, el plan fue tomando forma en la cabeza de cada uno y pasaron el tiempo que les quedaba en prisión pensando qué harían con el dinero. Cada uno tenía un plan para gastarlo: León pesaba comprarse un camión nuevo con climatizador, y montar su propia empresa de transportes. Ya veía el camión, con unos letreros grandes en los laterales, en los que se leía: Transportes León.

La cárcel no era un mal sitio para estar, seguramente, si no fuese porque hay que estar allí por la fuerza; más de uno ingresaría voluntariamente. La comida era mejor que en la mayoría de las casas; casi se podría decir que tan buena como la de un restaurante; los presos entre sí eran como una gran familia y los únicos enemigos eran los guardias; así que si alguno cometía una falta por la que sería castigado, entre todos intentaban taparlo para que el culpable no fuese arrestado; esto solía suceder en algunas ocasiones cuando les mandaban formar en el patio y los guardias pedían que saliese el culpable de algún hecho como dar voces por

la noche, o romper una mesa o una ventana, pero todos permanecían unidos y afrontaban el castigo juntos. Les ponían formados esperando que saliese el culpable, cosa que aunque sucediese, pues el culpable a lo mejor no quería que todos cargasen con su culpa, no servía de nada puesto que al mismo tiempo que este daba un paso adelante o levantaba la mano para decir que había sido él, todos los reclusos hacían lo mismo autoinculpándose al mismo tiempo. Sabían muy bien que la unión hace la fuerza y, por norma general, en unos cuantos minutos, los guardias se aburrían de tenerlos formados y los mandaban de nuevo a sus celdas.

Cuando no sucedía ningún incidente relevante, los días eran tranquilos. Por la mañana lo primero era ir al comedor donde desayunaban café con bollos; cada día de la semana se ponía un tipo de bollo diferente para tomar con el café con leche, y después de esto un bocadillo de fiambre. Estaba prohibido llevar comida a las celdas, pero la mayoría de los presos guardaban el bocadillo en el bolsillo del pantalón y lo llevaban a su celda, para comerlo más tarde en el patio. Después del desayuno, un poco de gimnasia y luego el recreo en el patio; todo el resto del día uno lo podía dedicar a lo que le viniese en gana; normalmente la gente acudía a las aulas de la biblioteca, donde algunos presos daban clases teóricas sobre oficios; pero, claro está, el trabajo principal de todos ellos era delinquir, por lo que aunque los guardias y el director de la cárcel pensaban que los presos aprendían cómo ganarse la vida de forma honrada, en realidad las clases solían ser muy interesantes para lo reclusos, pues en todas ellas se aprendía todo tipo de oficios interesantes, como ladrón de coches, ladrón de bancos o manipulación de estupefacientes.

Como comentaba, si no fuese porque a uno le mantienen retenido contra su voluntad, muchos acudirían voluntariamente a estos cursos intensivos.

Las asombrosas historias de León

UNA DE LAS historias más sorprendes de las que contaba León trascurría en Australia. ¿Qué pintaba León en Australia? Pues, según él, tuvo que trabajar allí por un período de tiempo debido a que en Europa escaseaba el trabajo y allí estaban faltos de mano de obra. Son diversas las historias que contaba sobre su paso por Australia.

Las carreteras australianas se caracterizan sobre todo por sus infinitas rectas en las que uno pierde la vista en el horizonte y por mucho que se fija en él no se aprecian cambios en largos períodos de tiempo. Como el país es tan grande, han ingeniado unos métodos nuevos de transporte para abaratar costes; son unos megacamiones que van tirando de un montón de vagones; por eso les llaman trenes de carretera. Cuando uno tiene que adelantar a estos trenes es realmente peligroso, pero esto era pan comido para el experto camionero León. La carretera se mezclaba con la arena del desierto y aquellas interminables rectas le hacían a uno perder por instantes la concentración, haciéndole dar volantazos en algunas ocasiones. El calor hacía mella en su voluntad. En una de las rectas, el paisaje cambió súbitamente, pasando de las arenosas dunas a unos lagos espectaculares; esto no podía ser, pensó León; debía de tratarse de algún tipo de espejismo;

el agua llegaba casi hasta la carretera y el calor hacía parecer que el asfalto estuviese cubierto por el agua. León seguía contemplando aquel maravilloso paisaje; le daban a uno ganas de parar y darse un baño. Mientras observaba el pantanal, buscó debajo del asiento, de donde sacó una botella de *Sanblas* y al mismo tiempo que contemplaba aquella maravillosa vista, bebía unos largos tragos de anís.

Conducir por aquellas rectas era pan comido, solo había que poner el piloto automático y uno podía ir tranquilamente disfrutando del paisaje. De un pisotón fuerte en los frenos, estos bloquearon el camión que empezó a dar unos bruscos bandazos; la parte posterior del camión saltaba de un lado a otro, como un toro salvaje en un rodeo. Finalmente, el camión salió de la carretera y se hundió en la laguna. León vio un enorme cocodrilo en medio de la carretera y la maniobra para esquivar al reptil terminó con el camión en la laguna; debido al impacto contra el agua, se dio un tremendo golpe en la cabeza. Al despertar se encontraba bajo el agua, en el fondo del pantano, donde las algas subían desde las profundidades hasta el acuático cielo infinito, como bosques gigantescos. Cuando miró a su alrededor, vio un montón de peces de varios colores, cocodrilos y un millar de enormes ostras. Sin más, una empezó a emitir un sonido y luego todas se unieron a ella; seguidamente, todos juntos empezaron a cantar. Cuando la canción terminó, los cocodrilos hablaron; su portador era el gran cocodrilo que había esquivado en la carretera y este, en agradecimiento, habló con el resto de cocodrilos para que con sus cuerpos formasen una larga cadena para sacarle con el camión del agua.

Esto es lo que León recordaba; así lo contó en el hospital, donde le dijeron que había sufrido una conmoción debido al fuerte golpe en la cabeza.

El universo vibratorio

LA VIBRACIÓN del universo es la que dota de masa a la materia. Es la que le da consistencia al mismo universo. Del mismo modo que podemos convertir la materia en energía; si hacemos vibrar la energía en la forma adecuada podemos crear las partículas que deseamos.

El universo es como un inmenso estanque, un estanque sobre el que cae una fina lluvia; los pliegues del agua, las ondas, son lo que percibimos como materia. Pero una observación más detallada también nos muestra que todo el estanque está formado de la misma materia; aunque en algunas zonas no haya ondulaciones, sigue siendo parte del estanque.

El peso de la luz

LOS FOTONES que componen la luz no tienen masa ni peso, pero su alta velocidad puede producir una curvatura sobre el continuo espacio-tiempo; ¿cuál es el peso real de la luz? Dependiendo de la frecuencia a la que vibre la luz puede llegar a pesar tanto como una estrella o incluso tanto como un agujero negro.

La reliquia

UN ESTRUENDOSO sonido, acompañado de un temblor de tierra, hizo desprenderse trozos del techo que cayeron por toda la sala. Cheng, un hombre grueso, con un bigotillo largo de cuatro pelos, que vestía con una bata de seda, de color negro con ribetes blancos, me cubrió con una manta para evitar que los pedazos que caían del techo pudieran dañarme. El señor Cheng era el comendador del monasterio; era uno de los monjes más antiguos y el encargado de mantenerme a salvo. Ellos decían que eran hombres, seres humanos; yo les llamaba los hijos de «Ojos Castaños». Un nuevo estruendo, este mucho más fuerte, hizo caer gran parte del techo de la sala. Entonces Cheng se puso nervioso, y llamó a voces a otros monjes; solo apareció un joven, y Cheng le dijo que le ayudase a trasladarme a lugar seguro. Con esfuerzo me bajaron del pedestal en el que me encontraba; envuelto en la manta me sacaron del templo y me cargaron en un carro; luego cargaron cadáveres, hijos de «Ojos Castaños» sin vida. Cheng le dijo al joven que se tendiese en la carreta entre los cadáveres; el joven lo hizo de inmediato sin dudar un segundo.

El templo estaba sitiado y las fuerzas invasoras estaban a punto de lograr entrar; los cadáveres de los monjes se hallaban por todas partes. Salimos del

templo por una de las puertas laterales, nos encontramos cara a cara con los invasores, los soldados tiraron a Cheng al suelo, mientras uno de ellos le apuntaba manteniendo tensa la cuerda del arco:

—Un momento, inútiles —dijo uno de los capitanes que dirigían el ataque al monasterio—, ¿no veis que es el enterrador?

Los enterradores eran respetados, pues nadie quería cargar con el trabajo que ellos realizaban y, según la tradición, quien matase a un enterrador debería hacerse cargo de los cadáveres que este tuviese que enterrar, de lo contrario los espíritus de estos rondarían a la persona que no les permitió descansar en paz. Así fue como el señor Cheng consiguió sacarnos del sitio. Por supuesto, él también conocía las leyendas sobre enterradores y las respetaba, por lo que una vez en lugar seguro, enterró los cuerpos de los difuntos.

Comenzamos entonces una vida de peregrinaje; cruzando pueblo tras pueblo atravesamos todo el país. El señor Cheng solía ser requerido por sus servicios, bendiciendo hogares y negocios; la gente le invitaba a comer y en algunos casos le daban algunas monedas; el joven ayudante siempre le acompañaba aprendiendo los rituales. Una vez, su joven ayudante corrigió una frase mal dicha por el monje y este le dijo:

—Había una vez un viejo maestro que trabajaba como barquero, cruzando a las personas de un lado al otro de un inmenso lago. Un buen día le tocó llevar a un hombre peculiar, ataviado con absurdos ropajes y henchido con un montón de bolsas, todas ellas llenas con infinidad de pergaminos. El maestro le trató con cortesía y le ayudó a subir a la barca. El hombre no paraba ni un momento de hablar y de quejarse por

todo. Todo parecía molestarle. Iniciaron la travesía y el hombre no hacía más que decirle cosas al maestro. El individuo enseguida se dio cuenta de que el maestro no era muy bueno con el lenguaje, así que este le preguntó: «¿no ha estudiado usted lengua y literatura?», a lo que el maestro contestó humildemente que no; pues entonces ha perdido usted una cuarta parte de su vida. Continuaron navegando por el pantano hacia la otra orilla que aún no se divisaba y el hombre de ciudad continuó haciéndole más preguntas y reproches al maestro. Durante la conversación el personaje se dio cuenta de que el maestro no era muy bueno con las matemáticas y entonces le preguntó: «¿no ha estudiado usted cómputo y geometría?», a lo que el maestro contestó con humildad: «no, no he tenido la oportunidad». Entonces el hombre le dijo: «pues ha desperdiciado usted la mitad de su vida». A medida que se adentraban en las aguas, el tiempo fue cambiando y el cielo soleado se cubría ahora de oscuras nubes. El hombre continuó martirizando al maestro con sus conversaciones, y se dio cuenta de que el maestro no sabía mucho de astrología, así que le preguntó: «¿no ha estudiado usted astrología?», a lo que el maestro contestó sinceramente que no había tenido ese placer. Pues entonces ha desperdiciado usted gran parte de su vida. En ese preciso momento comenzó a diluviar, llovía con tanta fuerza que la barca comenzó a llenarse de agua y finalmente la barca comenzó a hundirse y el maestro le preguntó al hombre: «¿ha aprendido usted a nadar?», a lo que el hombre contestó que no; entonces el maestro le dijo:

—¡Pues ha perdido usted toda su vida, porque nos hundimos!

El maestro nadó despacio, reservando las fuerzas

y consiguió alcanzar la orilla, mientras que el hombre de ciudad alcanzó el fondo del lago.

Mientras estuvimos en una ciudad, sucedió un hecho insólito; era un buen día de otoño, y todo permanecía en calma, pero la calma fue rota por un montón de bandadas de pájaros que pasaron volando rápidamente; después de esto vino la calma absoluta, no se movía ni una sola hoja en las copas de los árboles. El viento estaba en calma total y el cielo permanecía completamente despejado. La gente paró sus quehaceres para observar el cielo, pero nada parecía suceder, hasta que, más tarde, el silencio fue roto por una tremenda algarabía; el viento comenzó a soplar con terrible fuerza, era casi imposible poder mantenerse en pie, los tejados de las casas salían volando y los árboles perdían todas sus hojas. En breves instantes el cielo se tornó oscuro, negro como la noche y comenzó a llover con una fuerza increíble; el caudal era tal que la tierra no podía evacuar tanta cantidad en tan poco tiempo; así que en unos segundos el suelo se cubrió de barro, y el agua cubría ya un palmo, las gentes corrían a guarecerse donde podían, pero a muchos les era imposible moverse del lugar donde se encontraban, pues si lo intentaban los fuertes vientos les arrastraban, haciéndolos rodar por el lodo. Nunca se habían enfrentado a algo parecido, ni los más ancianos recordaban haber visto o escuchado leyenda alguna en la que se hablase de un suceso similar. La enorme ladera de la colina bajo la que se asentaba la ciudad, comenzó a deslizarse, y a su paso una avalancha de lodo y piedra sepultó gran parte de la misma; casas enteras quedaron bajo tierra, cubiertas por toneladas de escombros. Había gente chi-

llando y gritando por todas partes, subidos en árboles o sobre los tejados de las casas que aún quedaban en pie. Del mismo modo que llegó se fue; al poco tiempo el sol lucía de nuevo en el cielo y dejaba a la vista aquel catastrófico suceso. Los supervivientes abandonaron sus refugios y comenzaron a buscar a sus familiares. Nunca nadie había visto tanta destrucción.

¿A qué era debido?, ¿por qué la tierra les castigaba de esta manera? Se tardaron semanas en sacar los cadáveres del lodo y los funerales duraron meses, y el luto permaneció siempre sobre los supervivientes. Muchos abandonaron la ciudad para no regresar jamás, pero las desgracias parecieron seguirles, pues por lejos que fuesen, por tiempo que pasasen sin saber de más sucesos catastróficos, estos aparecían tarde o temprano para golpearles nuevamente.

De María

MARÍA ERA una chica muy nerviosa e inquieta; su madre decía que era puro nervio; supongo que debido a ello tenía aquella extraña apariencia, era muy delgada y sus brazos eran tan finos que parecía que en cualquier momento se le desprenderían del cuerpo. Su pelo, negro azabache, hacía resaltar el color de sus ojos, lo solía llevar corto; en algunas ocasiones incluso se lo cortaba a máquina por la zona de la nuca. Sus ojos eran brillantes, luminosos, cargados de emociones, que transmitía con su mirada. La cara era alargada, un mentón bien definido. Su boca era grande, con unos labios anchos y carnosos, con unos bordes muy perfilados. Su piel era morena, aunque al contraste con su negro pelo parecía clara. Parecía muy alta debido a su delgada figura, pero realmente era de una altura media. Sus manos no eran grandes, pero sí eran alargadas, debido a la forma de los dedos.

Su apariencia influyó mucho en su personalidad, pues los compañeros de colegio la acomplejaban, metiéndose continuamente con su físico. Desde los doce años, no paró de peregrinar entre diferentes médicos para solucionar su problema; le hacían tomar de todo, incluso unos batidos especiales que toman los culturistas, pero le era totalmente imposible coger peso. Ella se encontraba sana y fuerte, comía el doble que sus amigas, pero simplemente su organismo consumía

mucha energía, pues no paraba quieta ni un momento.

A medida que fue haciéndose mayor, dejó de preocuparse por lo que los demás pensasen de ella, se volvió poco sociable y a menudo paseaba sola por el parque. Le gustaba el invierno; una de las razones era que al llevar tal cantidad de ropa parecía normal y la gente no se fijaba tanto en ella; pero también la gustaba escuchar el silbido del viento y ver nevar; cuando nevaba salía a la calle y bailaba mirando al cielo, sintiendo cómo los finos copos de nieve le acariciaban el rostro.

Siempre solía estar feliz, excepto algunas veces en las que se sentía muy sola; en aquellas ocasiones salía a pasear por el bosque buscando un árbol que le pareciese bonito, normalmente un castaño o nogal, al que se abrazaba con fuerza cerrando los ojos imaginando que ella era aquel enorme árbol. Podía estar horas imaginando que era un árbol, dejando pasar el tiempo sin darle importancia, olvidándose totalmente de quién era.

En una ocasión, perdió totalmente la noción del tiempo, y cuando abrió los ojos era ya de noche; tuvo que volver corriendo a casa y de camino pasó bastante vergüenza al ser parada por un coche de policía; la madre, nerviosa por su ausencia, había dado orden de que la buscasen; así que el coche patrulla la recogió y la llevó a casa. Los vecinos estaban cotilleando desde las ventanas de sus casas y María se sentía avergonzada; su madre ejercía una sobreprotección, haciéndola sentir incapaz de valerse por sí misma y esto no le gustaba nada a María, aunque sólo se sentía molesta cuando su madre la trataba como una niña pequeña delante de otras personas.

Su madre la castigó una semana sin salir de casa,

y durante ese tiempo María se quedaba en su cuarto leyendo cuentos sobre princesas encantadas y animales con poderes mágicos. Aunque ya era mayor para creer en esas historias, la encantaba seguir creyendo en ellas y mientras leía aquellas fábulas le gustaba hacer un alto en la lectura para poder imaginar aquellos mundos mágicos.

Hay quien dice que en las pequeñas cosas es donde se pueden encontrar las mayores maravillas; esto lo sabía muy bien María, que observaba con detalle las cosas que a simple vista nos parecen insignificantes, pero que, vistas con detenimiento, hacen abrirse ante nuestros ojos un mundo maravilloso; hasta el insecto más insignificante tiene su pequeña alma y su pequeña personalidad. Observando las hormigas María se dio cuenta de ello, pues aunque todas parecen iguales, hay unas más trabajadoras, unas más torpes que otras y algunas muy listas; observó una hilera de hormigas, las cuales se dirigían cargadas con hojas al hormiguero; había unas que llevaban hojas y alguna despistada que llevaba cualquier cosa no comestible que era lo primero que había encontrado por el suelo, y una hormiga lista iba tan campante sobre una hoja que transportaba otra hormiga.

El otoño era una estación que le encantaba a María, pues la gente comenzaba a llevar ropa de abrigo; a parte de esto, los bosques se llenaban de un colorido increíble; las copas de los árboles parecían pintadas por un pintor impresionista, con una enorme cantidad de matices, y el suelo también cubierto por estas hojas de colores formaba un manto que recordaba a esas coloridas alfombras persas. La luz del atardecer pintaba el

cielo de tonos anaranjados, y el reflejo sobre las hojas de los últimos rayos de sol antes de su puesta creaban una atmósfera misteriosa que la hacían imaginar estar dentro de un sueño, un sueño en el que una princesa andaba por un bosque encantado.

Cuando la pradera se llenaba de flores, pasaba mucho tiempo jugando, haciendo guirnaldas entrelazando las flores. En aquellos momentos María olvidaba el estrés de su vida cotidiana; en aquellos momentos que pasaba en soledad se sentía a gusto, se metía en su propio mundo, donde todo tenía un significado especial, donde cada animal, cada árbol, incluso cada piedra poseía un alma inmortal.

Era muy aficionada a la lectura; cuando el tiempo era muy malo se quedaba en su cuarto leyendo, y cuando hacía buen tiempo salía a leer al parque o a la montaña, donde imaginaba aquellos personajes de leyenda paseando entre los árboles.

María recogía y llevaba a casa todo tipo de animales que se encontraba en la calle, aunque luego siempre su madre le regañaba y tenía que dejarlos de nuevo en la calle. Una vez encontró una paloma con un ala dañada por el disparo de un cazador; era una paloma gris claro cubierta de motas negras. María la cogió y la llevó a su casa; consiguió que su madre la dejase tenerla en casa hasta que se curase; le vendó el ala y la dejó en la terraza; allí le puso un comedero y un bebedero especial para aves. Todas las mañanas se levantaba muy temprano e iba rápidamente a ver qué tal se encontraba la paloma. Por las tardes, cuando volvía de la escuela, la visitaba de nuevo, y algunos días le leía cuentos en voz alta, cuentos que ella misma cogía en la biblio-

teca, donde buscaba historias de aves, aves aventureras y valientes. Le puso de nombre Chispitas, porque sus motas negras sobre el plumaje gris claro resaltaban como chispas. Una mañana al ir a ver a Chispitas, volvió llorando y le dijo a su madre:

—¡Mamá! ¡Mamá, no está! ¡No está!

Su madre le dijo que su ala ya hacía tiempo que estaba curada y había llegado el momento de que partiese; ella también debía tener su familia y tendría que volver con ella. María continuó poniendo comida y agua en la terraza, pero durante mucho tiempo no pasó nada, hasta que un día, al entrar en la terraza, vio a Chispitas que se alejaba volando después de haber estado comiendo.

El padre de María se cansó de vivir en aquel pueblo y se trasladaron a una ciudad de la otra punta del país, donde según su padre la vida les iría mucho mejor. En la nueva casa, sobre la cocina, había un extractor viejo de gran tamaño; era casi un extractor de tamaño industrial, que desentonaba sobre una cocina tan pequeña. Todos los días la madre de María se encontraba manchada la cocina por plumas de ave, así que un día se lo comentó a María; esta acercó una silla bajo la campana extractora de la cocina y, subiéndose en ella, metió la cabeza dentro de la campana para intentar observar lo que había allí; entonces vio un ave, era una paloma y enseguida reconoció a Chispitas, que les había seguido en su viaje cruzando el país y había anidado justo sobre su cocina.

En verano los barrios de la ciudad se turnaban para ir celebrando sus fiestas, fiestas que según las leyendas comenzaron hacía miles de años, cuando los

primeros hombres que cultivaban la tierra terminaban la cosecha. Aunque no le gustaban las multitudes, el olor a algodón de azúcar la atraía de tal forma que se olvidaba de la concentración multitudinaria de personas y llevando un algodón de azúcar en la mano paseaba maravillada entre los coloridos puestos de los feriantes.

—Quizás trabajar de feriante no fuese tan malo, al fin y al cabo, al menos si uno era el dueño del puesto que cocinaba el algodón de azúcar.

Para María era casi como hacer un truco de magia; el vendedor pasaba el bastoncillo de madera vacío alrededor de la olla y este se llenaba de algodón de azúcar casi por arte de magia. La otra cosa que le gustaba de la feria eran aquellos enormes peluches; le encantaba coleccionar peluches y tenía una gran cantidad de ellos que guardaba desde pequeña, aunque los que tenía en casa no eran tan grandes como los de la feria; estos ocupaban una buena parte de su cuarto. Por otra parte, las ferias tenían un aire medieval, pues parecían ser de esas cosas que apenas cambian con el paso del tiempo.

María nunca había tenido muy buena suerte con los chicos, aunque esto nunca le preocupó, pues realmente aún no había encontrado ninguno que le pareciese interesante. Ella siempre había esperado a sentir eso que llamaban un flechazo, enamorarse a primera vista, pero lo cierto es que los años pasaban y con ellos también se perdían sus esperanzas de que esto pudiese sucederle algún día. Un día, al salir de la biblioteca, se encontró con un chico; bueno más que encontrarse se tropezó con él, pues María estaba ojeando los libros que llevaba y bajó los escalones desde la puerta de la biblio-

teca hasta la calle sin prestar mucha atención. Al principio no notó nada extraño, pero cuando este la ayudo a recoger los libros y pudo ver de cerca sus ojos sintió algo muy especial; aquella mirada era cálida y dulce; era una mirada serena y tierna; nunca había sentido nada igual al mirar a alguien; sintió al mismo tiempo frío y calor por todo el cuerpo. Sorprendentemente, deseó besar sus labios; qué idea más estúpida le pareció, pero no le importaba, solo podía pensar en besar aquellos labios; quería que esa mirada no dejase nunca de observarla, que el tiempo se detuviese para siempre y poder quedarse junto a él y poder acariciar su rostro, poder poner sus manos sobre su piel y besar sus labios; pero el tiempo no se detuvo y el chaval le dio sus libros y le pidió perdón por haber chocado con ella. María no pudo decir ni una sola palabra y el chico se alejó; entonces reaccionó, dijo en voz baja para sí misma: «no puedes dejarlo marchar»; y cuando el chico se encontraba ya lejos, comenzó a correr hacia él sin llegar a aproximarse demasiado, guardando cierta distancia para que no se diese cuenta de que le seguía. Después de caminar un rato, él subió los escalones de una casa baja y entró en ella. María aprovechó aquel momento para acercarse y leer el nombre que ponía en el buzón y lo mencionó en voz alta: ¡Elías!

Acto seguido se llevó las manos a la boca para tapársela al darse cuenta de que alguien la podía haber escuchado.

—Desde luego, creo que podría ganarme la vida trabajando como detective, pensó.

Era la primera vez que se le ocurría perseguir a alguien y encima era un chico. Realmente tuvo que

impactarle muy fuerte para que le provocase esta reacción.

Bueno ¿y ahora qué? ya tenía su dirección, pero ¿cómo conseguiría hablar con él?

Comenzó a pasar un montón de ideas por su cabeza, un montón de planes, que iba descartando de inmediato, pues todos le parecían demasiado absurdos. De todas formas, una cosa era perseguir a un chico dejando una buena distancia para que nadie sospechase, y otra era crear una situación en la que pudiese comenzar a conversar con él. Lo cierto es que la mayoría de personas ni siquiera se plantean este tema, y no porque sean muy lanzados y enseguida entablen conversación con la primera persona que se encuentran. De hecho, se ven parejas muy desacordes, no solo físicamente, si no también psicológicamente. La mayoría de las personas se suelen emparejar con los individuos de su entorno, y muy a menudo, desde jóvenes, entre el grupo de amigos en el que uno se encuentra cuando tiene quince o dieciséis años.

Pero, desde luego, María no era una persona conformista. Era una persona que creía seriamente en el amor y encontraría a su amado aunque tuviera que poner el mundo patas arriba.

De Elías

LOS ATAQUES cada día se hacían más fuertes; al principio, los médicos pensaron que se trataba de intoxicaciones; nada serio, pero cada vez se hicieron más frecuentes. Desde que tengo conciencia hasta donde puedo remontarme en mi memoria siempre he sufrido estos ataques; recuerdo que cuando era pequeño me dio uno de ellos y el médico me diagnosticó sarampión; lo que dejó un poco extrañado al médico fue que más adelante volvió a suceder lo mismo y mi madre le dijo:

—¿Cuántas veces se suele pasar el sarampión?

—Mujer, el sarampión solo se pasa una vez.

—Pues es la quinta vez que me dice que el niño tiene sarampión.

Los ataques sobre todo se producían cuando dormía fuera de casa; así que poco a poco fui asociando los sucesos, por lo que hoy en día no duermo nunca fuera de casa y no puedo ir de vacaciones a ningún sitio.

Los ataques son muy diversos; uno parece estar muriéndose de cualquier enfermedad; normalmente son fiebres altas, acompañadas de sarpullidos por todo el cuerpo, vómitos y mareos que llegan a ser tan fuertes que me hacen imposible poder andar o tan siquiera ponerme en pie. Los síntomas aumentan con fuerza a medida que paso más tiempo fuera de casa así que, en una ocasión, tuve que salir corriendo de un hospital en el que me querían ingresar; por supuesto yo sabía que

si no volvía a mi casa los síntomas irían en aumento. En principio fue un malentendido; yo me encontraba fuera de casa y empecé a encontrarme mal; no podía volver, pues antes tenía que hacer unas cosas en el centro de la ciudad; los mareos se aceleraron más rápidamente que de costumbre y cuando me quise dar cuenta casi no podía ponerme en pie. No podía pensar con claridad, continuamente me venían a la cabeza un millón de sueños; al intentar andar me di cuenta de que las extremidades se me habían quedado dormidas y me era casi imposible moverme. Como pude, recorrí unos cincuenta metros, los cincuenta metros más largos de mi vida, que me separaban de una estación de tren. Nunca me importó morir; cualquier cosa era mejor que soportar ese aluvión de sueños, pesadillas que se repetían incesantemente en mi cabeza.

Cuando llegué a la estación parecía un drogadicto, no podía mantener el equilibrio, me había vomitado y orinado encima. Por suerte, a las personas que se encontraban en la estación no les preocupó mi pinta y me ayudaron; me sorprendí mucho, pues era la primera vez que en una gran ciudad he visto que la gente se preocupe por lo que les pasa a los demás. Llamaron a una ambulancia y esta me llevó al hospital.

La gente tiene miedo a entrar en los cementerios, pero es una de las cosas que nunca he entendido. En los cementerios todo está en calma, y suelen ser unos magníficos jardines, por los que uno puede pasear y leer las bonitas inscripciones que se encuentran grabadas en piedra. En cambio, donde reside la muerte, donde uno puede olerla e incluso sentirla es en los hospitales. La sala de urgencias era una gran sala, donde no paraban de entrar personas moribundas. Estando solo unos

minutos en aquella sala, cambiaba la percepción que uno tenía de la vida. Enseguida uno se daba cuenta de lo frágil que es la vida, cómo la gente muere y desaparece sin más ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué era lo que habían hecho en la vida? A nadie le importaba, simplemente uno podía observar cómo la luz de sus ojos se apagaba. Los hospitales son fríos, uno se siente enfermo nada más cruzar la puerta.

Nada más entrar, me hicieron todo tipo de pruebas, que más bien parecían torturas; me metieron tubos por la nariz hasta el estomago y por ellos me metieron suero a presión; al mismo tiempo, otra doctora me sacaba sangre, otra me tomaba la tensión y otra me hacía todo tipo de preguntas. Después de todo esto y de comprobar que realmente no estaba drogado, me llevaron a una sala donde me hicieron una de las peores pruebas; me metieron una cámara sonda por la boca para ver el interior del estómago. El caso es que no conseguían que mejorase y no encontraban ninguna causa física para lo que me sucedía; yo sabía que cuanto más tiempo pasase fuera de casa peor me encontraría, así que le dije a las doctora:

—Por favor, ¿me puede dar el alta voluntaria?

—Yo no te aconsejo que te vayas en este estado, pero si te vas yo no puedo retenerte.

Entonces pensé que me estaba dando a entender que no pasaría nada si yo me iba por mi cuenta; así que cogí el catéter que tenía conectado a mi brazo y que me suministraba el suero y lo saqué de mi vena; al hacerlo la sangre empezó a chorrear por el brazo; presioné la herida con la mano y me levanté de la cama tranquilamente. En la sala de urgencias del hospital se encontraban tres enfermeras y cuatro médicos; al fon-

do de la sala había un guardia de seguridad. Me levanté y me fui caminando con una especie de camisón que me habían puesto en el hospital; caminaba descalzo, y cuando ya salía por la puerta de la sala, oí una voz que decía:

—¡Que se escapa!, ¡que se escapa!

Miré hacia atrás y vi cómo todos corrían detrás de mí; entonces empecé a correr por los pasillos del hospital hasta llegar a una sala llena de gente, una sala de espera donde la gente me miró sorprendida; salté entre la gente por encima de una fila de butacas, y finalmente al fondo de la estancia vi que se encontraba la puerta de salida, una puerta automática con sensor de infrarrojos que se abrió rápidamente al aproximarme. Una vez fuera, en plena noche se oía la sirena de una ambulancia acercándose y el tráfico de coches de la ciudad. Me alejé del hospital y al observarlo desde la distancia, en la oscuridad de la noche me pareció una isla iluminada en medio de la nada. Hacía frío y andar descalzo por medio de la carretera, con aquel camisón, no era nada agradable. Los mareos iban y venían, haciendo que me desplomase en algunos casos; entonces me quedaba tirado en el suelo vomitando hasta poder apartar de mi mente aquella maraña incesante que bombardeaba mi cerebro, aquella maraña de fragmentos, imágenes y sueños sin sentido, que no me dejaban pensar apenas unos segundos con claridad.

Con un gran esfuerzo lograba apartarlas o al menos ignorarlas unos instantes para ponerme en pie y caminar, aunque más que caminar prácticamente me arrastraba. La situación era desesperante y pensé que por fin había llegado el fin; luego caí desplomado al suelo. ¡Quién lo iba a decir, qué forma más absurda de

morir!, pero supongo que en la vida real las causas suelen ser así; la gente no muere luchando en una batalla o intentando salvar a alguien heroicamente de morir abrasado entre la llamas; supongo que en la vida real la gente muere de un constipado mal curado, de un coma etílico, o más normalmente de un infarto producido por el estrés, aparte de los accidentes de tráfico, que son una de las causas más habituales hoy en día. De todas maneras y aunque no era la forma en la que uno piensa que va a morir, eso no tenía mucha importancia ahora; casi sentí alivio, pues por fin terminarían las pesadillas. Una luz cegadora se abrió frente a mí: ¿será esta la luz de que tanta gente habla? me pregunté; luego noté como si me arrastrasen hacia la luz. Lo siguiente que recuerdo es encontrarme en la parte trasera de un taxi y la voz del taxista que me decía:

—¿Por aquí vamos bien?

—Sí sí, aquí es.

Imagino que inconscientemente le había guiado hasta mi casa, porque nos encontrábamos justo en la puerta. Miré detenidamente al taxista: era un hombre joven de más o menos la misma edad que yo; vestía una camisa a cuadros que parecía estar hecha con tela de un mantel, de esos manteles de cuadros pequeños azules y blancos; era corpulento, me pareció gracioso, casi cómico, verle encajado dentro del coche; era un coche grande, pero debido a su corpulencia, hacía que pareciese pequeño, como si condujese uno de esos coches de pedales para niños. Por el espejo central del coche pude ver su rostro, un rostro afable y familiar, con esos ojos oscuros y con esa mirada brillante, luminosa, como la de un niño al reír.

—¿Ratón?

Sin darme cuenta volví a preguntar:

—Ratón, ¿eres tú?

—Señor, creo que la medicación le está haciendo decir tonterías; ya hemos llegado; veo que no lleva usted dinero, no se preocupe, ya me pagará otro día.

Le di las gracias, y nada más poner un pie en el suelo, noté cómo me subía un calor intenso por la pierna cubriéndome todo el cuerpo; de inmediato me sentí tonificado, fuerte y sano, pareciéndome todo lo sucedido absurdo y lejano, como un mal sueño ya olvidado. Subí los escalones que llevaban al porche de entrada de mi casa; llamé para que me abriesen; mi madre abrió la puerta y me preguntó qué me había sucedido; yo le contesté que necesitaba dormir y que por la mañana se lo contaría todo. Abrí la puerta de mi cuarto y me tiré sobre la cama como un saltador de trampolín; luego caí en un profundo sueño, un sueño intenso, que me llevó a la guardería: de nuevo era un niño y me encontraba en el jardín de infancia con Ratón. Fue un sueño extraño, parecía totalmente real, salvo porque yo no podía interactuar en él, simplemente era una repetición de las cosas que había vivido hacía ya tantos años. Eran unas imágenes nítidas, muy claras, llenas de luz, de una luz blanca, como la que entra por las ventanas cuando el sol de verano lleva unas horas en el firmamento. Sentí alegría al ver de nuevo a aquel niño bajito y regordete; era un retaco, una almondiguilla, pero tenía algunas cualidades, pues era un niño tranquilo y nunca se peleaba con nadie, aunque los demás niños le quisiesen pegar muy a menudo.

Ya de niños algunos necesitan demostrar que son más fuertes que los demás y para demostrarlo tienden a agredir al más débil. Yo era bastante cobarde, pero

debido a que para mi edad tenía una altura superior a la de los demás, con esto me bastaba para que nadie se metiese conmigo y, aprovechando esta circunstancia, para que tampoco lo hiciesen con Ratón. De golpe, un salto en las escenas me llevaron a la despedida de Ratón; fue un día triste y aunque fuese finales de primavera y el tiempo fuese inmejorable, yo sabía que jamás volvería a ver a mi amigo. La madre de Ratón preparó dulces para todos y también sombreros de colores fabricados en papel. Celebramos su despedida como si fuese una fiesta de cumpleaños. El padre de Ratón había conseguido ascender en la empresa y ahora tenían que trasladarse de ciudad para ejercer su nuevo cargo en una nueva sede.

Todos los niños cantábamos la canción de los patitos que nos habían enseñado las profesoras; todos estaban contentos menos Ratón y yo, pues aunque Ratón no era muy espabilado, se daba cuenta de que era una despedida y de que seguramente nunca volveríamos a vernos. Cuando la fiesta terminó las profesoras nos dijeron que nos despidiésemos de Ratón; yo esperé a ser el último; realmente no me atrevía a despedirme, le había tomado mucho cariño a aquel retaco, al fin y al cabo era el único que me escuchaba durante las largas horas de siesta. Me acerqué y le dije al oído:

—Ratón, no te preocupes por nada; si los niños se meten contigo no te preocupes, antes de que te des cuenta te harás mayor y ya no podrán hacerte nada.

Pronto llegó su madre; lo cogió en brazos y le dijo que se despidiera de las profesoras. Recuerdo cómo se alejaba con su madre y cómo me miraba con esos ojos brillantes mientras se marchaba. En aquel momento no lloré, supongo que los niños son muy fuertes y a

medida que nos hacemos mayores también nos hacemos más débiles, pues ahora sí lloro cuando recuerdo estas escenas.

Normalmente soy consciente de que estoy soñando; siento algo similar a cuando uno se sienta a ver la televisión; en muchas ocasiones no puedo diferenciar la realidad de los sueños, pues son tan reales que no puedo apreciar diferencia alguna; otras veces los sueños son como ver una película, uno solo observa, consciente de que lo que está viendo es un sueño en el que no puede participar; uno se ve a sí mismo actuando, pero no puede hacer más que ver pasar los sucesos sin poder cambiarlos. Me daba cuenta de que estaba soñando, pero era un sueño apacible y me encantaba ver de nuevo a Ratón, por lo que no quería despertar nunca. No quería despertar, pero empezaba a notar el peso de mi cara contra la almohada y empezaba a escuchar mi respiración; el volumen de mi respiración se oía más fuerte a cada instante, lo que impedía que pudiese seguir las conversaciones del sueño.

Cuando uno se hace mayor y vive en una ciudad, uno comienza trabajando en cualquier trabajo basura, con el mero fin de conseguir el dinero suficiente para comprar algunos caprichos, poniéndose entonces en marcha una rueda difícil de parar, en la que uno empieza trabajando para vivir y termina viviendo para trabajar, sin darse cuenta de que no consigue más que encontrarse mal, y por mucho que llene su vida de bienes materiales, estos le hacen sentirse a uno más vacío. Uno se olvida de cuando era pequeño, de cómo se deleitaba simplemente saltando en un charco y no necesitaba nada más para ser feliz. Uno se hace mayor, y primero la mente y más tarde el cuerpo comien-

za a atrofiarse, pues solo se piensa en conseguir más y más dinero y en trabajar más y más horas, sin ninguna ilusión, olvidándose de lo que uno sabía cuando era pequeño.

Muchos, simplemente, ahorran su dinero para gastarlo en escapar unos días de su vida; nunca entendí a las personas que decían haber recorrido el mundo; en mi mente me parece tan complicado; yo necesito años para conocer un mundo de tres metros cuadrados; cada cosa en este pequeño espacio es totalmente diferente y a menudo al pensar en la variedad que puede encontrarse en un bosque me sobrepasa abrumándome. ¡Para qué entonces ir a la otra punta del mundo, si aquí mismo necesito miles de años para poder contemplar las maravillas de un pequeño bosque! Lo mismo me sucede con las personas; cada persona es un inmenso mundo; dentro de este, pienso que uno puede pasar la vida junto a otra persona y después de toda esta vida no habrá conseguido conocerla por completo ¿cómo conocer entonces a todas las personas de un pueblo o de una ciudad? ¿Por qué ir a conocer gente al otro lado del mundo cuando apenas conozco a nadie en mi propia ciudad?

Las agencias de viaje se reproducen rápidamente, ofreciéndoles a las personas escapar de sus vidas por un corto período de tiempo y por un módico precio que pueden pagar en pagos fraccionados, con lo cual olvidan que se fueron de viaje porque el trabajo les tenía angustiados y que trabajan todo el año para pagar esos viajes.

La reliquia

UN LARGO viaje en barco me llevó por fin a lo que llamaban el nuevo mundo, donde me llevaron a una misión de nueva construcción en la que se trataba de culturizar y cristianizar a los hombres aborígenes.

En el centro del poblado se erguía una pequeña ermita con paredes de barro y tejado de cañizo donde la reliquia se mantenía siempre iluminada por la llama de las velas.

Como los aborígenes de mayor edad tenían sus creencias y su cultura arraigadas en lo más profundo de sus almas, no podían hacer muchas conversiones al cristianismo con ellos y para conseguir su conversión todo método a su alcance era bien visto. Se trataba de un largo proceso en el cual se ganaba poco a poco la confianza de los más pequeños para que estos fuesen convenciendo a sus padres de lo que estaba bien y de lo que no. Esto finalmente terminó con la paciencia de los más mayores, y una noche asaltaron la misión llevándose como trofeo la reliquia.

Fue en aquel tiempo cuando vi de nuevo a los hijos de «Ojos castaños», de corazones puros que no habían sido ensuciados por la codicia y la avaricia. Eran buena gente, unos hijos de los que «Ojos Castaños» se sentiría orgullosa. Después de tanto tiempo, ellos seguían con aquellos rituales, de veneración a la tierra y de respeto

a todos los seres vivos. Solo cazaban por necesidad y después de dar caza a sus presas, las veneraban dándoles gracias por alimentarlos. Todo en la naturaleza era mágico para ellos y respetaban con veneración al dios viento, al dios cuervo, al dios sol y a todo lo que componía el mundo.

Los festejos dando gracias a los dioses eran casi continuos; danzas y bailes que cada noche solían realizar alrededor de las hogueras, bailaban al ritmo de los cantos y del sonido de los tambores; disfrazados de animales bailaban sin cesar hasta entrar en una especie de trance en el que imaginaban ser aquellos animales, para volar como un águila o correr como un puma.

La avaricia de los hombres de la vieja Europa terminó con todos ellos; aun hoy en día hay historiadores que promueven teorías sobre el porqué acabaron desapareciendo. Algunos historiadores dicen que perdieron por estar en desventaja al no tener monturas en sus caballos, otros dicen que fueron las armas de fuego las que hicieron vencer a los conquistadores y hay muchas otras teorías en las que siempre se resaltan ventajas intelectuales, pero desde el primer momento los hijos de «Ojos Castaños» estaban perdidos, pues ellos, aparte de amar el mundo que les rodeaba eran humanistas y nunca quisieron la muerte de sus enemigos; así que si les ganamos por algo, no fue por ser más inteligentes, sino por ser más salvajes.

El mundo estaba hecho para ellos, no era necesario más que disfrutarlo, disfrutar de él sin pedirle más de lo que nos puede dar; pero esto no era algo que les preocupase a los hijos de «Ojos Castaños», tenían más que suficiente con lo que el mundo les daba, ni en sus

mentes ni en sus corazones había cabida para la avaricia.

Un grupo de jóvenes que habían salido a cazar volvieron al poblado nerviosos, con algo importante que contar; pidieron hablar con los ancianos, su petición fue escuchada y por la noche tendrían una reunión con el comité de ancianos, que eran los que tomaban las decisiones importantes en la tribu.

Cuando todo estuvo preparado entraron en la tienda de los ancianos, una tienda enorme, fabricada con caña, ramas y pieles, en medio de la cual había un pequeño fuego, los ancianos permanecieron atentos, sentados al otro lado del fuego, esperando escuchar lo que los jóvenes tenían que contar con tanta urgencia. Entonces uno de los hombres de mediana edad dijo: pueden hablar. Los muchachos comenzaron a hablar todos al mismo tiempo, cosa que hacía imposible entender lo que decían; entonces el hombre de mediana edad pidió silencio; todos se callaron de golpe. Uno de los ancianos señaló a uno de los jóvenes y dijo:

—Halcón veloz, habla tú.

El joven comenzó su relato; había estado persiguiendo un alce por el bosque y finalmente este salió a campo abierto, a una de las grandes praderas que se encontraba más allá del bosque verde. Cuando perseguían al alce por el campo abierto y corrían tras él, Pie de Puma chocó contra algo, algo misterioso. La pradera había quedado cortada por una especie de cuerdas metálicas, que formaban una barrera difícil de traspasar.

Este hecho pareció sorprender a los ancianos y el comité se reunió para tomar una deliberación. Por la mañana saldrían en una expedición los ancianos junto

a los jóvenes y algunos hombres más de mediana edad, para ir a ver tan sorprendente suceso.

El grupo avanzó con lentitud atravesando el bosque verde; después llegaron a la pradera, donde pudieron observar aquel fenómeno. Los ancianos quedaron sorprendidos y estudiaron aquellas cuerdas metálicas. Por supuesto que se trataba de algo hecho por el hombre y debía de estar realizado por la mano del hombre blanco, ¿quién sino ellos podían poner límites a la tierra?, una tierra madre de todos, que había estado allí antes de que ningún hombre naciese y que seguiría después, cuando el último hombre desapareciese. ¿Cómo un hombre podía pensar que la tierra le pertenecía por poner un cercado de metal a su alrededor? En aquella pradera habían cazado los hombres más ancianos de la tribu y también habían cazado los ancestros de estos, desde que el hombre era hombre y mucho antes, la pradera había estado allí. Ahora, unos hombres llegados de muy lejos marcaban las tierras como si les perteneciesen.

La madre de Elías

MI MADRE tuvo que trabajar mucho durante toda su vida, pues sacar adelante a un hijo sin ayuda supone un gran esfuerzo para cualquier persona. Trabajaba mucho y yo a menudo me encontraba solo. A pesar de que la echaba en falta, entendía perfectamente lo que sucedía; así que, lejos de reprocharle algo, intentaba ser lo más útil posible haciendo todo lo que podía en casa. Pronto aprendí a valerme por mí mismo, aprendiendo incluso a guisar cuando solo tenía unos seis años.

Durante muchos años mi madre trabajó en una fábrica de productos químicos, donde se producían diferentes productos de limpieza. La inhalación continua de estos productos le hizo padecer problemas respiratorios y, con el tiempo, fueron haciendo cada vez más mella en su salud. Aunque nunca faltó un día al trabajo y nunca se quejó de ninguna dolencia, llegó un día en el que le fue imposible ponerse en pie. El médico la visitó en casa y dijo que su estado de salud era muy delicado; así que ahora tendría que cuidar yo de ella. Por mucho que pareciese mejorar, nunca llegó a recuperarse y se fue consumiendo lentamente, como se marchita una flor cortada.

Siempre he pensado que envejecer no es algo natural, que no tendríamos por qué morir. ¿Por qué el oxígeno que nos da la vida es también quien nos la quita? ¿Por qué no podemos regenerarnos infinitamente?

¿Por qué un árbol puede vivir miles de años y nosotros solo unos cuantos? No entiendo por qué la gente lo acepta sin más; creo que no es natural, que es una enfermedad, como un virus que convive con nosotros desde los albores de la humanidad, que nos hemos acostumbrado a vivir con ello por ser lo que siempre hemos visto y creemos que es lo natural. Creo que deberíamos esforzarnos por dar cura a esta enfermedad. No vi nada mágico en los ojos de mi madre al envejecer, nada mágico en su enfermedad, nada mágico en su muerte. ¿Por qué luchar en la vida si al final le espera a uno tan trágico final? Solo puedo seguir viviendo al pensar que haré todo lo que esté en mis manos para erradicar esta enfermedad; si al final no logro conseguirlo al menos mi vida habrá tenido un sentido. ¿Qué don es este que se nos da y luego se nos quita?

Desde que puedo recordar, siempre me entristeció ver anochecer; al ponerse el sol los ojos se me llenaban de lágrimas, pues aún siendo muy pequeño era consciente de que ese día ya jamás volvería. Hoy en día, a veces sin darme cuenta, al ver ponerse el sol me embarga una sensación de tristeza, como la que le puede embargar a uno en un funeral, y sin darme cuenta mis ojos se llenan de lágrimas.

Hay personas ambiciosas y personas sencillas como mi madre, gente que se conforma con poco y ella se conformaba con verme crecer feliz, no le pidió nada más a la vida. Hay personas que aun teniendo de todo se sienten tremendamente infelices; supongo que el secreto no está en tener muchas cosas, si no en saber contemplar las pequeñas, esas cosas que suelen pasar desapercibidas y que son lo que realmente componen nuestra vida.

De María

ALGUNAS veces María paseaba por el centro de la ciudad; aunque no le gustaban las multitudes sí le gustaba echar un vistazo a los escaparates, mirar la ropa que llevaban puesta los maniqués y sobre todo contemplar a través de unas largas vitrinas donde se podía ver todo tipo de frutos secos y alimentos en vinagre. Las brochetas con pepinillo, aceitunas, pimienta y cebolleta le encantaban; solía entrar y observar atentamente todo lo que estaba expuesto en las vitrinas; se le hacía la boca agua contemplado aquellos deliciosos bocados. Como le gustaban todos, nunca sabía por cuáles decidirse, así que solía pedir unos pocos de cada, y salía de la tienda con una buena bolsa de diferentes pinchos en vinagre. Luego paseaba mirando los escaparates de las tiendas al mismo tiempo que se deleitaba comiendo. Esa mañana paseaba contemplando escaparates al mismo tiempo que comía aquellos aperitivos. Lo cierto es que pocas personas pueden comer tanto a esas horas de la mañana y menos aún comería aperitivos en vinagre, pero a María le encantaban y disfrutaba comiéndolos más que un niño una piruleta.

Hacía un día fantástico y, además, por las mañanas apenas se encontraba con gente por la calle, lo que le agradaba, porque de este modo no se sentía observada. En un escaparate vio un maniquí con un vestido precioso, pero era demasiado caro, mejor seguía pa-

seando, pero no podía apartar la vista de aquel precioso vestido; si se lo compraba le remordería la conciencia, pues tendría que estar pagando el crédito de la tarjeta durante seis meses, y durante ese tiempo no le quedaría apenas dinero para gastar en nada; así que sería mejor olvidarse de él; pero, por otra parte, pensó que para qué servía el dinero si no para gastarlo; tampoco tenía muchos vestidos y le vendría muy bien tener uno para ir algún día a una fiesta; seguro que pronto tendría que ir a alguna boda de un familiar; así que, pensándolo bien, podía darle mucho uso al vestido. Pensó que primero entraría y se lo probaría, por probárselo uno no perdía nada.

Entró en la tienda y se puso a mirar los vestidos que había colgados en un extenso perchero; la dependienta la observó y la preguntó si la podía ayudar en algo; entonces María la dijo tímidamente que había visto un vestido en el escaparate y que le parecía muy bonito.

—Pues pásese al probador, que ahora mismo se lo llevo —le dijo la dependienta.

María entró en el probador y se quitó la ropa para ponerse el vestido. El probador tenía toda la pared del fondo cubierta por un espejo; así que María se quedó mirando su esbelta figura; como la dependienta de la tienda tardaba bastante, empezó a hacer tonterías frente al espejo: empezó a hacer poses de culturista, simulando que era un fortachón; después continuó con un montón de muecas; así que se encontraba bastante despistada cuando la tendera le echó el vestido por encima del probador. María se sobresaltó y soltó un pequeño grito; menos mal, pensó, que pudo detener el grito y parecía que nadie la había oído.

El tejido del vestido era casi como el algodón de azúcar, y parecía que la talla era la suya, cosa difícil de encontrar, pues aunque pueda parecer lo contrario no solía encontrar ropa de su talla; una cosa son las tallas que utilizan las modelos en las pasarelas y otra las tallas que se ponen de venta al público; así que muchas veces tenía que comprar su ropa en la sección infantil. Se apresuró a probarse el vestido y, efectivamente, le quedaba bien, se podría decir que casi perfecto. La dependienta preguntó si ya se lo había puesto y María le contestó que sí; entonces la dependienta corrió la cortina del probador y la observó. La dependienta le comentó que era la primera chica a la que le quedaba bien el vestido, pues al ser una talla muy pequeña a nadie le servía, y que estaba pensando en quitarlo del escaparate porque no conseguía venderlo. María estaba preciosa con aquel vestido; parecía una princesa salida de los cuentos que tanto le gustaba leer. Decidió que debía comprárselo, y la dependienta le dijo que se lo dejaría rebajado porque era a la única chica a la que le valía. El vestido le quedaba tan bien y era tan cómodo que decidió llevárselo puesto, así le daría una sorpresa a su madre.

Pagó el vestido y salió con él puesto y su ropa en una bolsa. Caminaba por la acera mirándose en el reflejo de los cristales de los escaparates de las tiendas. El vestido lanzaba unos destellos luminosos, como la nieve virgen al ser iluminada por los rayos del sol. Mientras caminaba por la calle 43 pensaba en la cara de sorpresa que pondría su madre cuando la viese. A su madre la encantaba que María vistiese bien, pero ella desde pequeña se negaba, siempre prefería vestir como un niño; además siempre solía llegar sucia de ba-

ro, pues le gustaba jugar a hacer figuras con él hasta que acababa manchándose de pies a cabeza.

Lo cierto es que ahora que era mayor le daba mucha envidia ver las chicas vestidas con sus vestidos, pero no se atrevía a ponerse ninguno, porque aún recordaba la burla que la hicieron sus compañeras de colegio un día que fue con un vestido que le puso su madre; le dijeron que parecía una escoba con vestido y muchas otras cosas que criticaron su aspecto; así que finalmente salió corriendo al tiempo que las lágrimas le corrían por toda la cara. Corrió hasta su casa, se quitó aquel estúpido vestido y se puso sus pantalones.

Caminaba ahora contenta como una modelo de pasarela; escuchó primero un ruido de sirenas a lo lejos; más tarde, un enorme ruido e, instantes después, vio pasar una furgoneta con un carro de los que se utilizan en los mercados incrustado en el capó; la furgoneta iba salpicada de algo rojo, pero no tuvo tiempo de ver lo que era; luego de la nada cayó un tomate en el suelo: qué hecho más extraño, pensó, y a continuación cayeron, juntos, otros tres; ¿qué sucedía? Pensó al mismo tiempo que giró la cara hacia arriba para ver de dónde salían aquellos tomates; al mirar quedó congelada y una lluvia de tomates cayó sobre ella y sobre toda la calle 43. Los tomates la golpeaban con fuerza y tuvo que cubrirse la cabeza con los brazos para protegerse de estos. El bonito vestido quedó hecho una pena y cuando la lluvia cesó pudo comprobarlo al verse reflejada en el cristal de un escaparate. Entonces comenzó a llorar; al principio solo le caían las lágrimas y después empezó a berrear y patalear aumentando sus sollozos mientras corría de camino a casa.

Quería desaparecer de la faz de la tierra, quería

morirse en aquel mismo instante; pensó que el mejor camino para llegar a casa sin que se encontrase a mucha gente por el mismo sería atravesando el parque así que corrió hacia él rápidamente para evitar encontrarse con nadie. Al llegar al parque fue buscando las zonas donde menos gente había, y cuando se encontraba con alguien se escondía detrás de un árbol para que no pudiesen verla. Entonces vio a un extraño hombre apoyado en un árbol; llevaba un atuendo paradójico y puesta la cinta de la cabeza en el cuello; además, tenía la ropa sucia como si se hubiese estado revolcando por el suelo; tenía pinta de ser uno de esos hombres degenerados que se esconden detrás de los arbustos para observar a las parejas. María intentó esconderse pero cuando lo intentaba pisó una rama y esta se partió haciendo un sonoro ruido; el hombre la miró y ella se puso a chillar. María se asustó mucho y más aún cuando el hombre se acercó para intentar agarrarla; la chica comenzó a correr y aquel degenerado no hacía más que correr tras ella intentado darle alcance. Le llegaron a la mente todas aquellas historias de violadores que se escuchan en los informativos: ¿qué sucedería si el hombre le conseguía dar alcance?; no quería ni pensarlo, pero una cosa tenía clara, que como se le ocurriese alcanzarla le abriría la cabeza con lo primero que tuviese a mano. Las piernas no querían ir más rápido y el hombre ya casi la alcanzaba, entonces comenzó a lanzar para atrás todo lo que encontraba a su paso, pero el perturbado aquel no se daba por vencido. María intentó correr aún más al tiempo que lanzaba todas las cosas que encontraba por el camino.

Finalmente parece que el hombre disminuyó su marcha y ahora ya no se le veía; por si acaso siguió

corriendo, y corrió un buen trecho antes de sentirse a salvo. Aún le quedaba un buen recorrido hasta su casa; ya no sabía si seguir por la zona del parque donde hubiese menos gente o mejor pasar por la de mayor afluencia, pues aunque había conseguido librarse de aquel hombre que la perseguía, no se sentía muy segura de que no volviese a aparecer en cualquier momento. Pensó que este era uno de los peores días de su vida, si no el peor, y eso que aún era bastante temprano; lo malo era que cuando uno empieza el día con mal pie suele terminarlo de igual forma.

Según caminaba hacia casa cruzando el parque, comenzó a lloviznar, una lluvia fina, que enseguida comenzó a caer con fuerza, pinchando al caer sobre la piel. No tardó mucho en cambiar a unas gotas gruesas; al principio pensó que el agua podía solucionar el problema ocasionado por los tomates, al menos parcialmente, pero pronto lo que parecía una lluvia inofensiva se transformó en algo parecido a un tifón; el agua caía en cantidades ingentes, el viento soplaba con tanta fuerza que le arrastraba a uno si no se agachaba; ¿cómo podía estar sucediendo aquello? Estas cosas se ven en los noticiarios, pero nunca se piensa que le pueda pasar a uno; son solo cosas que ocurren en sitios lejanos. María no tuvo tiempo de resguardarse del temporal en ningún buen sitio, y permaneció bajo un gran árbol. Ante sus ojos pasó un perro, un hermoso perro que parecía ser de raza pastor belga; el pobre andaba bajo la lluvia sin saber hacia donde ir.

—Ven aquí bonito, ven aquí chiquitín.

Le dijo al perro, y este se acercó corriendo. Llevaba un collar de color rojo y de él colgaba una chapa en la que se podía leerse: «NAZRAT». Como el agua no

paraba de subir, María, que era una buena trepadora, subió a la primera rama del árbol, mientras el perro la miraba desde abajo ladrando; luego se colgó boca abajo, agarrándose con las piernas en una rama, y cogió al perro, que aunque era de tamaño grande pesaba mucho menos de lo que uno podía pensar. Se mantuvieron en la rama durante un tiempo, pero finalmente el agua les comenzó a alcanzar; entonces, María intentó subir más alto, hasta las ramas superiores y nuevamente se las tuvo que ingeniar para conseguir subir al perro con ella; pero cuando la rama tuvo que soportar el peso de los dos, esta cedió y se quebró haciéndolos caer al agua.

Uno no reacciona durante unos segundos; no es consciente de lo que ha sucedido; se encuentra sumergido bajo el agua, y el tiempo parece detenerse; uno se encuentra bien, se siente ligero, ingravido y no se da cuenta de que ese no es su medio hasta que los pulmones se contraen pidiendo aire de nuevo. Lo que parecía desde afuera una corriente de agua era más una masa de tierra y piedra en movimiento; bajo la aparente tranquilidad de la superficie corrían ríos de lodo y piedra que hacían imposible mantenerse a flote en la superficie.

A María el aire le quemaba dentro de los pulmones, y finalmente tuvo que expulsarlo; al vaciar sus pulmones se hundió como una piedra y desapareció bajo las aguas. Viajó durante mucho tiempo por el mundo de los sueños; al principio todo era oscuridad y silencio, pero del mismo modo que la electricidad ilumina la estancia al pulsar un interruptor, la oscuridad se llenó de luz y el silencio se llenó de sonidos, un mundo de sueños sin principio ni final en el que uno ve pasar etapas

de su vida por delante de sus ojos separadas por largas pausas en las que uno se encontraba tranquilamente viendo cómo el agua fluía río abajo, bajo el sol, que le daba a todo unos colores más vivos de los que María podía imaginar.

Las asombrosas historias de León

LEÓN PASÓ unos años trabajando en el norte, transportando leche para una fábrica de productos lácteos. Muchas son las historias que contaba sobre aquellos años en los que conducía un camión cisterna cargado de leche; decía que aunque en el norte solía hacer frío, cuando hacía calor, lo hacía de verdad, y que aunque no eran muy habituales estos días, siempre llegaba algún día caluroso, pillándole a uno por sorpresa y haciéndole pasar verdadero calor. León contaba que en estos días extraños de calor extremo él tenía una solución para refrescarse: aparcaba su camión en un lugar apartado y se subía sobre la cisterna, abría la cuba, que tenía una escotilla en la parte superior y se daba un refrescante baño en leche, quedándole la piel blanca y suave.

Uno de esos días, cuando llegó a la entrega, al secársele la leche sobre la piel, le picaba todo el cuerpo y al caminar hacia el encargado de la recogida, al que tenía que firmar un albarán como que todo estaba correcto, le daban una especie de espasmos. El encargado se quedó estupefacto observando cómo León se aproximaba dándose golpes con las manos por todo el cuerpo. Los causantes de todo eran insectos de todo tipo que se le pegaban al cuerpo atraídos por el olor de la leche y no paraban de picotearle.

De León

—PERO QUÉ mierda es esto: te doy todos mis ahorros y me llegas con dos pipas de fogueo y una escopeta oxidada.

—¿Qué hostia querías, León, con la guífta que me has dado?, además, ni loco os doy a ti y a Plano un arma de verdad.

—Al menos recórtale los cañones a la escopeta, para que parezca más amenazante —le dijo León a Cagalubias.

—También he comprado medias.

—¿Medias? —preguntó Plano.

—Claro hostia. ¿Con qué piensas ta, taparte si no esa cara tan fea?

—Un hombre va al medico y este le dice: tenemos que hacerle un análisis de orina, heces y semen; a lo que el hombre le dice: ¿le puedo dejar mis calzoncillos? Porque tengo un poco de prisa, dijo sin más León.

Plano se quedó un momento pensando y después de unos minutos soltó una enorme carcajada.

—¿Ahora eres un jodido cómico? —le preguntó Cagalubias.

—He escuchado que la risa es una buena terapia contra el estrés.

—¿Sa, sabes quién es la madre del topo? —preguntó Plano a Cagalubias tartamudeando y continuó:

—Too-pota-madre.

Luego se hizo un silencio. León empezó a ponerse colorado y más tarde morado hasta que soltó una carcajada. Mientras tanto Cagalubias intentaba estrangular a Plano con las manos.

El plan era el siguiente: entrarían en la sucursal el viernes por la mañana, entre las 8:30 y las 8:45, pues más o menos a las 9:30 llegaba el camión que recogía la recaudación de la semana, y justo antes de esto, era cuando podían hacerse con un mayor botín.

Punto uno: Cagalubias robaría una furgoneta antes del atraco, para que estuviese limpia, o sea que no hubiese ninguna denuncia de robo sobre ella.

Punto dos: León aparcaría la furgoneta justo delante de la sucursal; Plano y Cagalubias se encargarían del atraco mientras León vigilaba que no se acercase la policía.

Punto tres: Plano necesitaría unos minutos para abrir la caja fuerte; mientras tanto, Cagalubias recogería el dinero de detrás del mostrador, al mismo tiempo que controlaba a las personas que hubiese en el interior del banco para que nadie diese la voz de alarma.

Punto cuatro: una vez con el botín, dejarían una caja de zapatos con un despertador en su interior y antes advertirían que estaba conectado a un activador remoto, que en el caso de que alguien llamase a la policía o saliese corriendo sería activado y detonaría la bomba.

Punto cinco: tranquilamente montarían en la furgoneta y se dirigirían a una gasolinera donde dejarían preparado un segundo vehículo, este con toda la documentación en regla; y por último llegar al motel donde se alojaban para rápidamente repartir el botín y dispersarse cada uno en una dirección.

En el motel tenían preparadas unas bolsas, en las que cada uno se llevaría su parte del botín, uno en una bolsa de deportes, otro en dos bolsas de plástico, de las que dan al comprar en los grandes almacenes, y otro lo llevaría en una mochila de montaña. Cagalubias practicaba las frases que diría en el atraco, como si practicara para una obra de teatro; eran frases como: ¡todo el mundo al suelo! ¡Esto es un atraco! ¡Que nadie se mueva!

La noche precedente al atraco todo estaba preparado y listo; incluso se tomaron la molestia de cronometrar todo los tiempos, sobre el terreno, a los relativos a la fuga, pues, claro, estaba que no tomarían tiempos ni harían ningún tipo de incursión al interior del banco, esto sería demasiado peligroso; sus rostros podían quedar grabados en las cámaras de seguridad; así que lo más conveniente era no entrar en el banco hasta el momento del atraco.

Ya que era la última noche y todo estaba listo, Cagalubias ordenó que todos se acostasen pronto para estar frescos por la mañana y poder realizar el trabajo con el máximo rendimiento. Cagalubias se durmió, soñando con las cosas que haría con su parte del dinero; primero podía cogerse unas buenas vacaciones en un país del Caribe donde ya podía escuchar aquellos cantos de guapas mujeres, al mismo tiempo que saboreaba un margarita; las chicas guapas le rodearían y le colgarían collares de flores alrededor del cuello y todas estarían deseando pasar la noche junto a él.

La mañana despuntó clara; esto era una buena señal, pues en los días de lluvia los atascos eran frecuentes y por lo tanto casi imposible poder darse a la fuga. Cuando sonó el despertador Cagalubias ya es-

taba en pie, sentado en la mesa, revisando por última vez las armas. Plano se incorporó al primer pitido del despertador; en cambio, León no se levantó. Entonces Cagalubias se acercó a él y de un puntapié le tiró de la cama, cayendo este al suelo sin inmutarse, abrazado a una botella de anís.

—¡Me cago en la...! ¡me cago en la...! —dijo Cagalubias sin llegar a terminar la frase, tragándose las últimas palabras de rabia.

—¡Plano, a toda prisa, prepara el resucitamue-tos!

Plano se metió tras la pequeña barra americana que se encontraba al fondo del cuarto y empezó a preparar un brebaje. Mientras Cagalubias daba palmadas con ambas manos en la cara de León, intentando que este volviese en sí.

—¡Miserable! ¿Cómo se te ocurre beber justo la noche antes del atraco? Me parece fantástico, el día del atraco el conductor aparece más borracho que una cuba, ¡miserable! ¡miserable!

Plano se acercó con el mejunje en una coctelera y se lo entregó a Cagalubias; este sostuvo el cuerpo incorporado de León hasta la cintura, cogiéndole por la nariz; tras unos segundos León abrió la boca para poder tomar aire y en ese momento Cagalubias le embuchó el contenido de la coctelera, que le entró de golpe llegándole al estómago; soltó la nariz de León y este se desplomó quedando tumbado en el suelo.

—Uno, dos, tres —contó Plano—, y antes de terminar de contar tres, León saltó del suelo como si tuviese un resorte accionador en el trasero, haciéndolo saltar por el aire cayendo de pie; luego corrió gritando mientras buscaba la puerta del baño.

Pasaron unos minutos hasta que León pudo mantenerse en pie, y cuando salieron del motel ya iban con retraso; esto machacaba los nervios de Cagalubias provocándole reacciones físicas, unos tics continuos en el cuello y en la cara que le hacían encasquillarse al hablar en algunas palabras. Ajustándose al plan, Cagalubias se haría con una furgoneta limpia y recogería a Plano y León en la esquina bajo el letrero de publicidad de unas nuevas medias, de esas que resaltaban la figura femenina. Después de esto León conduciría la furgoneta, aunque Cagalubias seguía preocupado por el estado de este.

Lo que sobre el papel resulta sencillo, se complicaba mucho en la realidad y Cagalubias se estaba volviendo loco, pues por mucho que recorría calle tras calle, no encontraba ninguna furgoneta. Por fin, una furgoneta de buena marca y además de un color precioso, pensó Cagalubias; sus pasos se aceleraron y finalmente se acercó corriendo, al mismo tiempo que metía una mano en el bolsillo buscando su navaja multiusos; sacó la navaja y comenzó a forzar la puerta con ella, cuando ya había quitado el seguro a la puerta y puesto la otra mano en el tirador de la misma para abrirla, escuchó un golpe: el dueño de la furgoneta estaba en la parte trasera y había cerrado la puerta al terminar de cargar la mercancía.

—¡Bonita furgoneta!, ¿cuánto consume a los cien?
— preguntó rápidamente al dueño, para distraer su atención. Tras hablar unos breves momentos, continuó caminando mientras farfullaba entre dientes al tiempo que sufría severos ataques musculares en el cuello y en la cara. Más adelante encontró otra furgoneta. Esta vez la rodeó primero para poder certificar que no se

iba a encontrar con nadie en los alrededores; sacó su navaja multiusos y abrió con facilidad la puerta; luego abrió el capó de la furgoneta y extrajo la varilla del aceite; utilizando esta como llave consiguió arrancar la furgoneta. Luego, siguiendo los pasos del plan, llegó a la esquina acordada donde los dos hombres esperaban bajo el cartel publicitario de las medias; allí León relevó a Cagalubias al volante. Mientras conducía de camino al banco, a cada instante León lanzaba unos súbitos y fuertes resoplidos; Cagalubias estaba a punto de saltar al cuello de León, pero se contenía como podía. Finalmente llegaron ante la puerta del banco, pero justo en el sitio donde tenían planeado aparcar se hallaba aparcado un camión de mudanzas así que tuvieron que aparcar detrás de él y, desde esa posición, no se podía ver el interior de la sucursal. En caso de existir una emergencia, León tendría que tocar el claxon para alertar a Plano y Cagalubias.

Últimos momentos. Aunque uno hubiese participado en múltiples atracos, el momento de la entrada, el primer asalto, la puesta en escena, esos últimos momentos eran tensos y todos los músculos del cuerpo se agarrotaban haciendo que el estómago y la vejiga se contrajesen, por lo que a uno le hacía sentir que tenía la última comida en el cuello, y si se relajaba un poco la orina fluiría pierna abajo hasta los pies. Repasaron rápidamente por última vez el plan mientras ponían a punto las armas. Cagalubias le dio una media a Plano y después de esto salieron. Llevaban las medias en los bolsillos y entraron en el banco. El local tenía unos trescientos metros cuadrados, y realizaba una especie de ele; se entraba por la zona más alargada y al fondo hacía esquina girando a la izquierda. Al fondo de

ese recodo, justamente en el lado opuesto a la entrada, se encontraba el mostrador y detrás, la caja fuerte. Todo el perímetro derecho daba con el exterior y era toda una enorme cristalera. Por el interior los cristales tenían unas gruesas cortinillas, de esas bandas de plástico que al girar se solapan unas sobre otras. Estas cortinillas dejaban entrar la luz del exterior, pero no dejaban ver nada del interior. De espaldas a la cristalera se encontraban cuatro mesas, donde se atendían a los clientes sobre temas informativos. Entre las mesas había unas pequeñas mamparas transparentes, que servían para delimitar el espacio alrededor de cada mesa. Entre estas y la pared quedaba un pasillo bastante ancho y largo que llevaba hasta el mostrador, que se encontraba en el fondo. El suelo estaba enmoquetado, de color marrón oscuro. El banco estaba iluminado por una luz blanca que emitían los fluorescentes y les daba un aspecto pálido a las personas.

Tras la primera puerta había una puerta de seguridad que estaba compuesta por dos puertas, primero se entraba en la primera y entonces uno permanecía unos segundos en un estrecho pasillo de cristal hasta que se abriera la segunda puerta; esto no le gustó a Cagalubias, pero ya estaba todo decidido. Los dos hombres entraron juntos en el pequeño pasillo y al cerrar la primera puerta quedaron los dos bastante pegaditos en una situación un tanto estúpida.

—¿Pe, pe, pero a ti qué, qué te pasa? ¿No puedes espe, esperar a que entre yo, yo primero? —dijo Cagalubias a Plano.

Plano se dio la vuelta intentando salir por la puerta por la que había entrado, pero esta ya estaba cerrada; entonces Cagalubias empujó la puerta que daba acce-

so al banco, esta estaba cerrada, por lo que se encontraban encerrados. Entonces sonó una alarma y una voz dijo por megafonía:

—Portan ustedes objetos metálicos.

En el interior del banco todo el mundo los miraba. Había diez clientes y cinco trabajadores en el banco. Cuando todos le miraban, Cagalubias metió su mano en el bolsillo de su abrigo y puso a la vista un manojo de llaves, al mismo tiempo que decía:

—¡Las, las puñeteras llaves!

El trabajador del banco, que estaba acostumbrado a ver este tipo de escenas, pulsó un botón y abrió la puerta dándoles acceso al interior del banco. Nada más entrar dieron media vuelta y pusieron rápidamente la media en la cabeza; después, sacaron sus armas y Cagalubias comenzó a soltar tartamudeando las frases que había ensayado:

—¡To, to, todo el mundo al su, al su, al suelo!

Todos se tiraron al suelo de inmediato, menos el hombre que les había abierto la puerta. Cagalubias se acercó a él y le dijo:

—¡He di, he di, he dicho al sue, al sue, al suelo!

A lo que el hombre contestó:

—No le entiendo.

Entonces Cagalubias empezó a darle culatazos con la escopeta en la cabeza hasta que el hombre quedó tendido en el suelo. Plano se subió el jersey y, debajo de este, sacó una caja que anteriormente llevaba adherida con cinta adhesiva al estómago junto con un pedazo de goma-espuma, lo que le daba el aspecto de un hombre barrigón. Pusieron la caja sobre el mostrador y avisaron de su contenido; era, según ellos, un artefacto explosivo con un mecanismo de seguridad que

accionarían por control remoto si alguien se pasaba de listo.

—Si alguien quiere convertirse en héroe que se ponga en pi, en pie y yo me encargo de hacer los trámites —dijo Cagalubias casi sin tartamudear al tiempo que apuntaba a los presentes.

Los hombres, con la media en la cabeza, tenían un aspecto absurdo, casi cómico, las orejas retorcidas y la nariz aplastada; sus caras recordaban a uno la sección de embutidos en el supermercado donde se podía encontrar diferentes trozos de carne de porcino envasadas al vacío.

Una angustia repentina invadió a Cagalubias. No se sentía bien y todo empezaba a darle vueltas; oía el tic-tac de la caja con un alargado eco; las imágenes se le hacían confusas. En aquel momento observó a Plano realizando una feroz lucha consigo mismo: parecía intentar arrancarse la cabeza con las manos, tiraba y tiraba y finalmente salió corriendo; como un campeón de los cien metros lisos, corría en línea recta hacia la puerta de salida y terminó estampado contra el cristal de seguridad, pegado como un insecto en el parabrisas de un coche; después del tremendo golpe se desplomó. Cagalubias a punto de caer desmayado intentó quitarse la media para tomar aire, pero esta estaba totalmente pegada a su cara, no desprendiéndose de ella por mucho que tiraba. Agarrando un abrecartas de la mesa que había tras el mostrador lo metió por la abertura de la media a la altura de su cuello y entonces consiguió cortar la media, pudiendo por fin respirar. Una de las cámaras de seguridad grababa directamente su imagen. Mientras andaba hacia su compañero, intentaba recuperar el aliento. Cuando le quitó

la media de la cabeza a Plano este ya estaba muerto.

¿Qué podía hacer ahora? Ya no había vuelta atrás, pero desde luego sin Plano no podría llevarse el dinero de la caja fuerte. Entonces se acercó a la mesa que se encontraba tras el mostrador de donde recogió todo el dinero que pudo, la mayor parte en monedas, y lo metió todo en bolsas de plástico mientras la gente permanecía tumbada en el suelo.

Este era sin duda el atraco más chapucero en el que había participado; cogió el dinero que, todo sumado, no era más que una miseria, y salió hacia fuera. En el momento que se aproximaba a la puerta, justo al pasar al lado del hombre que les había abierto la puerta y que Cagalubias tuvo que obligar a que se tumbase, este se le colgó de una de las bolsas. Cagalubias siguió caminando con esfuerzo, llevándose consigo a rastras al banquero.

—¡Su, su, suelta tío memo! —le dijo al hombre, pero este continuaba intentado sujetar a Cagalubias.

Llevaban ya mucho tiempo en el banco y el camión de la recogida estaría al llegar. León comenzó a ponerse nervioso. ¿Qué sucedería en el interior? ¿Debería esperar más o debería entrar a ver qué sucedía? Quizás debería marcharse, pues nadie podía implicarle en el atraco y aún podía librarse de un buen lío si se marchaba ahora, pero no podía defraudar a sus compañeros así que decidió entrar a ver qué sucedía.

Cuando León entró en el banco el banquero se agarraba a Cagalubias como una garrapata; no conseguía quitarse a aquel hombre de encima. Entonces León tiró del banquero quitándoselo de encima a Cagalubias.

—¡Señor León! ¡Señor León! —dijo sorprendido

el banquero al mirar a la cara a León. Ahora sí que estaba en un lío, pues el banquero le reconoció y la policía le buscaría por ser cómplice en el atraco. En ese breve descuido, el banquero cogió la escopeta de Cagalubias y le apuntó con ella, rápidamente soltó las bolsas y agarró la escopeta por el cañón al mismo tiempo que el banquero la asía por la culata; el forcejeo duró unos intensos instantes, hasta que Cagalubias se hizo con el arma, el banquero se tiró entonces de cara al suelo temblando por las represalias que tomaría ahora el atracador. Cagalubias amartilló el arma y quitó el seguro, acto seguido apuntó al culo del hombre.

—¡Bang! —dijo, después se acercó los cañones de la escopeta a la boca y sopló, como si hubiese realizado un disparo y saliese humo por los cañones. Después hizo unos malabarismos con el arma, haciéndola girar alrededor del dedo índice, bajó el arma y la dejó apuntando al suelo. En ese momento el arma se disparó sola y los perdigones del cartucho impactaron en su pie volándole literalmente los dedos.

Cagalubias casi se desmaya al contemplar lo sucedido, el dolor llegó unos segundos más tarde que la imagen, la piel de su cara perdió todo el color, quedándose pálido y un poco amarillento. Entonces empezó a gritar montones de palabras malsonantes; luego se sentó en una butaca del banco e intentó cortar la hemorragia sujetándose el muñón con las manos, pero esto no surgió efecto. Mientras tanto, León estaba petrificado al contemplar la escena: por una parte Plano yacía tendido en el suelo sin aparentes signos de vida, y por otro lado Cagalubias no dejaba de sangrar abundantemente; tenía las manos completamente rojas por la sangre y se las llevaba a la cara y la cabeza al mismo

tiempo que no paraba de maldecir. Cagalubias cogió papeles de encima de una mesa y los puso cubriendo la herida del pie. Más tarde con un rollo de celo lo dejó fijado al pie. Entonces, apoyándose sobre los hombros de León con un brazo y cogiendo aún las bolsas del dinero con el otro, salieron del banco.

Las bolsas de plástico que no estaban preparadas para soportar tanto peso, comenzaron a romperse; una de ellas, la que estaba más llena de monedas, se rompió por el fondo y dejaba caer un reguero de monedas por toda la calle, desde la puerta del banco hasta la puerta de la furgoneta; esto provocó diferentes reacciones en la gente que se encontraba en la calle contemplando aquel extraño suceso.

En el momento que el motor de la furgoneta rugió al arrancar con el acelerador pisado, el banquero salió gritando a la calle. No pasaron más de unos segundos cuando empezaron a oírse las sirenas de la policía. Súbitamente, de un cruce apareció un coche de policía que les cortaba el paso, pero con una maniobra de absoluta precisión, digna del mejor cirujano, León consiguió pasar entre el coche de policía y los escaparates de las tiendas con dos ruedas del vehículo sobre la acera y las otras dos por la calzada. Continuaron la huida, mientras que León conducía a toda velocidad haciendo derrapar a la furgoneta en las curvas y escuchándose el chirrido de los neumáticos al derrapar sobre el asfalto. Cagalubias buscaba afanosamente algo para limpiarse la sangre de las manos y la cara; después de tirar todos los papeles que encontraba en la guantera y arrojarlos hacia la parte trasera de la furgoneta, por fin encontró algo con que limpiarse; era un paquete de servilletas de papel, una de estas cajas de cartón estampadas con

flores y que tiene una apertura por la parte superior por donde se pueden coger las servilletas y siempre queda una automáticamente preparada para ser cogida; escupía sobre ellas para humedecerlas, y así se fue limpiando la sangre. El dolor le subía desde el pie por toda la pierna, pero ahora no tenía tiempo de pensar en ello; la persecución hacía segregar adrenalina a su cerebro, haciéndole olvidar el dolor. Ahora el plan de llegar a la gasolinera para realizar el cambio de vehículos era casi imposible, pues tendrían que conducir por calles estrechas y sería muy difícil escapar de la policía en el caso de que les tendieran una trampa. Para no marearse Cagalubias bajó la ventanilla para que el aire le diese en la cara y le despejase. Calle abajo se veía cruzar por el paso de peatones a un hombre cargado con un carro de verduras, debería ser el reponedor de la tienda del otro lado de la calle.

A la velocidad que conducía León el aire entraba con fuerza en la furgoneta y la caja de servilletas que se encontraba en el salpicadero comenzó a vibrar como si en su interior hubiese una colmena de abejas intentado salir todas a la vez; luego, como si contuviese explosivos, la tapa superior de la caja de servilletas saltó por los aires y el interior del vehículo se llenó de servilletas blancas que revoloteaban a gran velocidad pareciendo una bandada de murciélagos al ser espantados en el interior de su cueva. Las servilletas se les pegaban al cuerpo y la cara, no dejándoles ver nada. La cara del reponedor de verduras parecía un poema: no sabía si continuar cruzando o dar marcha atrás, pues la furgoneta bajaba la calle a gran velocidad y cruzándose de un lado al otro. La furgoneta llegó tan rápido que al hombre no le dio tiempo a terminar de decidir si ir para

delante o para atrás; así que soltó el carro, que llevaba una cantidad enorme de cajas de tomates y cerró los ojos. En lo que tardó en parpadear, la furgoneta ya se encontraba a varios metros de distancia, pero también observó un hecho curioso: el carro había desaparecido. En aquel momento comenzó a caer una fuerte lluvia de tomates; los tomates caían desde gran altura, dejando toda la calle, incluido coches y personas, con lo que parecía un baño en salsa de tomate.

Así fue como aquel día soleado llovieron tomates del cielo sobre la calle 43, una lluvia intensa que llenó toda la calle de tomates. En la furgoneta los hombres aún luchaban por quitarse los papeles de la cara, cosa que ya tenían casi controlada. Ahora el problema era que llevaban un carro incrustado en el radiador de la furgoneta y el parabrisas estaba tan lleno de zumo de tomate, que era imposible ver nada a través de él. León presionaba todas las palancas y botones del coche hasta que consiguió activar el limpiaparabrisas. Cuando pudieron ver algo, un coche de policía que salía de una calle adyacente les intentaba dar alcance. León aceleró al máximo y la furgoneta volaba sobre el asfalto haciendo un estruendoso ruido al pasar cerca de los vehículos estacionados. El coche de policía les iba pisando los talones y León realizó varias maniobras para intentar deshacerse del coche de policía, pero solo consiguió dejarlo algo más atrás.

El carro iba incrustado en el radiador y este soltaba vapor de agua; así que en cualquier momento el motor podía salir ardiendo al perder el líquido refrigerante por culpa del agujero que había producido el carro de los tomates. Tenían que hacer algo y pronto o el coche terminaría por pararse y la policía les daría alcance.

León se conocía todos los recovecos de la ciudad como la palma de su mano, y enseguida fijó un plan: se desvió bruscamente de un fuerte volantazo por una calle que aparecía por la izquierda; era una calle estrecha y la furgoneta entraba dejando poco espacio a los lados; por suerte, en la calle no se encontraba ningún transeúnte, de lo contrario, podía haber terminado triturado entre la furgoneta y los muros de los edificios que delimitaban la estrecha calle. Esta desembocaba en una autovía, pero por ella apenas se podía circular pues el tráfico era muy denso y los coches permanecían más tiempo parados que en movimiento. León entró por el arcén entre los coches y el guardarraíl haciendo chocar el lateral de la furgoneta contra este; sonaba un ruido de vajilla rota y saltaban chispas como en una fundición. Por un pequeño trozo de autopista por el que no había guardarraíl salieron de la misma bajando por un terraplén; después continuaron cruzando por medio del parque.

Un hombre con una cinta de color rojo en la cabeza, con unas muñequeras y unos calcetines a juego con la cinta, corría malamente, se veía que era uno de estos individuos que de repente había visto algún documental sobre sanas costumbres y se había acercado a un centro comercial donde se acababa de comprar todo el vestuario de corredor, pero su aspecto era ridículo, con una cuidada tripa cervecera y unas patillas que le daban aspecto de ave de corral. El hombre, que llevaba puestos unos auriculares, no se enteraba de la que se le venía encima, y cuando le pareció percibir algo y giró la cabeza para ver qué era, vio la furgoneta abalanzándose sobre él. León intentaba no atropellar a aquel individuo, pero este siempre se ponía delante de

la furgoneta y si torcía a la derecha el hombre hacía lo mismo. El paso del hombre cambió y ahora corría que se las pelaba.

—¡Va, vas a ver tú si haces deporte ahora! —le gritó Cagalubias. El hombre corría al mismo tiempo que gritaba:

—¡No me matéis! ¡Fue culpa de ella, os lo juro!

Finalmente las piernas del hombre ya no daban para más y cayó de bruces contra el suelo. La furgoneta frenó en seco, quedándose parada a unos centímetros del hombre que se encontraba tirado en el suelo.

—¡No me matéis! ¡No fue culpa mía, fue culpa de ella!

No paraba de decir el hombre que se encontraba tirado en el suelo, implorando piedad.

—¡Pero qué, pero qué le pasa a este tío! —dijo Cagalubias mirando a León.

—Ella me dijo que no estaba casada, lo juro, juro que es verdad, yo no sabía nada —dijo el hombre sollozando, a lo que Cagalubias le replicó:

—Mi, mira lo que hacemos con la gente como tú —y sacando la mano por la ventanilla de la furgoneta cogió unos trozos de tomate de la parte exterior del parabrisas y los aplastó entre las manos. El hombre se quedó pálido y empezó a formársele un charco sobre los pantalones; la orina le descendió por las piernas al tiempo que lloraba de forma escandalosa.

—¡No me matéis, no me matéis! —contestándole Cagalubias:

—Te, te, tenemos controlado, como la vuelvas a cagar no la cuentas.

—No, no volveré a engañar a mi mujer, lo prometo.

—Espero que no tengamos que hacerte carne picada como al que acabamos de atropellar.

León dio marcha atrás y continuaron metiéndose por un pequeño túnel del parque; allí dejaron la furgoneta y llegaron andando hasta la gasolinera donde tenían preparado el siguiente vehículo para la huida. Llegaron los dos hombres cargados con las bolsas del dinero, uno apoyado sobre el otro, cosa que llamó la atención del dependiente de la gasolinera, pero pensó que mientras no entrasen con esas pintas en el auto-servicio no tendría que preocuparse; además, sólo le pagaban por cuidar de la gasolinera; lo que sucediese fuera no era de su incumbencia, bastante trabajo tenía ya como para estar atendiendo también a lo que sucedía fuera.

Los dos hombres entraron en el coche y al cerrar la puerta Cagalubias pilló con esta una de las bolsas repleta de monedas; no se dio ni cuenta, y al ponerse el coche en movimiento dejaron monedas rodando por toda la gasolinera; pero no se percataron de ello y continuaron tranquilamente. El hombre de la gasolinera salió enfadado al pensar que le habían tirado sobras de comida o alguna cosa por el estilo. Cuando se dio cuenta de que eran monedas empezó a cogerlas y meterlas en sus bolsillos; pero en mitad de su tarea apareció un motorista de la policía que llegaba para repostar con su moto; al ver aquella escena se quedó mirando al hombre de la gasolinera, y este dijo:

—Se le han caído a los dos hombres que viajan en ese coche —y señaló un coche que se alejaba en dirección noreste.

El hombre del parque tenía ahora un aspecto cómico, pues llevaba la cinta de la frente —que era de

felpa— colgada del cuello y llevaba todo el conjunto nuevo lleno de polvo por haberse tirado por el suelo y encima los pantalones meados. Andaba en dirección a su casa, con la firme determinación de no volver a meterse en más líos, pues ya le habían dicho que tuviese cuidado con esa mujer; por lo visto, su marido era un mafioso y como se enterase de algo le podía costar muy caro, pero nunca pensó que pagasen a gente para ir atropellando a las personas que le caían mal. ¿Qué habría hecho el individuo del que solo quedaban pequeños trozos sobre aquella furgoneta?, pensó el hombre; estaba apoyado contra un árbol para tomarse un respiro y cuando levantó la cabeza para continuar su camino gritó:

—¡¡AAAAaaaaaaaaahh!!

Delante de él se encontraba una muchacha manchada completamente de sangre. La chica también empezó a gritar y el hombre intentó socorrerla, pues parecía estar herida grave; es posible que fuese una de las víctimas de los sicarios que viajaban en la furgoneta. Pero, según intentaba acercarse a ella, esta corría gritando y arrojándole todo lo que encontraba a mano; ante aquella tormenta de ramas y piedras, al hombre le era muy difícil alcanzarla. Es posible que se encuentre traumatizada por el shock, pensó, pero desistió de sus intenciones de ayudarla tras recibir un certero golpe de piedra, lanzada por la chica, que le dio de lleno en la cabeza y le dejó inconsciente.

León y Cagalubias huían en un turismo grande, uno de esos coches de fabricación estadounidense, con un amplio capó bajo el que se encontraba su gran motor de gasolina. León conducía con calma, pues la policía no conocía su coche y no quería levantar sospe-

chas con una conducción demasiado agresiva. Metió la mano bajo el asiento y cogió una botella de *Sanblas*; justo cuando se disponía a echar un trago, Cagalubias le robó la botella de las manos y comenzó a beber de ella como si se tratase de agua y llevase días caminando por el desierto.

—¡Tú, conduce! —dijo Cagalubias y, al mirar por el retrovisor del coche, vio un motorista de la policía que se les estaba acercando rápidamente.

—¡Písale! ¡Písale! Que te, tete, tenemos compañía.

León retomó la huida al vislumbrar por el retrovisor que el policía se dirigía directamente hacia ellos; así que nuevamente tuvo que sacar sus mejores cualidades como conductor para conseguir despistar a aquel policía; pero enseguida se dio cuenta de que era mucho más difícil deshacerse del motorista que de cualquier otro coche, pues la aceleración de la moto, sumada a la agilidad, le impedía escapar; así que pensó una nueva estrategia: redujo su velocidad lo suficiente como para que el motorista les pudiese dar alcance; este cometió el error más habitual, ir en moto y pensar que iba en coche, poniéndose paralelo al coche e intentado echar a este fuera de la carretera. León solo tuvo que esperar un momento para encontrar el lugar preciso, y justo cuando se acercaban a un puente, por el que continuaba la carretera, dio un volantazo golpeando con el coche a la motocicleta y esta salió disparada en una trayectoria; pero al no entrar por el puente, el vuelo terminó en un malísimo aterrizaje, quedando su moto clavada en la tierra por la parte delantera. El agente se sujetó con tanta fuerza que el manillar de la moto se dobló hacia delante, pareciendo ahora una moto

tuning; pero pese a la situación, el hombre no se dio por vencido y continuó tratando de acelerar; la moto permanecía incrustada en la tierra por la rueda delantera, mientras la rueda tractora permanecía en el aire haciendo inútiles sus esfuerzos por salir de la tierra.

Pero el hombre era muy testarudo y comenzó a saltar sobre la moto al tiempo que continuaba acelerando. La rueda trasera giraba a gran velocidad y tocaba a cada salto en la tierra levantando una enorme polvareda. Finalmente, en uno de los continuados golpes de la rueda contra el suelo, esta cogió tracción y la moto salió disparada. Ahí iba de nuevo el agente, con la moto tuneada, las luces de color azul y rojo de la sirena si antes se encontraban en la parte de la careta de la motocicleta ahora iban arrastradas por el suelo colgando de los cables eléctricos, y el sonido de la sirena se escuchaba ahora afónico. Continuó conduciendo su moto a toda velocidad a campo traviesa, y cuando León salía del puente y continuaba conduciendo por la carretera, vio paralelo a él al motorista que iba por fuera de la carretera, conduciendo sobre los montículos. El motorista cabalgaba en su flamante montura y detendría a los criminales, así se imaginaba él, pero lo cierto es que su estampa era ridícula y al mirarlo hasta a Cagalubias se le escaparon unas carcajadas que pronto se tuvo que tragar pues el motorista saltó la valla que separaba la carretera del campo; no era una valla alta, no medía más de un metro, pero saltar con aquel cacharro de moto, aparte de ser una verdadera proeza, también demostraba la determinación del policía, que parecía imparable.

De nuevo a la carga, intentando echar al coche fuera de la carretera; realmente, o tenía mucho co-

raje aquel hombre o tenía muy poca inteligencia. Por supuesto, los golpes contra el coche solo conseguían destrozarse aún más la motocicleta. Entonces, mientras sostenía el manillar con una sola mano, con la otra sacó su arma reglamentaria y apuntó a las ruedas del coche.

—¡Me cago en el pi, pirado este! —soltó entre dientes Cagalubias al tiempo que bajó la ventanilla del coche y apuntó con la escopeta a la motocicleta. Los dos hombres hicieron fuego al mismo tiempo: el proyectil del policía no hizo blanco en el neumático, en cambio los perdigones disparados por las escopetas impactaron contra gran parte de la moto; al ser una escopeta de cañones recortados los perdigones que contenían los cartuchos se separaban al salir disparados y abarcaban un área mayor al impactar, con lo que era más fácil hacer blanco.

La motocicleta empezó a perder agua y aceite, que caían sobre el cuerpo de la moto, y debido a su elevada temperatura, se evaporaban formando una nube que, debido a la velocidad a la que conducían, formaba una estela en medio de la carretera parecida a las que se forman detrás de un avión a chorro. La motocicleta fue perdiendo potencia rápidamente quedándose atrás, pero cuando ya se encontraban lejos una bala chocó contra la luna trasera del vehículo.

—¡Me, me cago en la puta! —volvió a farfullar Cagalubias entre dientes al tiempo que se dejaba escurrir en el asiento por si un nuevo impacto les alcanzaba.

León parecía estar en estado de *shock*; desde el comienzo de la huida se limitaba a conducir, como si fuese un piloto automático, pero parecía como si no se

encontrase allí. El policía paró la motocicleta del todo, quedando parado en el carril derecho de la calzada con la humeante motocicleta atravesada, y apuntó con su pistola al coche, que se veía ya muy lejos; sostuvo el arma con las dos manos y mientras apuntaba contuvo la respiración, apretó el gatillo lentamente y el percutor machacó el casquillo haciendo explotar la pólvora en su interior y propulsando el proyectil de plomo a gran velocidad, en una trayectoria directa al coche que se daba a la fuga, la bala impactó contra el neumático del vehículo.

—¡Creo que nos han dado! —dijo León al tiempo que realizaba unas bruscas maniobras con el volante, para estabilizar el coche. El coche se tambaleaba con brusquedad, como un corredor con un solo zapato, pero León conseguía llevarlo más o menos hacia donde quería. Cagalubias sacó por la ventanilla el cuerpo hasta la cintura, observando si le perseguía algún otro policía. Por suerte, parecía que no les seguía nadie, aunque, si continuaban con este vehículo, pronto levantarían sospechas; además, no podrían llegar muy lejos, pues la rueda pinchada hizo trozos el neumático al rodar este sin aire, y ahora la llanta limpia rodaba por el suelo haciendo un enorme ruido y haciendo saltar multitud de chispas; desde luego que así no pasaban desapercibidos.

—¡Cruza el coche en, en, en medio ahora! —le decía Cagalubias a León a la vez que tiraba del volante, para conseguir que el vehículo torciese.

León tiró del freno de mano y el coche se quedó atravesado en medio de la carretera. Entonces, Cagalubias bajó del coche, escopeta en mano y a la pata coja se acercó a un vehículo al que le habían cor-

tado el paso, que se encontraba a unos escasos centímetros de ellos.

—¡Abajo, abajo, ¿que hos, hos, hostia te pasa tío, eres sordo o quieres que te, te solucione los problemas de caspa, de un, de un ti, de un tiro puñeta!

El hombre, en lugar de bajarse del coche se puso las manos sobre la cabeza, como si fuese a ser arrestado. Cagalubias abrió la puerta del coche y lo sacó arrastras cogiéndole por la corbata.

—¿Pe, pe, pero eres de Mongo, Mongolia o eres mongólico?

Cagalubias parecía presa de una crisis de ansiedad; su cara estaba continuamente enrojecida y cada vez hablaba más deprisa y se atascaba más.

—¡La hos, la hostia, primero el puto, el puto subnormal del banco y luego el puñe, el puñetero Terminator de la po, po, policía, me cago en mi puñetera vida...!

Continuó sin parar de hablar gruñendo; parecía un perro ladrando y no paraba de maldecir. El coche del hombre, que ahora se encontraba en el suelo con el nudo corredizo de la corbata tan apretado que parecía que su cabeza reventaría como un globo demasiado hinchado, era un buen coche, uno de esos que conducen los altos ejecutivos de empresas. León pensó que no estaba mal, por fin conduciría un coche en condiciones. Se disponía a subir por el lado del conductor y Cagalubias a dar la vuelta al coche para entrar por la puerta del copiloto; en ese momento, el dueño del coche quiso impedir que se lo robasen y agarró a Cagalubias por el muñón.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhiiiiiiiiiiiiiii!!!

Exclamó con fuerza algo parecido a un aullido; la

piel de la cara se tornó diferente, como la piel de un muerto, y después de un breve silencio, comenzó a maldecir de nuevo. Con las manos abiertas no paraba de dar golpes, una ensalada de tortas que el hombre de la corbata no paraba de recibir, intentando cubrirse el cuerpo y la cara con los brazos.

—¿Qué, qué le sucede a la gen, gente, que, todos, todos tienen prisa por mo, morir?

León tuvo que quitarle de encima a Cagalubias, pues no paraba de sacudirle, y cuando lo separó aún continuaba soltando un motón de palabras malsonantes; parecía estar endemoniado; incluso, una vez en el coche, continuaba sin parar de maldecir; estaba totalmente histérico y León tenía que hacer serios esfuerzos para no soltar una carcajada en algunas ocasiones. De nuevo en camino, ahora con un lujoso coche, mientras León conducía, Cagalubias rebuscaba por todos los rincones del coche, tirando todas las cosas hacia la parte trasera. Encontró un estuche de CD; leía los títulos y después los lanzaba para atrás; finalmente se quedó con uno y lo introdujo en el reproductor del coche. Era Elvis, y Cagalubias subió el volumen del aparato al máximo. Entonces comenzó a cantar; su voz desafinada podía ser utilizada como tortura si alguien no quería confesar, y después de escuchar durante unos minutos a Cagalubias, cantarían como un canario.

De Plano

PLANO NUNCA fue una persona muy charlatana, digamos que era ahorradora en palabras; la vida no le había salido tal y como él planeó cuando era pequeño; aunque no era una persona que le diese muchas vueltas a eso, más bien era de ese tipo de personas que nunca pregunta a donde les llevan ni cuánto falta para llegar; era una persona conformista, que perfectamente podía haber llevado una vida normal y corriente pero que por giros repentinos de la vida terminó siendo ladrón de cajas fuertes. Desde pequeño tenía un don innato para abrir la pequeña caja fuerte que poseía su padre y que guardaba bajo la cama; le cogía unas pocas monedas y de rato en rato para que su padre no se diese cuenta, y el plan resultó porque el padre nunca echó dinero en falta.

Otra cosa que le atraía a Plano eran los petardos, en los que gastaba el dinero que le robaba a su padre. En una ocasión uno de los petardos le estalló en las manos y durante dos días no pudo oír nada de lo que le decían; le dejó sin tacto en una mano durante algunos días y la sordera no terminó nunca de curarse; esta fue una de las causas de que le fuese mal en el colegio, pues no se enteraba muy bien de lo que explicaba el profesor. De joven era un chaval muy apuesto, al menos esto era lo que pensaba la mayoría de las chicas de su edad. Siendo tan apuesto rápidamente encontró

novia, aunque más bien le encontró ella a él. El noviazgo no duró mucho, pues pronto se tuvieron que casar, y seis meses después de la boda nació su primer hijo. Trabajar para mantener a su familia le impidió seguir estudiando y le obligó a aceptar el primer trabajo que llegaba a sus manos, pues no podía permitirse el lujo de esperar a encontrar algo mejor.

Empezó en un gran taller donde fabricaban diversos componentes para cajas fuertes, al principio, haciendo lo que hiciese falta, luego como ayudante en el montaje de las cajas. Así aprendió todo sobre cajas fuertes. Más tarde, se hizo cerrajero especializado en cajas fuertes, solucionando los problemas a las personas que habían perdido las llaves u olvidado la combinación. Debido a esto se vio envuelto en un buen lío, pues en uno de estos servicios, cuando consiguió abrir la caja fuerte ante los supuestos dueños, saltó una alarma y estos desaparecieron, dejándole solo, y pronto en compañía de la policía, que por muchas explicaciones que les dio, a estos no les parecieron convincentes. Más tarde repitió las explicaciones ante el juez y este, que parecía no tener un buen día, le condenó a pasar unos meses a la sombra. Así que cuando salió la mujer no le hablaba porque pensaba que era un mal marido. Así fue como se vio solo, sin dinero y con el cartel de ex presidiario colgado a la espalda, y por este motivo le fue muy difícil conseguir trabajo, ni siquiera en los trabajos más duros y peor pagados.

Por otro lado, tenía una dirección que un compañero de la cárcel le había dado, diciéndole que si alguna vez necesitase ayuda fuese a esa dirección y dijese que iba de su parte. Finalmente, cuando las cosas se pusieron francamente mal fue a la dirección que ponía en el

papel, y en cuanto argumentó sus habilidades para con las cajas fuertes, le pusieron en nómina.

Siempre que tenía lápiz y papel dibujaba, realizaba unos bocetos, unos diseños de embarcaciones de madera. Desde niño siempre fue su gran pasión, siempre pensó que llegaría a ser ingeniero naval y podría diseñar sus propios barcos, pero el destino a veces se le resiste a uno. Así que cuando comenzó aquel trabajo delictivo, comenzó a ahorrar dinero para realizar su sueño; a muchos les parecería un imposible o una completa estupidez, pero Plano creía plenamente en él, y había leído tanto sobre embarcaciones y su construcción que sabía todo lo que hay que saber para convertirse en un buen constructor de barcos; por su puesto, tenía los pies en la tierra y su idea era comprar un pequeño muelle en el gran lago del este; era un muelle viejo y con las tablas ya podridas por la humedad y la falta de cuidado; pero el lugar era magnífico para llevar a cabo su sueño, un sueño para el que había estado trabajando toda su vida.

Su idea era restaurar el viejo embarcadero y habilitarlo en su interior para poder construir pequeños barcos de vela, pequeños yates de construcción clásica en madera que permitirían navegar a una familia por todo el mundo. Embarcaciones que construiría con dedicación y con sus propias manos, de forma artesanal, dando forma a la madera, lijándola y barnizándola hasta conseguir producir auténticas bellezas flotantes, embarcaciones tan estilizadas y sólidas que no flotarían, se deslizarían, volarían sobre el agua con la más ligera brisa.

A veces la gente nace en el lugar equivocado, puede ser que el arquitecto de alguna casa naciese en zona

de costa, pero su corazón le pidiese vivir en el interior y construyese casas con aspecto de barcos; también es posible que Plano tuviese alma de marinero aunque nació en el interior. Al abrir los ojos vio la cara de una hermosa mujer y, debajo, un eslogan que decía así: «la tranquilidad es saber que tu futuro está en buenas manos».

La cabeza le daba vueltas y no sabía muy bien dónde se encontraba. Se puso en pie costosamente y después de parar unos segundos para tomar aire, anduvo directamente hacia la caja fuerte; sacó sus herramientas del bolsillo y se puso a realizar su trabajo. La caja era la que León le había dicho y no tardó mucho en conseguir abrirla; era un experto cerrajero y se notaba en cuanto se ponía a trabajar. Trabajó relajadamente como si estuviese solo en el banco. La gente del banco seguía tirada en el suelo, abrió la puerta de la caja y sacó de ella todo el efectivo que contenía. El dinero estaba en el interior de unas sacas que llevaban el logotipo del banco; cogió las bolsas con total tranquilidad y se fue andando con pasos cortos y relajados. Salió del banco y al salir vio pasar varios coches de policía calle abajo a toda velocidad y con las sirenas en funcionamiento.

Plano caminó tranquilamente por la calle; parecía como si estuviese hipnotizado o como si fuese un sonámbulo; fue andando calle arriba y después de andar un buen rato llegó a una boca de metro; entró en él y nadie le prestó ninguna atención; parecía que ni siquiera le viesen; sacó tranquilamente su billete de metro y continuó con su cansino caminar. El metro a esas horas parecía un hormiguero en pleno movimiento y la gente se agolpaba en los andenes esperando. Los trenes llegaban con los vagones llenos y la gente quería en-

trar a cualquier costa, aplastando a las personas que se encontraban dentro. Plano se sentó en un banco en la estación, detrás de todo el barullo de gente, con las sacas del dinero al lado de las piernas y tranquilamente dejó que el tiempo pasase, hasta que los trenes comenzaron a llegar menos llenos. Poco después, llegaron ya casi vacíos, ya nadie esperaba en el andén; así que subió tranquilamente al metro y se sentó en un asiento al lado de la ventanilla, dejando el otro asiento junto al suyo libre. Se cerraron las puertas del tren y este comenzó a moverse, pasando por el oscuro túnel en el que solo se podían ver por la ventana los cables que formaban la instalación eléctrica por las paredes.

Después de salir del túnel, el tren llegó a una nueva estación donde apenas se vio un par de personas esperando subirse al tren; se abrieron las puertas y entró un hombre con muy malas pintas; desde luego, a Plano no le gustó nada aquel hombre: llevaba un extraño conjunto de deporte, con una cinta y muñequeras de felpa a juego de color rojo, con la ropa sucia como si se hubiese estado arrastrando por el suelo y con una brecha en la cabeza de la que le brotaba un chorro de sangre ya seco por toda la frente. El hombre se dirigió hacia Plano y este pensó:

—Espero que no se siente a mi lado este tío degenerado, como si no hubiese otro sitio en todo el vagón.

Tuvo que apartar las bolsas del dinero para que el hombre pudiese sentarse cómodamente y el tío raro se le sentó al lado. Al momento empezó a contarle un montón de historias raras de las que Plano no se enteraba y no hizo más que seguir y seguir hablando hasta que Plano acabó cansado de oírle. Plano, más que

ser una persona parecía una estatua de piedra, siempre impenetrable a lo que sucediese a su alrededor, pero este hombre estaba terminando con su paciencia. El hombre, al sentirse ignorado, se puso los cascos y escuchó la emisora de radio de la ciudad, donde no paraban de dar la noticia del atraco al banco. Entonces, se dio cuenta de las bolsas que llevaba Plano; pensó que no sería posible, aunque por otro lado, un hombre tan estúpido podía haber salido del banco con las sacas del dinero sin darse cuenta de que en ellas aparecía impreso el logotipo de la sucursal. ¿Qué podía hacer?, seguramente el hombre estaría armado, así que si avisaba a la policía lo único que podía ganar era llevarse un tiro. Por otro lado, se veía que el hombre no tenía muchas luces; así que podía pedirle parte del botín amenazándole con llamar a la policía y él quedaría libre de sospecha, pues en el caso de que le pillase la policía, podría argumentar que intentó detener al ladrón y que le consiguió arrebatarse parte del botín; de esa forma, quedaría como un héroe. De cualquiera de las maneras podía salir beneficiado.

Entonces tomó la decisión de intentar convencer al hombre de que lo mejor para él sería darle parte del dinero. Justo cuando abrió la boca para decirle lo que había planeado, Plano cogió la pistola de fogeo que llevaba en el bolsillo, agarrándola por el mango, y cuando el hombre se acercó para seguir dándole la lata, le asestó un buen golpe en la cabeza, librándose por fin de aquel individuo tan pesado; le mandó a dormir un rato. Dejó al hombre recostado en el asiento, con la cabeza apoyada sobre su propio hombro y esperó a la siguiente parada; cogió las sacas del dinero y se marchó caminando tranquilamente. Cuando llegó al motel

no encontró rastro de sus compañeros. ¡Qué cosa más extraña!, pensó, pero Plano no era del tipo de hombre que se iría con todo el dinero; así que decidió que esperaría allí a los otros y repartirían el botín según lo acordado. Dejó el dinero a los pies de la última cama y se sentó sobre esta mirando por la ventana. Pasó el tiempo y nada, ninguna novedad; siguió esperando algún tiempo más y finalmente decidió salir a ver si encontraba a sus compañeros.

Se dirigió caminando al punto de cambio de vehículos; la gasolinera no se encontraba lejos del motel y para llegar antes acortó camino cruzando por el parque. Curiosamente, el cielo que hacía breves instantes era claro como el agua de un estanque ahora se tornó repentinamente gris oscuro. En el parque no había apenas nadie esa mañana. Plano caminó con su paso lento, con la única idea en su mente de encontrar a sus compañeros. Comenzaron a caer algunas gotas: solo era una suave llovizna, pero enseguida se convirtió en una fuerte lluvia, tan fuerte que Plano tuvo que buscar un sitio donde guarecerse. Encontró un pequeño techado de madera bajo el que se encontraba un panel informativo de los tipos de árboles que se podían encontrar en el parque. La tierra no era capaz de evacuar aquella enorme cantidad de agua y los charcos se unieron al desbordarse, formando pequeños riachuelos que aumentaban su caudal por instantes.

El techado estaba en un pequeño altillo de madera, de un par de escalones, y el agua ya cubría el primero de ellos. Plano no prestaba mucha atención al suceso y seguía pensando en lo que les habría sucedido a sus compañeros. Lejos de escampar, segundo a segundo la cantidad de agua que caía era mayor, pareciendo que

tirasen cubos de agua desde lo alto; el viento comenzó a soplar con fuerza, y el agua chocaba contra Plano empapándole por completo, era como estar en un barco en medio de una tempestad, el agua le sacudía a uno con fuerza por todas partes. Enseguida el nivel del agua le comenzó a llegar hasta los tobillos, el viento soplaba con tanta furia que tenía que agarrarse con fuerza al panel informativo para no ser arrastrado.

El viento soplaba con tanta velocidad que comenzaron a desprenderse las tejas de pizarra negra del pequeño tejadillo construido en madera de pino, una madera tratada con productos químicos para soportar la humedad y que le daban un tinte verdusco. Era bastante robusto. Los árboles cercanos eran azotados por el viento y sus ramas se movían violentamente. Las hojas, arrancadas de las ramas, desaparecían rápidamente al alejarse. El altillo donde se encontraba Plano se retorció de un lado al otro, haciendo crujir su estructura de madera. Transformado ahora en una diminuta isla, el pequeño refugio no soportaría mucho tiempo en pie. Al encontrarse refugiado bajo él, uno se sentía como una hormiga cubriéndose de la lluvia bajo una hoja seca.

Lo que antes era una pequeña ladera sembrada de césped y con algunos eucaliptos ahora era una bajada con una cantidad enorme de agua que, al chocar contra los árboles, formaba unos pequeños fiordos. Aquella gran cantidad de agua llegó al pequeño altillo donde se encontraba Plano, llevándose junto con el cartel informativo al que se agarraba; era casi imposible poder nadar en aquella maraña de palos, piedra y lodo. Pasaba más tiempo bajo el agua que en la super-

ficie, pasando apenas el tiempo suficiente en ella para llenar los pulmones con aire. Gracias a su fuerte determinación, consiguió salir de aquella corriente, agarrándose al tronco de un árbol; luego tuvo una idea: vio en su mente el embarcadero que se encontraba en el lago del parque y tomó la decisión de ir hacia él. En él se encontraba una lancha motora con la que solían recoger las barcas de remo, pero ¿cómo llegar hasta el embarcadero? El mejor camino, aunque fuese el más largo —pues habría que dar un buen rodeo— sería por lo alto de una cadena de montículos que formaban una especie de pequeña cadena montañosa; el agua aún no llegaba a esa altura. Los montículos de tierra eran redondos, como si los hubiesen hecho con unos moldes, parecidos a los que hacen los niños en la arena de la playa. Formaban una larga cadena que formaba un perímetro alrededor del parque. Esta cadena producía un efecto de aislamiento para las personas que caminaban por el parque, y al encontrarse en él, uno tenía la sensación de estar lejos de la ciudad; esto era debido a que la pequeña cadena montañosa aislaba el interior de los ruidos del tránsito de la ciudad. Los pequeños montes redondeados se cubrían de una hierba corta, que en los días soleados le invitaba a uno a sentarse sobre ella. Pero los que más disfrutaban de aquellas pequeñas montañas eran los perros, que corrían de una punta a otra de las mismas.

Por su lado, pasaban montones de diferentes cosas flotando o rodando: bancos, papeleras, ramas y todo lo que podamos imaginar. Pasó un pobre perro que intentaba luchar contra la fuerza de la corriente, pero que era arrastrado contra su voluntad; al llegar a la altura de Plano, este consiguió agarrarlo por el collar

y ponerlo sobre el refugio que le proporcionaba el tronco del árbol.

Era un perro bastante grande, del tamaño de un pastor alemán adulto, de color negro y pelo bastante largo, con un mechón blanco en el cuello, bajo la boca, llevaba un collar de color rojo. Plano se agarraba al árbol manteniendo al perro entre él y este. Agarró una rama que pasaba flotando y, agarrado al árbol, consiguió quitarle las pequeñas ramas; consiguió así una pértiga, sobre la que podía apoyarse clavándola en el suelo. Así, con la pértiga en las manos y el perro medio en brazos medio a hombros, consiguió atravesar aquella zona con más o menos cierta seguridad y llegar al principio de la pequeña cadena montañosa.

La zona montañosa aún no se encontraba cubierta por el agua, aunque de una pequeña loma a la otra a veces se necesitaba cruzar con la ayuda de la pértiga. El perro no se separaba de él, y así, formando equipo, comenzaron su camino hacia el embarcadero. Todo marchaba dentro de lo planeado, pero cuando ya casi estaban en el ecuador del camino se encontraron con un buen problema: la pequeña cadena montañosa quedaba cortada por el medio, teniendo un buen trozo por cruzar de una orilla a la otra; se veía salir del agua la parte superior de dos farolas, lo que mostraba sin duda que el corte en la cadena montañosa estaba producido por uno de los caminos principales del parque. Plano no se atrevía a cruzar a nado, pues aunque no se veía mucha corriente en la superficie esto podía ser un engaño, y bajo la superficie calmada, la corriente de barro y tierra podría ser fuerte, arrastrándolos al intentar cruzar. Mientras valoraba todas estas posibilidades, cuando quiso darse cuenta su compañero canino es-

taba cruzando la zona a nado, estando ya a punto de llegar a la otra orilla sin problemas; el perro se le quedó mirando y comenzó a ladrarle, como llamándole, como si quisiera decirle que podía cruzar sin peligro y que se diese prisa. Plano se tiró de cabeza al agua, como un nadador profesional y cruzo rápidamente la zona sumergida.

En cuanto llegó a la orilla el perro ladró de nuevo y salió corriendo hacia unos matorrales; el hombre le siguió y descubrió a una joven que yacía tumbada en el suelo con toda la ropa cubierta por el barro. Era una mujer joven y muy esbelta. «¡Qué pena, pobre chica!», pensó Plano. El perro ladraba mirando al hombre y daba golpes con el hocico sobre el cadáver de la mujer. Pensó entonces que debía tratarse de la dueña del perro; intentó retirar al perro del cadáver y continuar su camino, pero al intentarlo el perro le gruñía impidiéndoselo; así que no podía hacer nada, y cuando se separaba el perro le ladraba y volvía a señalar a la mujer lamiéndole la cara; hizo un esfuerzo para acercarse al cadáver y poder examinarlo con más detalle. Estiró su brazo llevando su mano hasta el cuello de la mujer, pero con la cara mirando hacia otro lado, pues Plano tenía una fobia enorme a los muertos; pero cuando la tocó notó que aún estaba caliente; entonces sin perder ni un segundo le practicó las maniobras de emergencia que tantas veces había visto en infinidad de películas, y tras unos segundos, la mujer comenzó a toser y a vaciar sus pulmones de agua, respirando al principio con esfuerzo.

En cuanto se pudo incorporar un poco y quedarse sentada, el perro no paró de dar cortos ladridos de alegría al tiempo que movía rápidamente la cola y ner-

viosamente quería lamer la cara de la chica, tanto por la derecha del hombre, corriendo en círculo al lado izquierdo. Aunque la chica tuviese un aspecto frágil, era muy fuerte y rápidamente se recuperó; la chica se le quedó mirando y el hombre dijo tendiéndole la mano:

—Yo Plano.

—Yo me llamo María, encantada, dijo ella al tiempo que le saludaba cogiéndole la mano.

Continuaron ahora los tres el camino por la loma hacia el embarcadero.

Agujeros negros giratorios

PENSEMOS por un momento en una licuadora, el líquido gira alrededor de las cuchillas y se forma una especie de torbellino o remolino. Esto es debido a la forma de hélice de las cuchillas, pero ¿qué sucedería si lo que se moviese fuese algo que no presentase ningún tipo de resistencia aerodinámica, como puede suceder con una esfera? Está claro que a bajas velocidades no sucederá nada, pero si las velocidades fuesen muy altas, a medida que estas aumentasen la esfera comenzaría a actuar como un imán atrayendo toda la materia que se encontrase a su alrededor. Al acercarse esta materia hacia la esfera, comenzaría a rotar a su alrededor en una especie de caída parecida al giro que se produce cuando quitamos el tapón de la bañera y el agua crea un remolino al salir por el desagüe.

Al alcanzar la esfera grandes velocidades, aunque en un principio se tratase de una pequeña esfera, con muy poca masa y por lo tanto muy poca atracción gravitatoria, con la aceleración, la esfera ha aumentado su masa. Aunque se tratase de la esfera más pequeña que podamos imaginar, al girar esta a una velocidad cercana a la de la luz, ejercerá una enorme atracción sobre el espacio colindante. La velocidad ha dotado a la esfera de una enorme masa que no poseía y esta masa atrae a cualquier partícula hacia su interior en una caída en espiral. Al sobrepasar una velocidad la misma esfera

puede colapsarse y de la misma forma que una estrella muy masiva puede convertirse en un agujero negro, la pequeña esfera giratoria puede crear el mismo efecto, debido a su alta velocidad de rotación.

Con esto podemos pensar que es posible que se creen pequeños agujeros negros en el espacio, unos pequeños agujeros que pueden crecer a medida que aumenta su masa al tragarse toda la materia estelar que les rodea. Por otra parte, sería sencillo que estos desapareciesen ya que en cuanto fuese alterada su alta velocidad disminuiría su masa y por tanto su atracción gravitatoria, llevando al agujero a un rápido fin. La materia que choca constantemente contra el núcleo de la esfera, puede provocar cambios en la velocidad de rotación de esta. Aunque lo más probable es que esta materia que cae en espiral golpee la masa de la esfera, haciéndola girar aún a mayor velocidad. Esto también puede producir diferentes situaciones. La excesiva velocidad puede producir una fragmentación en los átomos que forman la esfera. Una velocidad demasiado alta podría romper el equilibrio entre la gravedad artificial producida por la velocidad y la fuerza centrífuga que esta misma genera al hacer rotar la esfera. Si la fuerza centrífuga es mayor que la fuerza gravitatoria, los electrones que giran alrededor del átomo saldrán disparados y, aún más, los núcleos de los mismos átomos pueden fraccionarse. Este proceso produciría una cantidad ingente de energía que podría ser disparada al exterior.

De Elías

NO PUEDO dormir con la luz apagada, a no ser que la noche sea clara y que por la ventana entre la suficiente luz como para fijarme en algún punto de la habitación; sin estos puntos de referencia todo me da vueltas y termino mareándome. En una película le sucedía lo mismo a uno de los personajes, y lo explicaban diciendo que esto le solía pasar a los pilotos que pasaban mucho tiempo volando, y también a los astronautas que habían estado lejos de los efectos de la gravedad terrestre. En ningún caso tenía nada que ver conmigo, pero al menos me hacía sentir mejor el pensar que tenía algo en común con los pilotos y los astronautas.

La cabeza me daba vueltas y me era difícil relajarme para conseguir dormir. Me concentraba en el sonido de mi corazón y respiraba con calma hasta lograr conciliar el sueño. Mientras me concentraba para conseguir viajar al mundo de los sueños, sentía una presencia que me observaba en la oscuridad de la habitación; casi podía escuchar su respiración mientras me observaba. Cuando el sueño me vencía y no podía sostener el peso de los párpados, en aquellos breves instantes en el que uno pasa del mundo real al de los sueños, podía ver su figura observándome. Otras veces, mientras dormía, notaba su presencia y su suave voz hablándome al oído. Lejos de darme miedo su presencia me tranquilizaba, pues me proporcionaba una maternal sensa-

ción de protección. En aquellos momentos en los que uno se encuentra con un pie en la tierra y el resto del cuerpo en brazos de Morfeo, en ese escaso período de tiempo, podía ver aquella presencia con claridad. Era una mujer joven de piel morena, con unos rasgos bastante marcados, unos labios grandes, una nariz pequeña y unos ojos marrones claros, desde los que salía una luz brillante. Me hubiera gustado poder escuchar con claridad lo que me decía cada noche, pero al despertar apenas conseguía recordar algunas palabras. Sus palabras no siempre eran claras y muchas veces hablaba en un extraño dialecto. Me era muy difícil poder observarla, pues su piel aunque de color canela, emitía una luz blanca cegadora que se expandía desde su rostro iluminando todo a su alrededor, lo que me impedía ver su cuerpo o sus ropas. A simple vista solo se podía ver su cara y sus manos.

Una vez, estando enfermo y con fiebre alta, la pude ver con más claridad. Se encontraba a los pies de mi cama y su luz iluminaba toda la estancia; permanecía observándome a los pies de mi cama, pero sin estar de pie sobre el suelo; parecía flotar en el aire. Al darse cuenta de que la observaba, me miró fijamente a los ojos. En aquel momento me sentí un poco intimidado, pues parecía poder leer en mí, como en un libro abierto, mis pensamientos, los pasados y los presentes; entonces la comisura de sus labios se movió ligeramente y me sonrió; eso me hizo sentir en calma y lleno de alegría; existía una especie de complicidad en aquella interacción, en aquel intercambio de miradas. Después de observarme no sé durante cuánto tiempo, pues en ese estado como en una especie de trance uno no es capaz de saber cuánto tiempo transcurre en el mundo

real, me tendió una mano; me tendió una mano como lo hace una madre a un niño para ayudarlo a cruzar la calle. Yo, sin dudar siquiera un instante, me incorporé de cintura para arriba y estiré mi brazo intentando alcanzar su mano con la mía. Entonces, cuando casi podía tocarla, me volvió a sonreír y desapareció.

Recuerdo vagamente otro sueño de cuando era muy pequeño; era un sueño que me daba pánico, pues era tan real como lo es la realidad del mundo en el que vivimos. El sueño se repetía cada noche y yo tenía un espantoso miedo a dormirme; quería mantenerme despierto para sentirme más a salvo, para que no me pudieran llevar a ese sueño; dejaba la luz de la habitación encendida para estar más en contacto con este mundo; cerraba los ojos y los abría rápidamente para comprobar que todo seguía en su sitio, pero al abrirlos, una de las veces, de repente, ya me encontraba allí. Me encontraba descalzo de pie sobre el suelo frío, vestido con mi pijama, y todo estaba en absoluto silencio. El suelo era de tierra fina y blanquecina; todo era oscuridad; apenas se podía discernir algo; miré al cielo y este era negro, sin sol ni luna. Caminé largo rato y no hallé nada; el planeta era inerte, no había nada. En medio de aquella soledad sentía angustia, frío y miedo; cerrando los ojos fuertemente en algunas ocasiones conseguía regresar a mi cuarto al calor de mi cama. El sueño se repetía noche tras noche y nunca encontré un significado; pensé que quizás, si existía el infierno, era aquello. Un mundo muerto, sin luz, sin sonido, sin calor, solo frío; ese era el infierno, pero ¿por qué?, ¿por qué yo iba cada noche allí?, ¿qué había hecho mal?, ¿quizás era por esa canica que conseguimos deshonestamente?

El primero que empezó a tratar mis problemas mentales fue mi médico de cabecera; en un principio con ansiolíticos, de los que poco a poco me fue aumentando la dosis; más tarde con tranquilizantes; así que he terminado tomando todo tipo de píldoras: Valium, Tranxilium, Prisdal, Orfidal, hasta he probando terapias naturales y hierbas como la valeriana o la tila. Todas ellas tenían un pequeño período en el que parecían hacer que disminuyesen mis pesadillas, y al menos durante este pequeño período de tiempo podía ordenar mis pensamientos, aunque más tarde todo volvía y no precisamente a la normalidad. Tras el período de calma, mi cerebro parecía recuperar el tiempo perdido, y las pesadillas, los sueños y pensamientos confusos se hacían mucho más intensos, haciendo imposible oír mis propios pensamientos. El bombardeo constante de imágenes, de historias sin sentido que no paraban de llegar a mi cabeza, me hacían sufrir alucinaciones, sufría de manías persecutorias, en ocasiones llegaba a casa corriendo, pues solo allí me sentía a salvo. No sé en qué momento las pesadillas tomaron el control de mi vida; fue un proceso lento. Con los años he aprendido a comportarme como una persona normal aunque al mirar a alguna persona me lleguen a la mente imágenes difusas, de hechos y épocas extrañas.

Cuando era niño podía recordar mejor los sueños y estos eran claros al despertar; los sueños en ocasiones me llevaban a épocas lejanas y remotas y en otras a épocas muy cercanas, incluso al futuro cercano. Lo mismo podía pasear por Viena acompañado por Mozart, como podía ver imágenes de una guerra desconocida en la que las personas se mataban unas a otras sin

compasión, en feroces batallas. Algunos sueños eran agradables, era como ser el protagonista de una película; siempre me ha encantado el cine; supongo que es debido a mis problemas para salir de casa; las películas me llevaban de vacaciones, me transportaban a diferentes sitios sin tener que salir de casa y así al menos era como tomar unas pequeñas vacaciones, pensando que uno mismo era el protagonista de la película.

En mi casa las nuevas tecnologías tardaron en llegar y hasta que no tuve doce años no tuvimos un reproductor de vídeo. A partir de ese día se abrió el cielo para mí; empezó una nueva etapa; ahora podía seleccionar las películas que quería ver en el vídeo club y verlas tantas veces como quisiera. Ahorraba la paga que me daban y algún dinero que me ganaba al hacer los recados; también hacía tratos con mi madre como fregar los platos a cambio de algunas monedas para poder alquilar películas de vídeo. En aquella época soñaba con los héroes de aquellas películas que viajaban por el mundo haciendo prevalecer la justicia.

Los ataques siguieron aumentando. Recuerdo no poder salir ni siquiera al cine, pues enseguida comenzaban mis ataques, ataques que tenía que solucionar sin que nadie se diese cuenta. Mientras las demás personas se centran por ejemplo en un examen o en una película de cine o simplemente en qué comer, antes las patatas o la hamburguesa, yo tenía que concentrarme en parecer normal, o sea me tenía que decir a mí mismo: tranquilo, puedes mantener el equilibrio, no te preocupes, puedes hacerlo, adelante un paso más, solo un paso más. Tenía que hacer unos esfuerzos titánicos

para poder conseguir simplemente estar consciente: ¿cómo poder encima atender a lo que las personas me dijiesen?, ¿cómo poder tan siquiera divertirse cuando uno centra todas sus energías, todas sus capacidades, para permanecer de pie sin caerse? Como ejemplo para explicar cómo me sentía, os diría que hagáis la prueba de subiros a una centrifugadora de esas que utilizan los astronautas, que también se encuentran en los parques de atracciones, y que intentéis hacer un examen mientras estás dando vueltas a gran velocidad, a una velocidad en la que los pilotos más expertos tienen que concentrarse al máximo, y tienen que tensar todos sus músculos para que la sangre siga llegando al cerebro. Imaginaros también cómo comer una hamburguesa doble con patatas fritas y refresco en esa misma situación. Pues eso es más o menos lo que sentía yo cuando se producía uno de mis ataques. ¿Cómo poder entonces relacionarme con las personas como una persona normal?

Con el tiempo le he ido restando importancia, pues aunque sus síntomas se agravan más y más últimamente, supongo que en uno de estos ataques simplemente desapareceré, y así, con mi muerte, quedaré liberado por fin de mi esclavitud. Visité diversos psiquiatras y psicólogos, pero se encontraron con el mismo problema que mi médico de cabecera cuando me diagnosticó sarampión cinco veces. Al menos me sentía cómodo en las terapias de grupo, pues aunque a los demás pacientes no les pasaba lo que a mí, me hacía sentir bien el hecho de conocer esa gente, esa gente con problemas, que se creían imperfectos y que eran más capaces que la mayoría; esa gente a la que llamaban locos y que creían que lo eran y que, sin embargo,

eran las personas más cuerdas que jamás he conocido.

También practicábamos técnicas de relajación; así que cuando se producían los ataques intentaba descargar a mi cuerpo del sufrimiento que le provocaba mi mente, intentando viajar con ella a un lugar agradable. Me gustaba imaginar un lago en el que no se veía la otra orilla, un lago de agua dulce y cristalina, con unas orillas de fina arena marrón, y en una minúscula cala, donde la playa realizaba un círculo casi completo; bajo un cerezo en flor me encontraba yo, tranquilo, observando aquel magnífico paisaje en el que todo estaba quieto y en calma. Pero cuando los ataques se hacían más fuertes, no podía mantener clara la imagen de aquel fantástico lugar y todo empezaba a distorsionarse en mi mente; el cielo oscurecía y el frío invernal llegaba. Yo me encontraba allí, escaso de ropa y las flores del cerezo se marchitaban, y el agua se tornaba negra. Entonces volvía rápidamente a mi cuerpo, donde aún me encontraba peor. Cuando ya todo parecía perdido, cuando ya por fin aceptaba mi destino, era cuando escuchaba su voz. Al principio como un susurro y más tarde de forma clara, la voz de aquella hermosa mujer que me animaba a seguir adelante, a no abandonar, diciéndome que ya no faltaba mucho, que pronto todo terminaría. Cuando recuperaba la conciencia, de repente y sin más me encontraba de nuevo bien, renovado y lleno de nuevas fuerzas para continuar.

Sumergirse en el agua era como salir de este mundo, convertido en astronauta, volando por un mundo acuático, un mundo ingrávito, en el que todo parece moverse más despacio; hasta los sonidos parecen lentos susurros, un mundo más lento, quizás más acorde

con la velocidad a la que pienso. El mar, los ríos, un universo en el que todos los seres se mueven al unísono en una especie de baile sin fin; los bancos de peces son el *ballet* principal: de fondo, algas y una gran variedad de plantas bailando suavemente sin moverse de su sitio. Si uno se quedaba inmóvil, manteniéndose sumergido con un ligero lastre, podía mantenerse quieto casi en el fondo y sentir el agua meciéndole, convirtiéndote en una parte más del coro.

En invierno, la única forma de poder salir de este mundo era ponerse bajo la ducha, cerrar los ojos y taparse los oídos con las palmas de las manos, dejando una pequeña cámara de aire para conseguir el mismo efecto que produce una caracola al ponérsela en el oído; hay quien dice que el sonido del mar queda grabado en ellas y que al acercarlo al oído lo reproducen eternamente.

El agua caía con fuerza sobre mi frente y mi cara, y al tener los ojos cerrados sentía un efecto parecido al de mirar al sol; tras unos instantes uno parecía abandonar este mundo o más bien poder mirar otro mundo por la cerradura de la puerta, abriéndose esta y, quedando ahora uno a la vista, uno encoge y se vuelve muy pequeño sintiéndose observado por la mirada del creador.

La otra noche soñé de nuevo con esa extraña mujer de ojos de color miel. Al principio fue un sueño tranquilo, después yo podía verme desde lo alto, durmiendo en mi cuarto; todo estaba en penumbra y sólo se apreciaba la luz tenue que entraba por la ventana. Entonces una silueta se deslizó como una sombra por la habitación, hasta quedarse a mi lado en el cabecero de la cama; luego se inclinó y comenzó a susurrarme

cosas al oído. No entendía lo que me decía y me sentía angustiado. Sin razón el sueño se fue volviendo agobiante; yo quería entender lo que me decía y no podía. Desperté con la frente sudorosa y todo me daba vueltas a una velocidad vertiginosa; solo podía escuchar el fuerte latido de mi corazón; el sonido era tan fuerte que no me dejaba oír nada más. Algo se movía en mi garganta; me llevé las manos hacia esta, y al tocarla noté la circulación de la sangre que se movía a golpes de mazo. ¿Por qué aquella imagen despertaba en mí tanta emoción, tristeza y angustia a la vez? Busqué en mi mente, pero no encontré una razón; al mismo tiempo que recordaba su imagen, mis piernas flaqueaban, mi cuerpo tiritaba y temblaba como una hoja al viento.

Millones de imágenes centelleantes golpeaban mis ojos, entrando en mi mente recuerdos felices de otros tiempos y mezclados con otras que me hacían sentir angustia por ser imágenes del pasado, de un pasado imposible de reanimar ni de devolver a la vida. ¿Por qué las cosas quedaban olvidadas en el tiempo?, ¿por qué las personas se perdían en el olvido? Yo quería traerlas, regresarlas, revivirlas y tenerlas para siempre junto a mí. Esto hacía sentirme muy débil y sin fuerzas; por mucho que lo desease no podía hacerlo; aquello no era posible y mi alma luchaba contra mi cuerpo, un alma que se negaba a caer en el olvido, mientras mi cuerpo perdía el control de todas sus funciones, hasta de las más básicas, retorciéndose espasmódicamente con furia.

Desde pequeño le dicen a uno que hay que desarrollar la imaginación, que es bueno soñar, pero nadie

cree en los soñadores. A nadie le importaba lo que yo tenía que decir, nadie quería escucharme, de qué servía saber cosas, como solucionar los problemas más complicados para la humanidad, si a nadie le importaba.

Si dijeras que soy ingeniero aeronáutico y tengo un proyecto para fabricar una escalera muy grande con la que conseguir subir a la luna, entonces se te escucharía y conseguirías financiación para tu proyecto, pero si les planteases una solución nueva, en la que no hay escalera, ni alas, ni cohetes, entonces ni siquiera te escucharían. ¿De qué serviría entonces tener las soluciones a sus problemas si nadie los quiere oír? Ideas continuas daban vueltas en mi cabeza y bullían como en una olla a presión. Siempre había una frase que daba vueltas en mi cabeza: «todo es hidrógeno» y a menudo me sorprendía al comprobar que el causante de que algo funcionase, era el hidrógeno.

Solucionar el problema energético del planeta y la contaminación impuesta por la utilización de combustibles fósiles para obtener energía, presentaba muy diversas soluciones. La energía ni se crea ni se destruye, siempre está ahí, solo que esta se suele encontrar en compuestos estables, como por ejemplo el agua, que es pura energía, formada por el material universal, el hidrógeno, que es el auténtico combustible; cuando quemamos madera no estamos quemando nada, solo estamos poniendo en contacto el hidrógeno con el oxígeno mediante una reacción en cadena que produce una gran cantidad de energía, que es lo que percibimos como calor.

El carbón solo es un acumulador de hidrógeno; es un contenedor en el que mantenerlo guardado para

poder utilizarlo tan solo aplicando una chispa, que hará comenzar la reacción en cadena. Si al carbono le añadimos hidrógeno, lo iremos convirtiendo en diferentes combustibles tal y como los conocemos, primero sólidos, «carbón», luego líquidos, «aceites», con más hidrógeno, «alcoholes», y después gases, hasta llegar al hidrógeno puro. Supongo que si pensáis detenidamente en esto, cambiará la forma de entender el mundo que nos rodea. Ahora ya os parecerá una tontería el problema energético, pues os daréis cuenta de que la energía está por todas partes, simplemente hay que utilizarla del modo correcto. Por ejemplo, el aire que respiramos está compuesto por oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y un pequeño porcentaje de algunos gases inertes; como habréis observado está compuesto por los componentes básicos que producen toda la energía.

La energía no es más que interacciones entre los átomos de hidrógeno. El agua también contiene mucha energía, pero se encuentra en una combinación estable. En el aire sucede prácticamente lo mismo, pero ¿qué sucede si comprimimos el aire hasta conseguir que su concentración en gases se haya enriquecido? Os contaré un sueño que tuve una vez: en el sueño viajaba en un submarino y este se averió hundiéndose en las profundidades del mar; la presión a la que quedaba sometido el submarino abrió brechas en el casco y curiosamente el problema no era que entrase agua, lo que sucedía es que el aire comprimido del interior del submarino se había convertido en un magnífico combustible, haciendo arder todo; no fue un sueño muy agradable pero me sirvió para comprender este hecho. Solo necesitamos cambiar la presión, la temperatura o la disposición de una cadena de átomos, para desatar

tanta energía como la que se desata en el corazón de las estrellas.

Como las ideas no dejaban de llegar a mi mente, desde muy pequeño las escribía en un cuaderno; cuando tenía una idea, fuese la hora que fuese y estuviese haciendo lo que estuviese haciendo, lo mejor era escribirla cuanto antes, pues no podía pensar ni hacer otra cosa hasta que al menos estuviese escrita.

Desde pequeño la mayoría de las ideas solo tenían un propósito: solucionar el problema medioambiental, solucionar el problema energético del planeta con nuevos combustibles ecológicos y nuevos propulsores más eficaces que los actuales. Con el paso de los años las ideas llegaban mucho más claras a mi mente y con mayor número de detalles; entonces ya no solucionaba nada con escribirlas en un papel; además tenía montones de cuadernos llenos y después de tantos años, con continuas ideas bullendo casi cada noche en mi cabeza, necesité una estantería entera para guardarlos. Pero ahora ya no bastaba con escribirlo, ahora necesitaba que las personas pudiesen beneficiarse de ellos; entonces decidí regalar mis mejores ideas a las empresas. Por ejemplo, si tenía una solución para mejorar el funcionamiento de unas células solares, enviaba la solución en una carta a una empresa conocida de fabricación de células solares; también envié cartas a las petroleras, a los fabricantes de coches e incluso a las organizaciones ecologistas; pero a nadie le importaron estas cartas, nadie aceptó estas soluciones, supongo que nadie puede decirle a un carpintero cómo hacer una mesa, nadie está dispuesto a escuchar. De todos modos esto no me desanimó en absoluto; decidí que si ellos no querían mejorar sus productos, quizás yo pudiese comerciali-

zar mis mejoras; así que presenté innumerables patentes y decidí hacer las cosas por mí mismo.

Solo son los desvaríos de una mente enferma, sin ningún valor, pero como no podía hacer otra cosa, como solo esto era lo que calmaba aquella sucesión de ideas que me bombardeaban, llegué a la conclusión de que presentar patentes quizás me sirviese como terapia; al fin y al cabo, aunque a nadie le importasen, no me supondría ningún problema. ¡Qué más da si uno hace papiroflexia o escribe cartas a grandes empresas presentando mejoras en sus productos, tales como la manera de mejorar el cierre de una botella o el adhesivo de una tirita! ¡qué más da lo que uno haga si eso le hace sentirse mejor.

Método de obtención de metanol para su utilización en motores de explosión por encendido a partir de celulosa y residuos orgánicos

OBJETO DE LA INVENCION

La presente invención tiene por objeto un procedimiento para la obtención de un combustible apto para ser utilizado en motores de encendido por explosión tipo Diesel, siendo dicho combustible obtenido a partir de residuos orgánicos, tales como basuras domésticas.

Antecedentes

En la sociedad de consumo actual se tiende a adquirir en demasía todo tipo de productos, incluyéndose entre estos también productos orgánicos de distinta naturaleza. Por una parte, los restos de alimentos o ingredientes distintos de los alimentos se tiran a la basura en grandes cantidades. En la sociedad de consumo actual se produce una gran cantidad de residuos procedentes de los restos orgánicos, productos envasados caducados, restos de otros productos orgánicos, tales como peladuras de frutas o verduras, o productos frescos cuyo aspecto deja de ser apetecible.

Existe un gran problema a nivel social de qué hacer con tal cantidad de basura. Los vertederos están saturados y nadie quiere tener uno cerca de su casa.

Por otra parte las plantas de procesamiento resultan incapaces de clasificar todo tipo de materias que llegan a ellas. Para minimizar la cantidad de basuras y realizar un mejor aprovechamiento se ha establecido generalmente una recogida selectiva en que se separan plásticos, papel y cartón, vidrio o pilas eléctricas. Existen procesos específicos de reciclado de las distintas materias, pero no se ha obtenido una solución satisfactoria para los residuos orgánicos y de distinta naturaleza que son, además, los que ocupan mayor volumen. Es por lo tanto deseable que la cantidad de basuras residuales sea lo menor posible y su estado sea de la mayor compatibilidad.

Estado de la técnica

CN1171427 divulga un procedimiento y un aparato para la producción de gasolina, Diesel y gas a partir de residuos plásticos. Incluye las etapas de craqueo a 150 a 400 °C con catalizadores, separación del gas del líquido, un segundo craqueo de 70 a 300 °C con un segundo catalizador y condensación para separar la gasolina del Diesel.

CN1092096 divulga un método y un aparato para extraer gasolina diesel o fracciones de gas licuado de residuos plásticos. En esta invención, el tratamiento del residuo plástico permite obtener un 30-40 por ciento de gasolina, 25 a 35 por ciento de Diesel ligero, y un 8 al 12 por ciento de gas, por procedimientos de tecnología no catalítica y de craqueo sin hidrogenación.

Existen otros documentos que divulgan distintos modos de obtener combustibles a partir de residuos

plásticos. Por ejemplo, US4344770 divulga un método y un aparato para la conversión de material sólido orgánico en fuel y gas, que comprende medios físicos y químicos incluyendo un reactor pirolítico. En los primeros casos, el tratamiento se realiza exclusivamente sobre materias plásticas. En todos ellos se requiere un aporte energético importante para el secado o el tratamiento químico de los productos a tratar.

Resumen de la invención

La presente invención consiste en un procedimiento para la obtención de combustibles a partir de residuos con contenidos orgánicos tales como basuras domésticas, que incluye:

- Una trituración de la masa a tratar.
- Adición de agua, en su caso, para obtener una pasta homogénea.
- Tratamiento biológico a temperatura ambiente mediante levaduras y/o bacterias.
- Evacuación o extracción de las fracciones gaseosas (metano) y líquidas (aceites).

El procedimiento incluye la eliminación de residuos sólidos precipitados y el mantenimiento o recuperación de una cierta cantidad de los microorganismos empleados. Puesto que el tratamiento es biológico, es siempre deseable mantener una cantidad de microorganismos en condiciones de uso, por lo que se incluye como parte del procedimiento la recuperación o mantenimiento de al menos parte de los microorganismos en el propio reactor.

Descripción detallada de la invención

Conforme se describe, la invención tiene por objeto un procedimiento para la obtención de hidrocarburos susceptibles de ser utilizados en motores de encendido por compresión (motores Diesel). La materia orgánica comprende gran cantidad de carbono. El carbono en ocasiones forma cadenas de mayor o menor longitud. Se trata pues de extraer de los residuos orgánicos el carbono que forma o se hace formar cadenas preferentemente parafínicas de longitud media 14–20 unidades de carbono, que son las utilizadas como combustibles en los motores Diesel. No obstante, el hidrocarburo obtenido puede contener fracciones más ligeras, o más pesadas, siempre que estas fracciones no modifiquen significativamente las propiedades del combustible deseado. Por cuanto no se realizan operaciones de craqueo o destilación a altas temperaturas y presiones controladas, las fracciones obtenidas podrán tener alguna dispersión mayor que las obtenidas por dichos medios.

Como se ha indicado, las basuras y residuos orgánicos se obtienen de manera indeseada en grandísimas cantidades, teniendo que ser tratadas por plantas de procesamiento, en las que se retiran distintos tipos de productos (papel/cartón, vidrio, metales...) quedando como elemento residual la materia orgánica, que es fundamentalmente la que proporciona el carbono objeto de interés.

Las basuras deben ser desprovistas de los elementos susceptibles de otro tipo de procesamiento para aumentar su eficacia, ya que de algunos de ellos no se obtiene rendimiento alguno conforme al objeto de la

invención. Sin embargo, algunos plásticos, vidrios, etc. no afectan negativamente al proceso, sino que tan solo reducen el rendimiento volumétrico. Las basuras orgánicas resultantes se trituran hasta lograr una masa de pastosa a líquida, agregando agua si es necesario. La adición o no de agua dependerá del tipo de residuos y su contenido en agua correspondiente.

El producto así obtenido se introduce en recipientes reactores adecuados. La pasta se somete a un tratamiento bacteriológico o por medio de levaduras, que actúan descomponiendo o rompiendo los tejidos orgánicos para producir distintas sustancias, destacando entre ellas metano, alcoholes y glicerinas, que conforman los aceites combustibles. La separación de los distintos efluentes tiene lugar por medios convencionales. Por ejemplo, el metano se puede concentrar y aislar utilizando una columna de destilación, y el aceite y los alcoholes mediante decantación.

Si bien al inicio del proceso (una primera vez) la duración y eficacia de este se sitúa en valores moderados debido a la escasa cantidad de microorganismos, al repetir el proceso se utiliza todo o una parte del producto residual del ciclo anterior, de modo que el crecimiento microbiano es más rápido por tener más individuos, y tener además un medio de crecimiento adecuado, a partir del cual se obtienen los productos combustibles antedichos. Aun cuando la reacción es esencialmente anaerobia, puede obtenerse un mayor rendimiento si se airea la masa (mediante difusores) con objeto de aumentar el oxígeno disuelto en la masa.

Los productos deseados (glicerinas) y secundarios (metano y alcoholes) son obtenidos tras dos o tres días de reacción, emergiendo en el recipiente los primeros,

y quedando en la mezcla o evaporándose los segundos a lo largo de dicha reacción. Presenta las ventajas de eliminación de residuos con disminución de costes medioambientales, reducido coste económico y variabilidad en la escala de realización (el rendimiento puede ser casi igual en grandes que en pequeñas instalaciones). Es de aplicación industrial en la obtención de combustibles a partir de residuos orgánicos.

REIVINDICACIONES

1.- Procedimiento para la obtención de combustibles a partir de residuos de naturaleza orgánica, para ser utilizados en motores de encendido por compresión, caracterizado por comprender:

- Si los residuos contienen restos inorgánicos, la separación física de estos.

- La trituración de residuos orgánicos hasta obtener una masa homogénea.

- Disposición de dicha masa en recipientes de reacción.

- Si la espesura de la masa obtenida lo requiere, adición de agua hasta lograr unas condiciones de espesura adecuadas.

- El sometimiento a la acción de microorganismos, tales como bacterias o levaduras.

- La separación de los efluentes obtenidos (metano, alcoholes, glicerinas).

2.- Procedimiento para la obtención de combustibles a partir de residuos de naturaleza orgánica, caracterizado porque incluye la eliminación de residuos sólidos precipitados.

3.- Procedimiento para la obtención de combustibles a partir de residuos de naturaleza orgánica, caracterizado porque entre distintos incluye la recuperación entre ciclos de una cierta cantidad de los microorganismos empleados.

RESUMEN

La presente invención consiste en un procedimiento para la obtención de combustibles a partir de residuos con contenidos orgánicos tales como basuras domésticas, que incluye:

- Una trituración de la masa a tratar.
- Adición de agua, en su caso, para obtener una pasta homogénea.
- Tratamiento biológico a temperatura ambiente mediante levaduras y o bacterias.
- Evacuación o extracción de las fracciones gaseosas (metano) y líquidas (aceites).
- Eliminación de residuos sólidos precipitados.
- Mantenimiento o recuperación de una cierta cantidad de los microorganismos empleados.

Artículo nuevo biodiesel

La sustitución del combustible diesel por el de Biodiesel es totalmente inviable ya que para el consumo actual será necesario un cultivo de girasol mayor de $\frac{3}{4}$ del territorio nacional e imposible en países como Japón. Las ventajas de la obtención del combustible de los residuos orgánicos mediante bacterias, nos permite un cultivo cada 3 días mientras que uno de girasol es de un año.

Que las bacterias se alimentan principalmente de agua y no necesitan ningún cuidado, no ocurriendo lo mismo con los cultivos de girasol. Por otra parte el cultivo de girasol utiliza muchos elementos perjudiciales para el medio ambiente, desde nitratos y fertilizantes hasta toda clase de productos químicos para fumigar, lo que termina perjudicando seriamente nuestro medio ambiente. En cambio la utilización de residuos orgánicos nos da una ventaja más que es eliminar las basuras de una forma totalmente ecológica, pues en todo el proceso de obtención del nuevo Biodiesel no utilizamos química alguna.

CHALECO SALVAVIDAS TERMOQUÍMICO AUTOINFLABLE

La presente invención tiene por objeto evitar las muertes por hipotermia tras haber caído al mar, produciéndose una reacción química en contacto con el agua, calentando así el cuerpo de su usuario y previniendo de este modo la hipotermia.

ANTECEDENTES

Tanto si se viaja en barco por placer como por trabajo actualmente solo se nos proporciona un chaleco salvavidas y este puede solucionar el problema del ahogamiento pero el problema principal en los mares del norte es la baja temperatura de las aguas, ya que una persona puede morir por hipotermia en cuestión de minutos. Existen chalecos salvavidas que intentan mantener el calor corporal aislando el cuerpo del usuario del agua, pero en ningún caso estos proporcionan calor, al carecer de un sistema para calentar el chaleco salvavidas.

DESCRIPCION DE LA INVENCION

El chaleco térmico salvavidas puede llevarse puesto durante todo el viaje, pues al tratarse de un chaleco autoinflable este es muy liviano y se puede llevar puesto sobre la ropa con comodidad.

El chaleco antes de ser inflado tiene algunas de sus partes plegadas «parte inferior que es más larga que en los chalecos tradicionales y cuello alto» por lo que es más cómodo de llevar puesto. El chaleco incorpora una botella de aire comprimido para su autoinflado, con un dispositivo que acciona el inflado al contacto con el agua. El dispositivo de inflado automático al contacto con el agua es muy simple: la válvula de la botella se encuentra cerrada asegurándola una pieza sólida de un material que se disuelve al contacto con el agua, dejando así la válvula desbloqueada y dejando que el aire salga de la botella inflando el chaleco.

El chaleco tiene un circuito que lo recorre por completo, el cual al estar en contacto con el agua se inunda. Todo este circuito lleva en su interior unas pastillas químicas que reaccionan con el agua. Esta reacción química calienta el agua que entró en el circuito, calentado así todo el chaleco.

Las pastillas químicas se van deshaciendo en el agua con el tiempo. Así que dependiendo de la composición y la densidad de estas podemos conseguir una temperatura adecuada para la supervivencia del usuario, también pudiendo determinar la duración de la reacción química que utilizemos. El período de duración del efecto térmico está determinado por el tiempo que dure la reacción química y aunque sea imposible mantener la reacción química indefinidamente, si le damos más tiempo de supervivencia a su usuario, por poco que este pueda parecer, aumentamos mucho sus posibilidades de supervivencia hasta ser rescatado. El chaleco está pensado para ofrecer una óptima flotabilidad cuando su usuario se coloca en posición fetal agrupando las piernas entre los brazos ya que las cámaras de

inflado estarán distribuidas específicamente para ello. En esta posición tenemos las piernas también en contacto con el chaleco, manteniendo así estas también calientes.

REIVINDICACIONES

1.- Que mediante una reacción química al contacto con el agua este produce calor.

2.- Botella de aire comprimido con una válvula de inflado que se acciona automáticamente al contacto con el agua.

3.- Que mientras lo llevamos puesto fuera del agua este está semiplegado para ser más cómodo de llevar.

4.- Dispone de un circuito que se llena solo de agua al ponerlo en contacto con la misma.

5.- Que dispone de un cuello alto y un tamaño más largo para que el usuario disponga de un mayor abrigo.

6.- Está pensado para una óptima flotación en posición fetal agrupando las piernas entre los brazos.

BREVE DESCRIPCIÓN DE LOS DIBUJOS

1.- Pastillas químicas que al reaccionar con el agua producen calor.

2.- Circuito que se inunda al contacto con el agua pues su capa externa es porosa dejando que entre el agua en su interior.

3.- Cuello alto que permanece plegado cuando el chaleco está desinflado.

4.- Faldón trasero que permanece plegado cuando el chaleco está desinflado.

5.- Botella de aire comprimido que infla el chaleco.

6.- Válvula de accionamiento automático al contacto con el agua.

Método para la obtención de combustibles a partir de residuos orgánicos y leñoceluloides

OBJETO DE LA INVENCION

La presente invención tiene por objeto un procedimiento para la obtención de los siguientes combustibles a partir de residuos orgánicos y leñoceluloides: gas metano, parafinas que serán transformadas en biodiesel, bioetanol, hidrógeno y un combustible sólido que será utilizado en los siguientes procesos de destilación.

ANTECEDENTES

En la sociedad de consumo actual se tiende a adquirir en demasía todo tipo de productos, incluyéndose entre estos también productos orgánicos de distintas naturalezas. Por una parte los restos de alimentos o ingredientes distintos de los alimentos se tiran a la basura en grandes cantidades, En la sociedad de consumo actual se produce una gran cantidad de residuos procedentes de los restos orgánicos, productos envasados caducados, restos de otros productos orgánicos, tales como peladuras de frutas o verduras, o productos frescos cuyo aspecto deja de ser apetecible.

Existe un gran problema a nivel social de qué hacer con tal cantidad de basura. Los vertederos están saturados y nadie quiere tener uno cerca de su casa. Por otra parte las plantas de procesado resultan inca-

paces de clasificar todo tipo de materias que llegan a ellas.

Para minimizar la cantidad de basuras y realizar un mejor aprovechamiento se ha establecido generalmente una recogida selectiva en que se separan plásticos, papel y cartón, vidrio o pilas eléctricas. Existen procesos específicos de reciclado de las distintas materias, pero no se ha obtenido una solución satisfactoria para los residuos orgánicos de distinta naturaleza, que son además los que ocupan mayor volumen. Es por lo tanto deseable que la cantidad de basuras residuales sea la menor posible, y su estado sea de la mayor compacidad.

ESTADO DE LA TÉCNICA

CN1171427 divulga un procedimiento y un aparato para la producción de gasolina, diesel y gas a partir de residuos plásticos. Incluye las etapas de craqueo a 150 a 400 °C con catalizadores, separación del gas del líquido, un segundo craqueo a 70 a 300 °C con un segundo catalizador y condensación para separar la gasolina del Diesel.

CN1092096 divulga un método y un aparato para extraer gasolina diesel o fracciones de gas licuado de residuos plásticos. En esta invención, el tratamiento del residuo plástico permite obtener un 30-40 por ciento de gasolina, 25 a 35 por ciento de diesel ligero, y un 8 al 12 por ciento de gas, por procedimientos de tecnología no catalítica y de craqueo sin hidrogenación.

Existen otros documentos que divulgan distintos modos de obtener combustibles a partir de residuos

plásticos. Por ejemplo, US4344770 divulga un método y un aparato para la conversión de material sólido orgánico en fuel y gas, que comprende medios físicos y químicos incluyendo un reactor pirolítico. En los primeros casos, el tratamiento se realiza exclusivamente sobre materias plásticas. En todos ellos se requiere un aporte energético importante para el secado o el tratamiento químico de los productos a tratar.

RESUMEN DE LA INVENCION

La presente invención consiste en un procedimiento para la obtención de combustibles a partir de residuos con contenidos orgánicos tales como basuras domésticas y materiales con alto contenido en celulosa que incluye:

- Una trituración de la masa a tratar.
- Adición de agua, en su caso, para obtener una pasta homogénea.
- Tratamiento biológico a temperatura ambiente mediante levaduras y/o bacterias.
- Evacuación o extracción de las fracciones gaseosas metano, hidrógeno, líquidas parafinas, alcoholes y sólidas con alta concentración de carbono.
- Aprovechamiento del vapor para mover una turbina de gas y utilizar la energía eléctrica generada para separar el hidrógeno del agua.
- Oxigenar la mezcla para una mayor velocidad de descomposición de la materia orgánica, mediante un bombeo mecánico de aire.
- Utilizar los residuos sólidos sobrantes del primer proceso para destilar la mezcla en el segundo proceso y los del segundo para el tercero y así sucesivamente.

DESCRIPCIÓN DETALLADA DE LA INVENCION

Conforme se describe la invención tiene por objeto un procedimiento para la obtención de combustible a partir de residuos orgánicos y los que tengan alto contenido en celulosa. La materia orgánica comprende gran cantidad de carbono. El carbono en ocasiones forma cadenas de mayor o menor longitud. Se trata pues, de extraer de los residuos orgánicos el carbono que forma o se hace formar cadenas preferentemente parafínicas de longitud media 14–20 unidades de carbono, que son las utilizadas como combustibles en los motores diesel.

No obstante, el hidrocarburo obtenido puede contener fracciones más ligeras, o más pesadas, siempre que estas fracciones no modifiquen significativamente las propiedades del combustible deseado. Como se ha indicado, las basuras y residuos orgánicos se obtienen de manera indeseada en grandísimas cantidades, teniendo que ser tratadas por plantas de procesamiento en las que se retiran distintos tipos de productos (papel/cartón, vidrio, metales...) quedando como elemento residual la materia orgánica, también pudiendo añadirse la materia con alto contenido en celulosa como, papel, cartón y restos de poda, que es fundamentalmente la que proporciona el carbono objeto de interés.

Las basuras deben ser desprovistas de los elementos susceptibles de otro tipo de procesamiento para aumentar su eficacia, ya que de algunos de ellos no se obtiene rendimiento alguno conforme al objeto de la invención. Sin embargo, algunos plásticos, vidrios, etc.

no afectan negativamente al proceso, sino que tan solo reducen el rendimiento volumétrico. Las basuras orgánicas resultantes se trituran hasta lograr una masa de pastosa a líquida, agregando agua si es necesario. La adición o no de agua dependerá del tipo de residuos y su contenido en agua correspondiente.

El producto así obtenido se introduce en recipientes reactores adecuados. La pasta se somete a un tratamiento bacteriológico o por medio de levaduras, que actúan descomponiendo o rompiendo los tejidos orgánicos para producir distintas sustancias, destacando entre ellas metano, alcoholes y glicerinas, que conforman los combustibles. La separación de los distintos efluentes tiene lugar por medios convencionales. Por ejemplo, el metano se puede concentrar y aislar utilizando una columna de destilación, las parafinas mediante decantación y los alcoholes mediante destilación.

Si bien al inicio del proceso (una primera vez) la duración y eficacia de este se sitúa en valores moderados debido a la escasa cantidad de microorganismos, al repetir el proceso se utiliza todo o una parte del producto residual del ciclo anterior, de modo que el crecimiento microbiano es más rápido por tener más individuos, y tener además un medio de crecimiento adecuado, a partir del cual se obtienen los productos combustibles antedichos.

Aún cuando la reacción es esencialmente anaerobia, puede obtenerse un mayor rendimiento si se airea la masa (mediante difusores) con objeto de aumentar el oxígeno disuelto en la masa. Los productos deseados (parafinas), (metano) y (alcoholes) son obtenidos tras dos o tres días de reacción, emergiendo en el recipiente

los primeros, evaporándose los segundos y por destilación los últimos. Presenta las ventajas de eliminación de residuos con disminución de costes medioambientales, reducido coste económico y variabilidad en la escala de realización (el rendimiento puede ser casi igual en grandes que en pequeñas instalaciones).

Es de aplicación industrial en la obtención de combustibles a partir de residuos orgánicos. Los pasos del procedimiento de extracción de los combustibles son los siguientes:

1º Se desbroza y muele la materia orgánica a tratar.

2º Una trituración por compresión y una adición de agua para conseguir una masa homogénea.

3º Introducción en el reactor donde se le añaden bacterias y levaduras.

4º Un bombeo de aire en el interior de la masa para acelerar la fermentación.

5º Recogida del metano producido.

6º Extracción de las parafinas acumuladas en la superficie de la masa mediante decantación.

7º Se extraen una cierta cantidad de bacterias y se guarda para ser utilizadas en las próximas fermentaciones.

8º La materia ya fermentada se destila «para calentar la masa utilizaremos los residuos sólidos obtenidos del anterior proceso».

9º El vapor producido por el calentamiento de la masa para su destilación es aprovechado por una turbina para producir electricidad.

10º Esta electricidad será utilizada en otro reactor donde separaremos el hidrógeno del agua mediante electrólisis.

11º La destilación nos dará un bioetanol que puede ser procesado para su utilización en motores de gasolina.

12º En el proceso se generan unos residuos sólidos que serán utilizados como combustible para calentar y destilar las siguientes destilaciones.

REIVINDICACIONES

1.- Obtención mediante tratamiento biológico a partir de residuos orgánicos y leñoceluloides de los siguientes combustibles:

Parafinas – Biodiesel

Metano – Gas natural

Hidrógeno

Alcoholes – Biosúper

Materia sólida – Combustible para la destilación.

2.- Trituración, prensado y adición de agua a la materia a tratar.

3.- Fermentación mediante levaduras y bacterias.

4.- Oxigenación mediante bombeo mecánico de aire para una aceleración del proceso de descomposición.

5.- Conservación de una cantidad de bacterias para siguientes procesos.

6.- Aprovechar la energía utilizada en la destilación para extraer hidrógeno del agua mediante una turbina de gas que será accionada por el vapor.

7.- Utilización de los residuos sólidos de alta concentración de carbono como combustible para calentar la masa y conseguir la destilación.

Bateria de componentes reactivos sustituibles

OBJETO DE LA INVENCION

La presente invención, según se expresa en el enunciado de esta memoria descriptiva, se refiere a una batería en la que se puede sustituir los componentes internos que realizan la reacción química que produce la energía eléctrica, pudiéndose así cambiar el componente descargado eléctricamente por uno con nueva carga.

ANTECEDENTES DE LA INVENCION

Son conocidos y muy utilizados dos diferentes sistemas para acumular y guardar la energía: por un lado, las pilas, estas debido a una reacción química producida entre dos componentes y un oxidante, producen un movimiento de electrones pues el oxidante que suele ser ácido sulfúrico extrae átomos de los dos materiales uno cargado positivamente que puede ser cinc y otro negativamente que puede ser cobre, debido a su número de electrones, una vez extraídos estos átomos al ser unos positivos y otros negativos estos se atraen al ser de polaridad opuesta y este movimiento de electrones es básicamente lo que produce la energía eléctrica de la pila, en el momento que los componentes se desgastan deja de producirse la energía. Por otra parte, las baterías, que suelen estar formadas por un oxidante, que puede ser ácido sulfúrico y en lugar de tener dos componentes con diferencias atómicas, estas llevan el mismo componente tanto en el polo positivo como en el negativo, este suele ser plomo, esto lógicamente no

produce ningún movimiento de electrones pues tanto el ánodo como el cátodo sumergidos en el ácido tiene la misma composición, para que empiece a realizarse un movimiento de electrones, primero tendremos que aplicar una corriente eléctrica, al someter una batería a una corriente eléctrica haremos circular los electrones por su interior y esto producirá una oxidación del polo positivo recubriéndose el plomo del mismo y consiguiendo así tener ahora dos componentes de carga eléctrica diferente, pues ahora tenemos uno de plomo y otro de formado por el material que se adhiere debido a la corriente eléctrica en el polo positivo.

En las primeras, las pilas, cuando la reacción química se termina estas quedan inservibles y en las segundas, las baterías, el principal problema radica en que el proceso de recarga es lento y necesita de mucho tiempo para que las baterías vuelvan a tener carga eléctrica. La solución presentada es la siguiente: de igual modo que utilizamos un mismo componente tanto en el ánodo como en el cátodo y un oxidante como el ácido sulfúrico, lo que la diferencia de las baterías normales es que su polo positivo es intercambiable, con lo cual en lugar de tener que poner a cargar la batería para que luego se produzca la reacción química anteriormente descrita y esta nos de una corriente eléctrica, este material es cargado fuera de la batería y luego introducido en su interior, sustituyendo el material descargado por el de nueva carga, ahorrándonos así el tiempo de espera para su carga eléctrica, pudiendo sustituir de manera inmediata el componente que produce la reacción eléctrica cuando sea necesario.

DESCRIPCION DE LA INVENCION

Batería de componentes reactivos sustituibles, que está compuesta por un material reactivo que puede ser ácido sulfúrico y un ánodo y cátodo que en principio pueden estar formados por el mismo material, que puede ser plomo o mercurio entre otros.

El polo positivo que se introduce en el ácido está fabricado de tal manera que es hueco, pudiéndose recargar desde el exterior y que en el interior de la batería se amplía formando una especie de cubo rectangular que en su parte inferior tiene una tubería de desagüe conectada. El cubo será de forma rectangular para de esta manera poner la mayor cantidad de «plomo» en contacto con el ácido produciendo así una mayor reacción, el cubo estará perforado por unos micro taladros, siendo así sus paredes porosas y permitiendo estas la entrada de ácido y el paso de corriente eléctrica, pero no permitiendo que el «plomo» se desparrame por el interior de la batería. El material tanto de todo el circuito, tanto el cubo contenedor como la tubería de salida o desagüe, deberá estar formado por un material no conductor de la corriente eléctrica y no reactivo con el ácido «sulfúrico» que puede estar formado por vidrio, o teflón entre otros.

El material con carga eléctrica se prepara y se introduce de la siguiente manera: pueden ser muy diversos los materiales utilizados, como ejemplo se pueden utilizar el mercurio o el plomo, como el plomo es menos contaminante utilizaremos este para la exposición.

El plomo que forma en polo negativo está formado por una plancha como en las baterías normales y el

polo positivo, que está formado por el circuito anteriormente explicado, estará formado por el cubo rectangular que será rellenado por la tubería de entrada por pequeñas bolas de plomo o por plomo líquido, este anteriormente cargado eléctricamente. En una batería de con este mismo sistema de entrada y salida del componente del polo positivo, es cargado por una corriente eléctrica, la batería que utilizamos como cargador puede ser de un gran tamaño, pues no necesitamos moverla, una vez que el material se ha cargado se extrae por la tubería de desagüe y es utilizado para cargar las baterías más pequeñas que son las que vamos a utilizar. El «plomo» cargado eléctricamente, bien en pequeñas bolas o bien en líquido, se introduce por la tubería de carga llenándose así todo el circuito y a través del cubo rectangular poniendo este en contacto con el ácido «sulfúrico» y produciéndose así la corriente.

Una vez se termina la reacción química, al descargarse la batería, se introduce nuevamente «plomo» con carga, abriendo al mismo tiempo la tubería de desagüe y así al entrar el nuevo material cargado electrónicamente se expulsa el viejo. El viejo material es recogido y puesto de nuevo a cargar en la gran batería que está conectada a la corriente eléctrica y que funciona como estación de recarga.

La ventaja de la utilización de estas baterías radica en que pueden llevar un depósito donde se introduce el «plomo» con carga y que al estar en forma líquida o de pequeñas esferas, este se puede introducir fácilmente de la misma forma que se llena el depósito de un coche de gasolina. De esta manera no tenemos que esperar a la recarga de las baterías pues esta es inmediata y que de esta forma se pueden utilizar vehículos eléctri-

cos sin preocupación por tener que recargar las baterías, pues podemos recargarlas sustituyendo sus componentes internos tan fácilmente como podemos llenar el depósito de un coche de gasolina. Con las ventajas de que el coche eléctrico no contamina y produce apenas ruidos. También pudiendo competir de esta manera los vehículos eléctricos con los de hidrógeno, pues con este sistema no necesitamos preocuparnos por la duración de las baterías, ya que se pueden recargar en las estaciones de recarga de manera sencilla y que además estos vehículos no tienen el peligro de transportar una bombona de hidrógeno, ahorrándonos también el alto coste de una pila de hidrógeno.

REIVINDICACIONES

Batería de componentes reactivos sustituibles

1. Batería que tiene un dispositivo que permite extraer y cambiar el elemento que forma el cátodo o ánodo.

2. Que el material que forma el polo positivo, que puede ser «plomo», está formado por pequeñas esferas para que sea más fácil introducirlo por la tubería de recarga y ser extraído por la tubería de desagüe.

3. Que el polo positivo en el interior de la batería está formado por un material no reactivo con el ácido «sulfúrico» que puede ser vidrio, teflón o kevlar entre otros.

4. Que el cubo estará perforado por unos microtalados haciéndolo así poroso para permitir la reacción con el ácido.

5. Que el material que forma el polo positivo tam-

bién puede ser líquido, como mercurio para facilitar su recarga.

6. Que el material cargado eléctricamente es reutilizable una vez descargado, volviéndose a cargar en el exterior mediante una estación de recarga.

7. El ánodo o cátodo forma un circuito de entrada y salida por el interior de la batería.

8. Que el nuevo material cargado eléctricamente se introduce a presión, haciendo así salir el material descargado eléctricamente.

9. El material descargado es reutilizado, extrayéndose y poniéndose nuevamente a cargar para ser utilizado nuevamente.

10. Que estas baterías no necesitan conectarse a la corriente eléctrica para cargarse, pues se cargan de una manera parecida a la que se llena un depósito de un coche de gasolina.

De María y Plano

EL SILENCIO se hizo de nuevo y el color se apagó dejando todo en una imagen de blanco y negro, como una fotografía alejándose en la oscuridad; después, un sonido lejano, un sonido corto y repetitivo que sonaba a intervalos, se hizo más claro; era el ladrido de un perro y despertó. Al abrir los ojos vio a un hombre con la ropa calada hasta los huesos y a su lado, bajo la lluvia, el perro negro con el que cayó desde la rama del árbol; el perro se acercó a ella moviendo rápidamente la cola y le lamió la cara.

—¡De prisa, de prisa!, no hay tiempo que perder —dijo Plano, al tiempo que ayudaba a María a levantarse.

—Tenemos que llegar al embarcadero antes de que las aguas lo cubran todo.

María se puso en pie rápidamente; tenía múltiples magulladuras por todo el cuerpo, debido a la corriente de piedras que la había arrastrado, pero tenía una gran fortaleza física y ni siquiera se detuvo a mirarse.

Habían cubierto más de la mitad del trayecto al embarcadero, pero la situación empeoraba por momentos. Plano era consciente de que si no conseguían llegar rápidamente, su supervivencia se haría muy difícil. Emprendieron el camino los tres y tras cruzar la cadena montañosa, no sin muchos contratiempos, finalmente consiguieron llegar al embarcadero; este se

encontraba parcialmente inundado y en su interior las barcas se encontraban medio hundidas y destrozadas en su mayoría; esto le hizo sentir un revés a Plano, pues su plan parecía ahora imposible.

El embarcadero

ERA UNA NAVE con paredes corrugadas de chapa, de un color metálico gris plata. Su altura era bastante grande, como un edificio de dos plantas, lo que la hacía parecer un hangar para guardar aviones. Esto era debido en parte a que una zona del embarcadero era utilizada como club náutico, dedicado a las competiciones en canoa y kayak. Las canoas se encontraban sobre una especie de estantería, aprovechando así la altura de la nave para poder guardar un gran número de ellas. A Plano le llegó esta imagen a la cabeza, el último recuerdo que tenía de cómo era el interior del embarcadero. Pero al abrir la puerta, esta se desvaneció como la estela que deja un meteorito al pasar, mostrándole la cruda realidad. El interior de la nave estaba en penumbra y se podían discernir las siluetas de las embarcaciones tiradas por todas partes. Las estanterías se habían desmoronado, dejando caer las embarcaciones desde lo alto. Estas habían caído sobre las que se encontraban en el suelo y había pedazos de madera flotando por todas partes. El siniestro lugar le transmitía a uno una especie de angustia y terror. Parecía una especie de cementerio para embarcaciones. Caminar entre aquellos restos, de madera astillados, con el agua a la altura de la cintura, le hacían imaginar cosas a uno. Parecía que entre los pedazos de las embarcaciones que medio flotaban había algo acechante bajo el agua.

Un depredador esperando que algún incauto entrase en su guarida, cayendo en su trampa. Uno sospechaba que en cualquier momento este se cerniría sobre él, atrapándolo por las piernas bajo el agua y lo arrastraría. Un pulpo gigante con sus enormes tentáculos, o quizás las piernas le fuesen sesgadas por la mandíbula de un gran tiburón blanco. María y el perro caminaban detrás de él, sin separarse ni un milímetro, como los grupos de personas que entran en el pasaje del terror.

Continuó mirando todas las barcas, pero ni rastro de la fuera borda. Entonces vino a su cabeza una imagen clara: la lancha podía encontrarse amarrada en la parte posterior del embarcadero, cerca del muelle. Llegó como pudo hasta la parte posterior y allí se encontraba, exactamente como la había imaginado, cubierta por una lona impermeable, lo que impidió que se hundiese por la lluvia. Se puso manos a la obra; el tanque de gasolina estaba lleno, pero el motor no quería arrancar, el arranque era manual, tirando de una cuerda que tenía en su extremo. Plano tiró de él repetidas veces, pero el motor no quería arrancar, como no era el tipo de hombre que se diese por vencido con facilidad continuó intentándolo una y otra vez hasta que se oyeron unos cuantos petaradeos, luego volvió a pararse; tiró otra vez aún con más fuerza: el motor petardeó de nuevo y después comenzó a ronronear. Plano se puso a los mandos de la fuera borda, recogió a María y al compañero canino y comenzaron a navegar sobre las aguas que cubrían el parque ya por completo.

La lancha motora era de tamaño medio y en su interior podían entrar fácilmente ocho o diez personas. Plano navegaba despacio, pues tenía que ir esquivan-

do los continuos obstáculos flotantes que la corriente arrastraba. En la lancha estaban a salvo y solo el error de querer salir de allí a toda prisa podía ser el que representase el mayor peligro en ese momento. Con calma llegarían sin problema a cualquier sitio. Navegaban esquivando los obstáculos y llevando la lancha por las zonas de aguas más tranquilas. De pronto el perro comenzó a ladrar a la copa de un árbol. Plano no prestó mucha atención, pero María sí se fijó bien y le pareció ver algo.

—Hacia el árbol, hacia el árbol, Plano.

Plano siguió las órdenes de María y se dirigió al árbol; al ir aproximándose, el presentimiento de María se fue haciendo realidad: entre las ramas se veía la figura de una persona. Cuando llegaron a su lado pudieron ver que era un hombre de unos treinta y seis años, que se encontraba muy débil y no podía apenas hablar. Entre Plano y María consiguieron subirlo a bordo, lo abrigaron con la lona impermeable que anteriormente cubría la lancha y el hombre comenzó a recuperarse poco a poco; en cuanto tuvo las fuerzas suficientes el hombre les dio las gracias y se presentó diciendo su nombre; luego comenzó a hablar de lo que hacía en la vida. María observó que en el bolsillo de su camisa llevaba un teléfono móvil; le pidió que llamase al servicio de rescates de los bomberos, pero el hombre dijo que desde hacía un buen rato los teléfonos habían dejado de funcionar y que no tenían cobertura.

El hombre continuó con su charla, contando su vida como si eso ya fuese parte del pasado. Mientras el hombre no dejaba de hablar, a lo lejos se escuchó algo apenas perceptible, pues el sonido de la lluvia junto con el sonido del motor de la lancha no dejaban oír. Plano

desaceleró, dejando el motor al relente y entonces se escuchó con más claridad: era la voz de una mujer que los llamaba, agarrada a un tablero se mantenía a flote; era una mujer mayor de casi unos sesenta años, fueron hasta ella y entre los tres la subieron al bote.

Así fue como formaron el equipo de rescate. Debido a las inundaciones parecía que no había quedado ningún equipo de bomberos operativo, y si había alguno, estarían muy ocupados como para poder acercarse al parque; así que decidieron buscar más supervivientes por el extenso lugar. Debido a la lluvia, daba un aspecto parecido al de un documental sobre el Amazonas; los árboles tenían los troncos sumergidos en el agua y las ramas que salían parecían manglares.

En cuanto la mujer y el hombre rescatados se recuperaron, aunaron sus fuerzas a las de María y Plano y continuaron con la labor de rescate. Encontraron a una chica joven dentro de un contenedor de basura; estos contenedores eran de plástico y al ser estancos flotaban a la deriva; lo curioso es que era un contenedor que no pertenecía a aquella zona, si no que venía casi de la otra punta de la ciudad. La chica, que vestía elegantemente, también llevaba un teléfono móvil, y no paraba de intentar comunicarse por él, pero era inútil, no daba señal. Plano observó que llevaba unos cascos conectados al teléfono y preguntó para qué eran; la mujer contestó que el teléfono tenía radio integrada. Entonces Plano le pidió que la pusiera. La mujer sacó los cascos del teléfono y puso la radio en manos libres, para que pudieran escuchar todos.

Juntos bajo la lona impermeable, todos permanecían atentos a lo que se decía por la radio. Las noticias no podían ser peores, las lluvias eran generalizadas en

todo el país y se daban noticias de peores catástrofes ocurridas al mismo tiempo en otros países, unos arrasados por volcanes, otros por las aguas del mar; en otros países los tornados eran tan inmensos que se llevaban casas enteras por el aire. Cada poco tiempo aconsejaban no salir de casa y refugiarse en las zonas altas; también señalaban una zona a la que llegar, donde el ejército estaba evacuando la ciudad; el lugar era el más alto de la ciudad, una pequeña cadena montañosa que se levantaba en la zona norte de la misma.

María habló en voz alta tranquilizando a todos; juntos conseguirían sobrevivir y en cuanto la tormenta pasase, podían regresar al lado de sus seres queridos. La noche estaba llegando, y la visibilidad, antes pésima, ahora se hacía prácticamente nula. Gracias al oído y el olfato del perro consiguieron encontrar más supervivientes.

La situación empeoraba por momentos; la lancha no disponía ya de mucho combustible; si el motor se paraba serían arrastrados a la deriva por las corrientes, perdiendo el control de la embarcación y pudiendo chocar con facilidad con algún obstáculo, quedar encallados o incluso zozobrar. El perro ladró con fuerza, indicando nuevamente que había encontrado algo en el agua, llevado por la corriente; se podía ver una sombra, una figura que intentaba salir a flote; el perro saltó de la barca, tirándose al agua. Se trataba de una niña pequeña, de unos ocho años, que intentaba nadar contracorriente, pero que pese a sus esfuerzos le era totalmente inútil pues la violenta corriente arrastraba todo a su paso. El perro se lanzó al agua nadando hacia la niña, luchando con furia contra aquella maldita corriente que le arrastraba lateralmente hacia la deriva;

algunas olas pasaban por encima del perro y la niña, haciéndolos desaparecer bajo las aguas durante unos instantes. Plano intentaba acercarse con la lancha, pero era imposible, no podían meterse en aquella corriente; aun así, intentaba acercarse lo máximo posible a la niña. El perro consiguió alcanzarla y la cogió con cuidado, sujetando entre sus dientes la parte superior del vestido; luego intentó sacarla fuera, pero era incapaz; aun luchando con todas sus fuerzas, la corriente seguía arrastrándoles. La situación se volvía más complicada a cada momento; la corriente les arrastraba hacia una zona donde las aguas se volvían aún más violentas; cada vez pasaban más tiempo bajo el agua, y si no conseguían sacarlos de inmediato, desaparecerían bajo ellas. A pesar de los riesgos, Plano tomó la decisión de entrar en la brutal corriente con la embarcación.

El combustible era ya muy escaso y las maniobras oponiéndose a las corrientes dejarían el depósito sin una gota. Una vez terminado el combustible no podrían controlar de modo alguno el manejo de la lancha y serían arrastrados; pese a todo ello, Plano no iba a quedarse de brazos cruzados viendo cómo las aguas se los llevaba. La lancha entró en mitad de la corriente y su casco fue golpeado por innumerables objetos. Plano tenía que aproximarse con cuidado, acercándose a ellos por el lateral de la embarcación; acercar demasiado el motor podía ser peligroso y por la proa no serían capaces de subirlos a bordo. El perro luchaba con fuerza para mantener a la niña a flote, pero apenas lo conseguía. Cuando Plano consiguió acercar la embarcación en la posición correcta, algo golpeó con enorme fuerza el casco de la lancha, desviando la barca y haciéndola alejarse de la posición correcta. Sin dudar unos segun-

dos volvió a intentarlo de nuevo, pero al tiempo que marcaba una nueva trayectoria de interceptación para rescatar a la niña y al perro, alguien avisó de una vía en el casco.

El agua entraba a una tremenda velocidad en el interior de la embarcación; intentaron taponar la fisura con las manos, pero era imposible; probaron también taponándola con una chaqueta y esto les dio algo más de tiempo. Plano no prestó atención al nuevo problema surgido y volvió a intentar el acercamiento. La cantidad de agua acumulada en el interior de la lancha provocó que la mayor parte del casco permaneciese bajo el agua, como si cargase sobrepeso, con lo cual su manejo se hacía mucho más difícil y la velocidad de respuesta en los mandos era inferior. Plano se concentró en la trayectoria marcada en su mente manejando los mandos con delicadeza y consiguió ponerse cerca de ellos manteniendo la embarcación en una especie de difícil equilibrio. María agarró a la niña con una mano y al perro con la otra y el resto de personas la ayudaron a subirlos a bordo; rápidamente abrigaron a la niña, que se encontraba consciente y, aunque bastante magullada, parecía encontrarse en perfecto estado.

El motor aumentó su sonido sonando mucho más fuerte y después se paró, las últimas gotas de combustible entraron al motor con burbujas de aire, lo que aumentó el ruido de las explosiones y cuando la última gota de combustible se quemó, el motor se detuvo.

Ahora serían arrastrados por la corriente, pues al carecer de motor, la barca era prácticamente imposible de ser gobernada. Plano hacía lo imposible por salir de aquellas rabiosas aguas, que tambaleaban a la lancha como si fuese una cáscara de nuez. La gran cantidad

de agua que no cesaba de caer del cielo y la vía abierta en el casco hacía que pensasen en terminar nadando. Finalmente la noche llegó y la oscuridad se hizo total. Tras ir chocando con todo lo que encontraban a su paso, al final la corriente les sacó de la zona más turbulenta y ahora se encontraban en una zona de aguas más calmas. Si no fuese porque todos eran conscientes de lo sucedido, uno podía pensar que se encontraban en medio de un inmenso lago y no en el parque donde se encontraban paseando aquella misma mañana.

En medio del caos uno va encontrando fuerzas; en las cosas más pequeñas uno encuentra fuerzas y se llena de alegría al conseguir pequeños logros, como en aquel caso fue taponar la vía de agua. Pero esta alegría no duró mucho, pues aunque parecía estar bien sellada, el agua seguía filtrándose al interior y, en poco tiempo, la embarcación se iría a pique. No había lugar para el pánico ni momento para la desesperación; todos trabajaban con esfuerzo para conseguir achicar la mayor cantidad de agua posible de la motora, cogiéndola con las manos y sacándola fuera. El agua inundaba ya el interior de la embarcación y su peso acumulado en el interior hizo que el agua del exterior comenzase a saltar por la borda hasta hundir la barca en un abrir y cerrar de ojos.

Siguiendo las órdenes de María, todos permanecieron unidos para que nadie fuese llevado por la corriente; juntos también mantendrían mejor el calor, disminuyendo así las probabilidades de morir por hipotermia. Todos empezaron a hablar por turnos, contando cualquier cosa de sus vidas; lo que pretendían era no quedar dormidos o inconscientes y poder así morir por la baja temperatura del agua. La noche era tan os-

cura que solo se veían las siluetas de los rostros, no pudiéndose saber quién era cada uno si no hablaba.

Las situaciones extremas, en las que uno piensa que no hay salida, saca a la luz la verdadera naturaleza de los hombres. Todos sabían con certeza que la lluvia no cesaría y que estaban avocados a un final cierto, pero nadie quería rendirse, nadie tiraría la toalla, lucharían hasta el último momento. Enfrentarse a las frías aguas era algo que quebraba la voluntad del más fuerte, pues tras unos minutos en el agua las articulaciones comienzan a entumecerse, el frío va paralizando todo el organismo, la sangre se concentra en los órganos vitales dejando apenas sin circulación las extremidades y uno se queda pálido, blanco como la cal, los labios se tornan morados, el organismo intenta luchar, intenta utilizar toda sus energías para calentar el cuerpo y uno no para de tiritar; tras llevar varias horas los huesos se sienten dentro del cuerpo como si fuesen de hielo. Al mantenerse apiñados, conseguían que el calor se escapase más lentamente y así aguantar más tiempo sin desvanecerse. En estos últimos momentos, uno no piensa en las cosas que no hizo bien, o las cosas que le faltaron por hacer; en estos últimos momentos uno espera la muerte, como quien espera toda la noche a que llegue el alba.

Cuando uno hace las paces con Dios, en ese momento en el que ya no importa nada, deja escapar su último aliento y los pulmones se vacían por completo, los músculos se relajan, y uno se deja llevar por el ángel de la muerte. En ese instante una nueva bocanada de aire llega a los pulmones y los músculos se tensan de nuevo llegando al cerebro una señal de dolor por todo el cuerpo; entonces es cuando uno sabe con certeza

que no va a morir, que sobrevivirá, que morirá dentro de muchos años siendo ya un anciano. Las fuerzas regresan a uno y aunque siente dolor por todo el cuerpo se encuentra alegre por estar vivo, se encuentra con fuerzas porque sabe que aún le quedan muchas cosas por vivir.

CRÓNICA DEL MAREMOTO (TSUNAMI) DE ARICA, 1868

HACIA LAS CUATRO de la tarde me encontraba en la cabina del comandante cuando nos sobresaltamos, pues el barco vibraba como cuando se deja caer el ancla y la cadena gime en los escobenes. Seguros de que no podía tratarse de esto, corrimos hacia el puente. Atrajo nuestra atención una nube de polvo que avanzaba desde el sureste por tierra, al mismo tiempo que crecía la intensidad del ruido. Ante nuestros ojos estupefactos las colinas parecían tambalearse, y el suelo se agitaba igual que las pequeñas olas de un mar picado.

La nube de polvo envolvía ya a Arica. Al mismo tiempo se elevaban a través de su impenetrable velo los gritos de socorro, el estruendo de las casas que se derrumbaban y la mezcla de los mil clamores que se producen durante una calamidad. Mientras tanto, nuestro barco se sacudía como tomado por una mano gigantesca. Después, la nube cruzó sobre nosotros.

A medida que el polvo se disipaba, nos frotábamos los ojos y mirábamos sin poder creer lo que veíamos en el sitio donde segundos antes se encontraba una ciudad feliz y próspera, diligente de actividad y vida, sólo veíamos ruinas entre las que se debatían los heridos menos graves de todos, los infortunados prisioneros de las ruinas de sus propias casas; gritos, aullidos de dolor

y llamadas de auxilio rasgaban el aire, bajo un sol sin piedad que brillaba en el cielo sereno.

Temerosos por la llegada de un maremoto, mirábamos hacia el mar abierto; pero el mar estaba tranquilo y se podía creer que los cuatro o cinco minutos que acabábamos de vivir, así como el desolado espectáculo al que volvíamos momentáneamente la espalda, habían sido una pesadilla. Por prudencia, el comandante hizo fondear las anclas suplementarias, cerrar las escotillas, amarrar los cañones, poner alambreras.

En tierra, los sobrevivientes atravesaban mientras tanto la playa y se apiñaban en el pequeño malecón llamando a las tripulaciones de los barcos para que ayudaran a sacar a sus parientes de las confusas ruinas y transportarlos a la aparente seguridad de los barcos anclados. Eto era más de lo que podíamos soportar, así que de inmediato bajamos la lancha con trece hombres a bordo. Alcanzó la ribera y la tripulación desembarcó de inmediato, dejando solamente un marinero de guardia en la embarcación. Mientras tanto, a bordo tratábamos de organizar un equipo armado de palas, hachas y zapapicos, cuando un rumor atrajo nuestra atención; al volver los ojos a tierra vimos con horror que el lugar en el que se encontraba el muelle lleno de seres humanos había sido tragado en un instante por la repentina subida del mar, mientras que nuestro navío, flotando sobre la superficie, no lo había notado. Veíamos asimismo la lancha con sus tripulantes arrastrados por la irresistible ola hacia el alto acantilado vertical del Morro, en donde desaparecieron entre la espuma formada por la ola al romper sobre las rocas.

En ese mismo momento se produjo una nueva sacudida sísmica, acompañada en la ribera de un terrible

rugido que duró algunos minutos. Vimos nuevamente ondular la tierra, moverse de izquierda a derecha, y esta vez el mar se retiró hasta hacernos encallar y descubrir el fondo del océano, mostrando a nuestros ojos lo que jamás se había visto: peces que se debatían entre las rocas y monstruos marinos embarrancados. Las embarcaciones de casco redondo rodaban sobre sus costados, mientras que nuestro Wateree se posó sobre el fondo plano. Cuando volvió el mar, no como una ola sino más bien como una enorme marea, hizo rodar a nuestras infortunadas naves compañeras con la quilla arriba del mástil, mientras que el Wateree se levantó ileso sobre las agitadas aguas.

A partir de ese instante, el mar pareció desafiar todas las leyes de la naturaleza. Diversas corrientes se precipitaban en direcciones opuestas y nos arrastraban a una velocidad que jamás hubiéramos alcanzado, aunque marchásemos a todo vapor. La tierra temblaba continuamente, en intervalos regulares, cada vez con menos violencia y durante menos tiempo.

El acorazado peruano América, el más veloz de su tiempo, continuaba a flote, así como el navío norteamericano Fredonia. El América, que había intentado llegar a mar abierto a toda la velocidad de sus máquinas antes de la retirada del mar, se hallaba parcialmente en seco, con el casco desfondado. En ese momento la ola lo arrastraba a gran velocidad hacia la ribera mientras sus chimeneas vomitaban un espeso humo negro y parecía ir en socorro del Fredonia, que, gravemente averiado, era empujado hacia los acantilados del Morro de Arica. Creyendo que esas eran sus intenciones, el comandante Dyer, del Fredonia, corrió a la proa del barco y gritó hacia el acorazado, que se encontraba sólo a

unas yardas de distancia: «¡No pueden hacer nada por nosotros, nuestro casco está roto! ¡Sálvense! ¡Adiós!» Un momento después el Fredonia se estrelló contra el acantilado y nadie se salvó, mientras que una corriente contraria tomó milagrosamente al navío peruano y lo arrastró en otra dirección.

Los últimos rayos del sol iluminaban los Andes cuando vimos con horror que las tumbas, sobre la pendiente de la montaña de arena, en la que los hombres de la antigüedad enterraron a sus muertos, se habían abierto, y, colocadas en filas concéntricas, como en un anfiteatro, las momias de los aborígenes muertos aparecían de nuevo a la superficie. Habían sido enterradas sentadas frente al mar. Estaban sorprendentemente conservadas gracias al salitre que impregnaba el suelo; las violentas sacudidas que habían disgregado esa tierra seca y desértica descubrían una espantosa ciudad de muertos, enterrados hacía largo tiempo.

Las palabras son incapaces de describir el aterrador espectáculo de la escena. Impresionados por los momentos que acabábamos de vivir, creímos que había llegado el día del Juicio Final y que la Tierra iba a desaparecer; la amargura de una muerte tan aterradora era mayor de lo que podíamos imaginar.

La noche había caído hacía largo tiempo cuando el vigía gritó sobre el puente para anunciar que una ola gigantesca se aproximaba. Escrutando la oscuridad percibimos primero una débil línea fosforescente que, como un extraño espejismo, parecía subir cada vez más hacia el cielo; su cresta, coronada por la lúgubre luz de un resplandor fosforescente, revelaba siniestras masas de agua negra que se agitaban por debajo de ella. Anunciándose con el estruendo de miles de true-

nos que rugían al unísono, el maremoto que temíamos desde hacía horas había llegado finalmente.

De todos los horrores, este parecía ser el peor. Encadenados al fondo, incapaces de escapar, habiendo tomado todas las precauciones humanamente posibles, no podíamos más que ver llegar la monstruosa ola, sin siquiera el sostén moral de poder hacer algo, ni la esperanza de que el navío pudiese pasar a través de la masa de agua que avanzaba para destrozarnos. Lo único que nos quedaba era sujetarnos a los barandales y esperar la catástrofe.

En medio de un estruendo aterrador, nuestro barco fue tragado, enterrado bajo una masa semilíquida, semisólida de arena y agua. Permanecimos sumergidos faltándonos el aire durante una eternidad; después, con un gemido de toda su armazón, nuestro sólido Wateree se abrió un camino hacia la superficie con su jadeante tripulación sujeta aún de sus barandillas. Algunos hombres estaban gravemente heridos; ninguno había muerto, no faltaba nadie. Había sido un milagro en el que, a pesar del tiempo transcurrido desde entonces, me es difícil creer.

Ciertamente nuestra supervivencia se debió a la línea y a la forma del barco, que había permitido que el agua escurriera del puente en forma tan rápida como si se tratara de una balsa.

El navío había sido transportado a gran velocidad y rápidamente se inmovilizó. Tras esperar unos minutos, bajamos una linterna desde a bordo, y descubrimos que habíamos encallado. No sabíamos en donde. Algunas olas menos violentas se estrellaban contra nosotros, después todo cesó. Durante algún tiempo permanecimos en nuestros puestos, pero como el barco

seguía inmóvil, se dió la orden a la agotada tripulación para que fuera a dormir.

El sol se levantó sobre una escena de desolación como pocas veces pudo contemplarse. Estábamos en seco, a tres millas del sitio en que habíamos anclado y a dos milla tierra adentro (unos 3,5 kilómetros). La ola nos había transportado a una velocidad increíble por encima de las dunas de arena que bordean el océano, a través de un valle, y más allá de la vía del ferrocarril que va a Bolivia, para abandonarnos al pie de la cadena costera de la cordillera de los Andes. Ahí, sobre el acantilado casi vertical, descubrimos el rastro que la ola del maremoto, a unos 47 pies de altura (unos 15 metros), había dejado. Si la ola nos hubiera arrastrado 60 pies más adelante, nos habría estrellado contra el muro perpendicular de la montaña.

Cerca de nosotros yacían los restos de un velero inglés de tres palos, el Channacelia; una de las cadenas del ancla se arrollaba alrededor del navío tantas veces como su longitud lo había permitido, mostrando así que el barco había rodado varias veces. Un poco más lejos, rumbo al mar, el acorazado América estaba destrozado, recostado sobre uno de sus flancos.

Los terremotos continuaron durante los siguientes días, pero ninguno alcanzó ya la violencia ni la duración del primero; sin embargo, algunos eran lo suficientemente severos para sacudir al Wateree hasta hacerlo vibrar como una vieja tetera, así que nos vimos obligados a abandonar el navío para acampar en la meseta, 200 pies más arriba. Desde allí pudimos contemplar el efecto desastroso de las sacudidas en la topografía. En algunos sitios encontramos fisuras inmensas, una de las cuales alcanzaba más de 100 pies de ancho (35

metros), con profundidades desconocidas; otras no eran más que simples cuarteamientos y desgarraduras. Aquí y allá descubrimos la prueba de la desesperación de la gente durante su huida: recuerdo, por ejemplo, el cadáver de una mujer montado sobre un caballo muerto, los dos tragados por una grieta cuando trataban de escapar para salvar la vida.

La ciudad misma había desaparecido y en su lugar se extendía una llanura de arena sólida. Exceptuando los barrios adosados a la montaña, no quedaba ninguna casa que señalara el sitio en que estaba levantada Arica. Todas las construcciones hechas con tabiques suaves, llamados «adobes», habían sido destruidas por el mar. En los barrios situados abajo del nivel alcanzado por el agua, caminábamos sobre un horrible amontonamiento en el que todo se mezclaba, incluyendo los cadáveres, bajo una altura de 20 ó 30 pies.

De los diez o quince mil habitantes que tenía Arica, solo sobrevivieron unos cuantos centenares de infortunados. Durante las tres largas semanas que esperamos la llegada de los primeros auxilios, compartimos con ellos las provisiones y el agua potable del Wateree. Renuncio a describir nuestra emoción cuando finalmente la vieja fragata Powhatan, de la Marina de los Estados Unidos, apareció en la rada con la cala y el puente sobrecargado de todas las provisiones, de todos los víveres posibles.

Este es el relato del oficial L.G. Billings, del navío de bandera norteamericana Wateree, que junto al Fredonia, al acorazado peruano América y a otra docena de embarcaciones se encontraban anclados en la rada de Arica, a la sazón bajo dominio peruano, la tarde del 8 de agosto de 1868, fecha en que, como había

ocurrido en cada siglo de la existencia de esa entonces floreciente ciudad, la fuerza de un terremoto y posterior maremoto o tsunami destruyó casi todo lo que los hombres habían construido. Solo el siglo XX se ha escapado, hasta la fecha, de una catástrofe de tan graves consecuencias en esa norteña ciudad, chilena desde 1879. Extraído de *Los terremotos chilenos*, de Patricio Manns. Edit. Quimantú, 1972. Santiago de Chile.

La reliquia

ELÍAS caminaba por la acera de camino a casa, y a lo lejos, llegando a la altura de su casa, dos hombres caminaban hacia él, uno apoyado sobre el otro, pues parecía tener mal una pierna. Al aproximarse, Elías reconoció a su vecino León, sobre el que se apoyaba el otro hombre. Se acercó más y escuchó la voz de León que le decía:

—¡Vecino! ¡Vecino! ¡Ven aquí un momento!

Elías se acercó para ver qué es lo que quería León. Aunque Elías solía escuchar las voces que daba León cuando discutía con su familia, siempre le pareció una buena persona, pues seguramente si su vida no hubiese sido tan dura, no tendría esos problemas. Cuando estuvo cerca de los dos hombres, el señor que se apoyaba en León mostró una escopeta que escondía sujetándola con la mano tras la espalda y apuntando con ella a Elías dijo:

—¡Arriiii, arriiiii, arriiiiiiiiiba!

Tartamudeó Cagalubias señalando hacia la casa de León, al mismo tiempo que se escuchaba el ruido de las sirenas de policía acercándose.

Cagalubias andaba a la pata coja y del pie no dejaba de brotarle sangre a borbotones. Los dos hombres, y Elías como rehén, entraron en la casa de León. La casa parecía abandonada; estaba sin mobiliario y llena de suciedad, la luz eléctrica no funcionaba, el olor era

nauseabundo, parecía que alguien se había dejado comida en la nevara hacía ya mucho tiempo. Acababan de entrar en la casa, cuando se escuchó un ruido similar al de una sirena de policía. Cagalubias se acercó con cuidado a la ventana, apoyándose de costado contra el marco, antes de asomarse rápidamente para ver lo que sucedía fuera. Fuera estaba de nuevo aquel policía inquebrantable, aquel policía con su motocicleta o más bien con lo que quedaba de ella.

El hombre bajó de su moto y la dejó apoyada sobre la patilla telescópica que la debería sujetar, pero esta estaba tan dañada que poco después de soltar la moto, esta se tambaleó y cayó al suelo desprendiéndose un gran número de piezas y produciendo un sonido parecido al que puede producir un puñado de tuercas tiradas contra el suelo. El policía ni se inmutó, apretó el botón del intercomunicador de su radio que llevaba colgado de la chaqueta a la altura del pecho y pidió refuerzos. Antes de esperar a que llegasen los refuerzos se dispuso a entrar en la casa tranquilamente; pero según subía los escalones que daban acceso al porche, Cagalubias sacó el cañón de la escopeta por el escaso espacio abierto entre la puerta y el cerco al estar la cadena puesta. El policía al ver el cañón de la escopeta se tiró al suelo y Cagalubias abrió fuego sobre él, pasando los perdigones por encima del agente; luego fue arrastrándose a gran velocidad y se cubrió detrás de lo que quedaba de su motocicleta.

—Te, te, tengo re, re, rehenes, así que no intente hacerse el héroe de nuevo o pin o pin o pinto las paredes de la casa con sus sesos —dijo Cagalubias voceando por la apertura de la puerta; después, la cerró de un portazo.

Comenzó entonces una fina llovizna, que enseguida cubrió los cristales de las ventanas de pequeñas gotas; después la lluvia comenzó a caer con más fuerza y tras unos instantes con una enorme furia. Los refuerzos llegaron y los coches formaron una trinchera, tras la que se parapetaron los policías. El agente de la motocicleta informó a sus compañeros de cuál era la situación.

En el interior de la casa León y Cagalubias discutían a voz en grito, y aunque Cagalubias poseía en su poder la escopeta recortada, León se abalanzó sobre él y pasaron de las palabras a las manos. León le daba unos golpes enormes con la mano abierta en la cara y Cagalubias encajaba los golpes lo mejor que podía; finalmente, hizo uso de su escopeta, disparando al techo y luego apuntando a la cabeza de León.

—¡Al al al suelo! Co co como lo intentes de nuevo te desparramo el poco seso que tienes en la cabeza por por por el suelo —le gritó Cagalubias a León, con las venas del cuello a punto de estallar por la rabia, y la cara roja por los tortazos que León le había propinado.

La lluvia no paraba de caer con fuerza; es curioso lo rápido que uno pierde la noción del tiempo cuando llueve; puede pasarse horas contemplando cómo cae el agua a través de los cristales, o puede perder totalmente la noción del tiempo, no recordando cuándo ni qué día comenzó la lluvia, pareciendo que el mundo siempre hubiese sido así, que nunca hubieran existido los días soleados.

Los hombres no dejaban de discutir; yo permanecía en un rincón junto a lo único que quedaba del mobiliario, una especie de mesa con algo grande enci-

ma, cubierto todo ello con una sábana. Siempre pensé que era un cobarde, pues aunque en muchas ocasiones pudiese parecer lo contrario, en esta ocasión no hice nada de lo que haría la mayoría de los protagonistas de las películas. No tenía miedo, estaba sereno y calmado, pero tampoco era capaz de enfrentarme a aquel hombre desquiciado; quizás nuestro cerebro valora la situación y decide que la mejor opción es no actuar. La casa estaba rodeada por la policía, lo que no me daba mucha tranquilidad, pues esto podía hacer que el hombre desquiciado tomase una mala solución.

La policía, desde el exterior, pedía por megafonía ponerse en contacto con los secuestradores. Cagalubias no paraba de hablar solo, se había vuelto completamente loco, había perdido el norte y no dejaba de farfullar y de pensar en voz alta. Finalmente, accedió a hablar con los agentes, diciendo por la puerta que tenía dos rehenes y que los mataría como no le diesen lo que quería. El negociador de la policía le comunicó por megafonía que todo saldría bien, que les hiciese saber lo que quería y él mismo se encargaría de proporcionárselo. Entonces el secuestrador comenzó a caminar de un lado a otro del salón, pensando qué era lo que iba a pedir; finalmente sus ojos se iluminaron fugazmente y asomó de nuevo la cara por la rendija que quedaba abierta entre la puerta y el cerco, al tener la cadenilla de seguridad puesta.

—Qui, qui, quiero un mi, millón en billetes pe, pe, pequeños en una bolsa de deportes, y un, y un, un he, un heli, un helicóptero, con el tanque de combustible lle, lle, lleno.

—Por favor, pida cosas reales —contestó el negociador de la policía.

—Ahora mismo me, me, me cargo a uno de los re, re, rehenes y como, como no me toméis en se, seri, serio me cargo tambi, tambi, también al otro.

—Solo somos policías, ¿de dónde vamos a sacar un millón en billetes pequeños y un helicóptero?

—Y, y, y a mí que hos, hos, hostia me importa —dijo Cagalubias, y al término de sus palabra abrió fuego sobre el negociador de la policía, acertándole en el megáfono y saliendo este disparado de sus manos. Entonces los demás agentes hicieron el ademán de salir e iniciar el asalto a la casa, pero el jefe de policía, que era el hombre que hacía de negociador, les ordenó esperar.

—Tranquilos muchachos, no cometamos un error, es solo un pobre diablo, ya tendremos nuestra oportunidad.

Un policía sacó otro megáfono de uno de los vehículos y se acercó a gachas hasta el jefe, para dárselo.

—Está bien, está bien, que no cunda el pánico, solicitaremos lo que nos ha pedido por radio, pero necesitaré una prueba de su buena voluntad soltando a uno de los rehenes

—El único re, re, rehén que va a ver, co, co, como no me dé lo que le pi, pido lo tendrán que re, re, recoger con pinzas, por que sus pe, pe, pedacitos van a que, que, que dar desparramados por toda la pu, pu, puñetera casa —dijo el secuestrador nuevamente por la rendija de la puerta, y luego la cerró de un portazo olvidando soltar la puerta para darlo. Se tuvo que tragar el grito metiéndose los dedos en la boca; las lágrimas se le saltaron de golpe, sentía un enorme calor en los dedos, como si los hubiese metido en agua hirviendo, alguno había quedado parcialmente sin uña. Rápidamente buscó algo con lo que vendarse la mano,

pero lo único que había en toda la casa era la sábana que cubría aquel objeto en la esquina de la habitación; así que sin pensarlo tiró de ella para poder coger un pedazo y hacerse algún tipo de vendaje en la mano. Al tirar bruscamente de la sábana, el objeto cubierto por ella se tambaleó y cayó al suelo: era una estatua de barro, con forma humanoide, con el aspecto de ser una especie de virgen muy antigua. La cabeza, que estaba unida al cuerpo con una vieja cinta adhesiva, salió rodando por el suelo; en ese mismo momento Elías se desmayó quedando inconsciente tumbado en el suelo.

Un relámpago iluminó toda la casa, como el potente flash de una cámara fotográfica; la tormenta empeoró y el agua empezó a caer a cantaros. Los policías comenzaron a preocuparse, pues la situación se complicaba tanto que empezaba a ser alarmante. Comenzaron a recibir avisos por radio: las alarmas saltaban por toda la ciudad y pensaron en la posibilidad de que sus familias se encontrasen en apuros.

—Capitán, creo que no estamos en el sitio correcto; si un par de drogadictos deciden matarse entre ellos pues menos problemas sueltos por la ciudad —le dijo uno de los agentes al hombre del megáfono.

Unos aguantaron más que otros pero las noticias transmitidas por la radio les fue haciendo ir en ayuda de sus propias familias. Finalmente quedaron dos policías, el capitán y el motorista.

—Capitán, será mejor que se marche ahora que aún está a tiempo; la ciudad está siendo destruida por el temporal y delincuentes como estos campan libremente por ella, además su familia puede necesitarle.

—Quizás tengas razón, es posible que deteniendo a un solo delincuente no solucionemos nada,

pero es mi trabajo y, además, es lo único que tengo.

El hombre comenzó a hablar nuevamente por megafonía, y dirigiéndose al secuestrador le dijo:

—La situación es la siguiente: ahora ya no importan los delitos que hayáis cometido, pronto estaremos todos con el agua al cuello.

—De, de, déjese de sermones y tra, trai, traiga mi helicóptero

—Hijo, no hay helicóptero ni avión que pueda volar con este temporal, ni siquiera se puede circular por carretera.

—No, no, no me cu, cuente historias.

—Escúcheme, le pondré las noticias de la radio por megafonía.

El capitán subió el volumen de la radio y acercó el megáfono al altavoz para que las noticias pudiesen oírse por megafonía.

Continuamente hablaban de la situación en el país y en todo el mundo; catástrofes naturales de todo tipo se estaban produciendo por todas partes del planeta y las previsiones no eran nada halagüeñas. El mundo entero estaba siendo sacudido por un cataclismo; en algunas emisoras de radio hablaban del Apocalipsis, en otras se culpaba a la avaricia de los hombres y cómo, por conseguir riqueza, fueron consumiendo las reservas del planeta volviendo la vista hacia otro lado para no ver el deterioro producido. Siempre se pensó que serían las generaciones futuras las que cargarían con toda la pena, que sería dentro de muchos años cuando el planeta dijese basta, pero se equivocaron y ahora todas sus riquezas se habían convertido en papel mojado.

Elías permanecía tirado en el suelo; durante un

momento pareció que estaba muerto o en coma, pero ahora le daban continuas convulsiones y le salía espuma por la boca, como si le estuviese dando un ataque epiléptico. Un zumbido fuerte se escuchaba por toda la casa; era un sonido que parecía provenir del interior de la reliquia, la cual permanecía tirada en el suelo junto a Elías.

—¡Tenemos que pedir una ambulancia o este chico se va a morir! —gritó León.

—Pu, pu, pues si se mue, muere me, me, mejor así ahorro munición —le respondió Cagalubias.

La situación se estaba poniendo muy fea; estaba llegando la noche y el agua no paraba de caer; los policías, en el exterior, estaban con el agua por las rodillas, aunque esto parecía no amedrentarlos. La imagen era casi surrealista; los policías intentaban guarecerse de la lluvia al tiempo que se cubrían detrás del coche, pero el nivel de agua había subido tanto que se veían obligados a sujetar el coche con las manos, ya que este comenzaba a flotar y parecía querer irse con la corriente.

Al principio, en la oscuridad de la noche, se oían sonidos de alarmas y sirenas que se disparaban. Eran las pocas alarmas que aún funcionaban al alimentarse por baterías; pero en poco tiempo, todas callaron y la noche quedó en silencio. Un silencio que era llenado por el sonido de la lluvia. Una serenata de infinidad de sonidos, sonidos que se producían al chocar el agua contra diferentes superficies y objetos. La oscuridad junto con la lluvia creaba una especie de cortina gruesa, como una mampara que parecía extenderse alrededor de uno, haciéndolo sentir sitiado, aislado del resto del mundo, como si todo el mundo no fuese más grande de un par de metros alrededor de uno mismo. Un hecho

que parecía curioso era que bajo la lluvia toda la vida parece desaparecer. Cuando el sol brilla en el cielo, se ve un gran bullicio por toda la ciudad. Las personas y los animales parecen repartirse el escaso espacio libre. Ahora que la noche junto con la lluvia lo cubrían todo, parecían haber desaparecido todos los seres vivos. La lluvia caía constantemente sin disminuir su intensidad, lo único en lo que se producían algunas variaciones era en el viento. Cuando este soplabá, las gotas de agua parecían caer en todas direcciones. En aquella oscura noche cualquiera perdía la noción del tiempo, haciendo parecerle a uno los minutos horas y las horas días.

—Mira, será mejor que entreguemos al chaval a la policía, no es lo mismo que nos acusen por atraco que por asesinato.

Cagalubias escuchó sin decir nada. León se arrepentía de haberse metido en aquel lío, él no era ningún ladrón, siempre había sido honrado y ahora se veía envuelto en dos muertes, la de su compañero Plano y la de su vecino Elías. Su paciencia se agotaba, no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por las locuras de un toxicómano que parecían agravarse por momentos. Tenía que hacer algo, él no era ningún justiciero, ningún héroe, pero no podía quedarse esperando a que Cagalubias dejase morir a Elías. Cagalubias estaba totalmente fuera de sus cabales y podía fácilmente empeorar la situación al herir o matar a alguien; así que a pesar de no ser un hombre de acción, León fue tramando un plan en su mente y esperó el momento preciso para llevarlo a cabo. En el momento que Cagalubias se distrajesse le sorprendería atacándole por la espalda y le quitaría el arma; una vez reducido, los policías se podrían en-

cargar de llevar a Elías a un hospital. Esto último no estaba muy claro, pues la situación fuera parecía no ser muy buena, puesto que el agua continuaba cayendo abundantemente.

Ahora era el momento; ahora era el momento que León había estado esperando. Cagalubias observaba lo que sucedía fuera por una de las ventanas de la habitación y se encontraba distraído, sin prestar atención al interior de la casa. León se dijo: ahora o nunca, y entonces se abalanzó sobre él cogiéndole por el cuello; le sujetó por detrás con un brazo rodeándole el cuello y con la otra mano intentó quitarle la escopeta, pero el hombre era puro nervio y León no era capaz de hacerse con él. La situación era crítica, pues en el forcejeo para conseguir el control del arma, llevaba el cañón de un lado para el otro, pudiéndose disparar en cualquier momento; era parecido a jugar a la ruleta rusa. León apretó con fuerza los dientes y tiró del arma; en ese mismo instante sonó un disparo: el arma se había disparado y León notó quemazón en el estómago; después, las piernas le flojearon haciéndole caer al suelo. El impacto de los perdigones dio de lleno a León, en un principio ni siquiera se dio cuenta; después, debido al esfuerzo, perdió el color rojo de su cara y se volvió blanco como la leche, se retorció en el suelo de dolor, mientras Cagalubias se reía de él.

Sonó un ruido, primero como un silbido, luego se transformó en una especie de sonido como el que tocan los aborígenes australianos con una caña hueca; después un ruido castañeante, y de los desagües de la casa, tanto del fregadero como de los del cuarto de baño, salió disparado a presión un fuerte chorro de agua sucia que alcanzó el techo. Los desagües de la

parte alta debían de haberse quedado colapsados, y la presión provocada por el gran caudal de agua que bajaba de la parte alta de la ciudad hizo que saliese agua a presión por las cañerías. Del inodoro salía una enorme cantidad de agua, un agua pestilente que llenó la casa de un olor nauseabundo. León y Elías seguían tirados en el suelo y el agua los alcanzó. Toda la casa quedó cubierta por un gran charco. León se retorció de dolor; los perdigones de la escopeta le habían agujereado las tripas y apretaba las manos contra ella mientras la sangre le chorreaba entre los dedos. Los policías no se enteraban de lo sucedido en la casa, pues la lluvia que caía con fuerza y el estruendo provocado por las gotas al caer sobre el agua, no dejaban oír apenas nada. La lluvia era tan densa que formaba una especie de cortina y no dejaba ver más allá de unos metros.

Elías, que parecía muerto, comenzó a convulsionarse; de su boca primero salió un largo grito de bajo volumen, que después se hizo más potente; luego calló unos segundos y a continuación comenzó a hablar en lenguas extrañas, idiomas tan antiguos que ningún hombre recordaba ya, palabras tan viejas que hacía miles de años que nadie las pronunciaba.

De la antigua reliquia comenzó a salir una luz, una luz caliente que fue aumentando de potencia; la vieja estatua se tornó rojiza por las altas temperaturas y de ella comenzó a salir un humo blanco; después, la estatua se derritió por completo dejando a la vista un objeto, un artefacto de un metal extraño, algo que no tenía comparación con cualquier máquina fabricada por el hombre. El extraño artefacto comenzó a emitir un silbido, un fuerte pitido que dejó sordos incluso a los policías que se encontraban en el exterior. Elías se

convulsionaba y su cabeza daba golpes contra el suelo. El motorista de la policía planeaba entrar a la casa y discutía cómo hacerlo con el capitán, mientras permanecían en el agua, que ya les llegaba por encima de la cintura.

El plan era el siguiente: mientras el capitán mantenía su posición, llamando al secuestrador por megafonía, él entraría por una de las ventanas posteriores de la casa, aunque entrar por una de esas ventanas redondas no parecía nada sencillo. Cuando se disponían a poner el plan en marcha, un ensordecedor pitido, mil veces más potente que el silbido de un tren, sonó dentro de la casa, haciendo a los policías taparse los oídos.

En el interior de la casa, el suelo y las paredes comenzaron a vibrar; León se retorció aún de dolor, mientras que Cagalubias se había vuelto completamente loco y no hacía más que hablar solo, como si discutiese con un fantasma. El sonido cesó y los policías se dispusieron de nuevo a llevar a cabo el plan; la situación requería medidas excepcionales; no podían seguir esperando; la noche estaba ya llegando a su fin.

El motorista de la policía se acercó a rastras avanzando sigilosamente; en algunas zonas casi tenía que nadar recto bordeando la casa por debajo de las ventanas frontales de la misma. Ahora, para no ser descubierto, el capitán tendría que distraer al secuestrador; así que cogió el megáfono en sus manos y comenzó a hablar, pero no se oía nada; el megáfono se había empapado de agua y no funcionaba; entonces comenzó a dar voces para llamar la atención del secuestrador que se encontraba en el interior de la casa. Cagalubias, no parecía estar en este mundo, no escuchaba nada, seguía discutiendo y peleando con unos seres que solo

él podía ver; utilizaba la escopeta para lanzar golpes al aire, como si se defendiese de insectos voladores de gran tamaño. Después comenzó a patalear, gritando que se los quitasen de encima y comenzó a golpearse las piernas con el cañón de la escopeta, flagelándose las extremidades.

El capitán de policía gritaba con más fuerza pero nada, nadie le hacía caso; tenía que conseguir llamar la atención del secuestrador, pues para entrar su compañero por una de las ventanas posteriores, tendría que romper el cristal y este ruido llamaría la atención del secuestrador, que podía terminar matando a los rehenes e incluso al propio policía si le pillaba antes de conseguir pasar por la pequeña ventana. Por más voces que daba, estas no surgían efecto; finalmente, al ver la silueta del secuestrador tras una de las ventanas, cogió el megáfono en sus manos y lo lanzó con fuerza, rompiendo el cristal con el impacto y entrando este en el interior de la casa.

—¡Vo, vo, voy a ma, ma, matar, matarle! —le gritó Cagalubias al policía.

Por fin algo daba resultado: había conseguido captar la atención del secuestrador y ahora comenzaría a negociar con él. El secuestrador aún pedía el dinero por el rescate y un helicóptero; el capitán de policía le explicaba que ya estaba el helicóptero en camino y que el dinero estaba listo en bolsas como les había pedido. Tenía que contar lo que fuese, con tal de dar el tiempo suficiente para que su compañero entrase en la casa. Mientras hablaban, se escuchó un ruido de cristales rotos, entonces el capitán captó la atención de Cagalubias, preguntándole si el dinero podía ir en billetes de diferentes tamaños. Al mismo tiempo, el mo-

torista de la policía se arrastraba hasta llegar a la parte trasera de la casa; luego se paró debajo de una de las ventanas; se lió la chaqueta en el brazo y dio un golpe con él contra el cristal de la ventana; esta se hizo añicos y los cristales cayeron al suelo por el interior de la casa, produciendo un estrepitoso ruido. El policía quedó paralizado, pues el escándalo de los trozos de cristal caídos por el suelo podían alarmar al secuestrador y provocar que este tomase represalias con los rehenes. Escuchó atentamente en silencio, y escuchó al capitán de policía hablando con el secuestrador; esto significaba que no se había enterado y podía seguir con su misión.

Entrar por la ventana no fue tarea sencilla; el policía era muy corpulento y la ventana era muy pequeña, con lo cual al deslizarse a través de ella quedó atrapado unos instantes; entonces se detuvo un momento y se movió lentamente, para lograr que los músculos se relajasen y disminuyesen su grosor. Entró en la casa que estaba prácticamente a oscuras; sólo la luz que llegaba de la habitación donde se encontraba el secuestrador iluminaba muy tenuemente el resto de la estancia. El suelo estaba cubierto por más de un palmo de agua; esto complicaba las cosas, pues al no ver dónde pisaba podía tropezar con cualquier cosa. Se acercó con cautela hasta la puerta de entrada de la habitación donde se encontraban los rehenes. En el fondo de la misma, asomado por una ventana, se encontraba el secuestrador, que seguía hablando con el capitán de policía. La habitación estaba iluminada con una luz rojiza que provenía del extraño objeto que se encontraba en el suelo.

El artefacto comenzó a emitir de nuevo un sonido

estridente, un sonido penetrante, que hizo al secuestrador y al policía tener que taparse los oídos con las manos, pero aun así, el sonido ahora sonaba con más potencia que nunca y era insoportable. Cagalubias y León comenzaron a sangrar por los oídos. Elías comenzó a convulsionarse de nuevo, los espasmos musculares le hacían salpicar el agua del suelo por toda la habitación. Cagalubias chillaba debido al dolor producido por el fuerte sonido. El policía que se encontraba también bastante cerca del artefacto, no pudo mantenerse en pie, y al caer al suelo fue visto por Cagalubias. Elías dejó de convulsionarse, los movimientos espasmódicos terminaron, quedando tumbado en el suelo, como si estuviese muerto; entonces el sonido cesó nuevamente.

Elías abrió los ojos; en ese mismo momento Cagalubias levantó rápidamente la escopeta que sostenía en su mano y apuntó al policía que intentaba levantarse del suelo, apretó el gatillo y disparó; los proyectiles disparados salieron a gran velocidad del cañón de la escopeta en dirección al policía, pero rápidamente perdieron velocidad y cayeron al suelo. Elías se incorporaba despacio; parecía mentira pero se encontraba en buen estado. Entonces Cagalubias le apuntó y justo cuando iba a realizar un nuevo disparo, cuando la presión estaba llegando al punto necesario para disparar el percutor, el policía corrió a toda velocidad por la habitación hasta alcanzar el rostro de Cagalubias con un tremendo puñetazo; el secuestrador voló por los aires y de su boca salieron disparados cuatro dientes; luego cayó al suelo como un saco de cemento arrojado desde lo alto de un camión.

De María

LA NOCHE dio paso a la mañana y el grupo de supervivientes se mantenía unido y completo, el agua seguía cayendo en una lluvia incesante, pero esto ya no importaba. Sin más, del mismo modo que comenzó a llover, la lluvia se detuvo, el incesante ruido de las gotas golpeándolo todo cesó, haciéndose el silencio, un silencio que fue roto por las voces de alegría que soltaban los supervivientes, una alegría imposible de superarse por cualquier otra cosa en la vida.

Después de unos momentos las nubes se disiparon dejando a la vista un sol reluciente. El agua fue desapareciendo rápidamente, como de un pantano al que se le abren las compuertas, desapareciendo y dejando al descubierto la tierra, una tierra llena de escombros, de pedazos de cosas, como un campo de batalla después de la guerra.

Nadie excepto María echó en falta al compañero canino, durante toda la noche había permanecido en el agua con ellos, dando de vez en cuando alguna vuelta al grupo de gente, observando con detalle que no faltase nadie, como haría un perro pastor con el rebaño. A María le había caído bien desde un principio; esto tampoco era raro en ella pues le encantaban todos los animales, el caso es que con este había sentido algo un tanto especial, como si el perro fuese suyo y ya se había hecho a la idea de quedarse con él, incluso pensó

que sería divertido pasear con él por el bosque cuando las cosas volviesen a la normalidad.

María preguntó al grupo por el perro; todos coincidían en que lo habían visto hacía unos instantes, pero que al cesar la lluvia había desaparecido sin más, sin dejar rastro alguno. Era un perro muy listo y no tendría problema en conseguir encontrar a su dueño, pensó María. Después de sobrevivir a una catástrofe de este tipo, uno no parece reaccionar de forma lógica, nadie sabía lo que se le podía pasar por la cabeza a los supervivientes; solo se podía ver sus caras de felicidad, recalcadas por la profundidad de sus miradas, en las que habían quedado grabadas las imágenes de la tragedia.

El grupo se disolvió en cuanto el agua disminuyó lo suficiente como para poder caminar con seguridad sobre el suelo. Cada uno tomó una dirección, un nuevo rumbo que les hacía retomar sus vidas.

La reliquia

LA NOCHE terminaba y llegaba el nuevo día, pero este no comenzaba con ninguna diferencia; el agua seguía cayendo con fuerza y la ciudad estaba completamente inundada, las zonas mas bajas de la ciudad quedaban ahora sumergidas bajo las aguas. Toda la ciudad era un completo caos; los supervivientes se refugiaban donde podían, encaramándose a los árboles o los tejados de las casas.

León continuaba retorciéndose en el suelo, la sangre le chorreaba entre los dedos y se mezclaba con el agua de la habitación, tiñéndola de rojo. Elías se incorporó, se puso en pie y del extraño artefacto volvió a salir un agudo sonido; esta vez sonaba con menos intensidad; luego comenzó a emitir una luz azulada que iluminó todo el cuarto. La sangre de León que se mezclaba con el agua y que flotaba sobre ella, dejó de expandirse, comenzando a volver de nuevo a su cuerpo, como si fuese una película en posición de rebobinado. En poco tiempo toda la sangre entró en el cuerpo de León y después de esto la herida se cerró. León se miró las manos, pero ya no las tenía manchadas de sangre; luego se miró la herida, pero solo encontró un roto en el jersey; no quedaba ni rastro de la herida. Se incorporó lentamente; se puso en pie sorprendido por no estar herido, y se palpó el cuerpo con las palmas de las manos, comprobando que realmente se encontraba bien.

No sucedió lo mismo con Cagalubias, ya que sus dientes no regresaron a su cuerpo. El motorista de la policía avisó al capitán, que aún se encontraba fuera de casa; el hombre entró rápidamente. Comenzó entonces un montón de extraños sucesos: el primero fue la milagrosa sanación de León; después Elías miró hacia arriba, al techo de la habitación, pero como si pudiese ver a través de este, como si estuviese mirando directamente al cielo. En ese momento la lluvia cesó, el agua dejó de caer, igual que al terminar de ducharse se cierra el grifo. Después, las nubes se disolvieron y el sol brilló con fuerza en lo alto. Elías sonrió.

El capitán de policía entró en la casa y se quedó sorprendido ante la escena, ante aquel extraño artefacto que emitía aquel sonido y aquella luz azul ahora tenue.

—Póngale las esposas a este que yo me encargo del otro —dijo el motorista al capitán señalando con la mano a Cagalubias. En ese momento, Elías se acercó al policía mirándole fijamente, después de observarlo con detenimiento dijo:

—¡Ratón! ¡Ratón!, ¿eres tú?

—Creo que se encuentra usted confuso debido al *shock* que ha padecido —le contestó el motorista. Era un hombre grandullón, de aspecto rudo, con unas manos enormes, que habían hecho volar a Cagalubias por el aire de un mamporro, dejándole la boca lista para poner una dentadura de plástico, de esas que van todos los dientes unidos de una pieza. El capitán de la policía esposó al secuestrador, que no opuso resistencia, salvo soltar algunos quejidos de dolor al apretar las esposas. El capitán le ayudó a ponerse en pie, tirando de él por debajo de un brazo; luego salieron de la casa y se diri-

gieron al coche, que aún se encontraba en la entrada.

Las aguas habían bajado mucho su nivel y a una velocidad sorprendente, pero aún cubrían las ruedas del coche y al abrir la puerta trasera para que el detenido entrase, salió una gran cantidad de agua del interior. El motorista de la policía se había quedado dentro de la casa observando a León; después de observarle durante algún tiempo dijo:

—Creo que hoy todos hemos comenzado una nueva vida, habrá mucho trabajo que hacer en la ciudad; sé que serás útil.

Y sin decir más, le dejó marchar. Podría habérselo llevado preso, pero de qué serviría eso; en el fondo no era un mal hombre y ahora necesitarían mucha gente para ayudar a las víctimas, y más tarde para reconstruir la ciudad. Así que León se alejó hacia el fondo de la casa, saliendo por la ventana por la que anteriormente había entrado el policía.

En todo este tiempo, Elías continuaba observando al policía minuciosamente. Cuando se encontraron los dos solos en el interior de la casa, el hombretón le miró directamente a los ojos y le sonrió, después dijo:

—Elías, guárdame el secreto, desde la guardería solo mi madre me sigue llamando Ratón.

Elías le devolvió la sonrisa mientras se dirigía hacia la puerta de salida y al pasar cerca del policía le puso la mano sobre el hombro unos instantes, después salió de la casa.

De Elías

BAJÉ LOS escalones que daban acceso al porche de la casa; el capitán de policía hacía lo posible por sacar el agua del coche, antes de meter al detenido; detrás de mí quedaba mi viejo amigo de la guardería, Ratón; al bajar el último peldaño del porche estiré mi pierna para dar el siguiente paso; la acera estaba inundada, pero al llegar el pie a la altura del agua, esta se desplazó hacia los lados dejando la acera totalmente seca; puse el pie sobre ella y continué avanzando, paso tras paso; las aguas se apartaban dejando el camino libre a mi paso, y formaban como una especie de ola que continuaba hasta donde alcanzaba la vista.

La reliquia

MI CÉLULA principal de energía había quedado dañada durante las guerras en china, debido a lo cual mi funcionamiento era más limitado, teniendo que funcionar con la célula de energía secundaria; el funcionamiento no era correcto y no podía controlar con precisión los parámetros por los que regía el planeta. Debido a esta falta de precisión en mis cálculos matemáticos el planeta empezó a sufrir bruscas variaciones, que muchas veces terminaban en trágicas catástrofes. Los fallos fueron en aumento con el tiempo, pues estos creaban una desconfiguración degenerativa, con carácter acumulativo. Los hijos de «Ojos castaños» aprendieron a vivir con ello y les llamaron catástrofes naturales. Pasé miles de años intentado solucionar el problema, pues me sentía responsable de aquella situación, «Ojos Castaños» me pidió que cuidase de su familia y ahora le estaba fallando.

El problema se incrementó en el años 1979 d. de C. en el que, debido a un absurdo accidente, falló mi procesador central y lo volvió todo confuso; me era difícil ocuparme de las tareas de manutención del planeta, al mismo tiempo que mis pensamientos se entremezclaban con mis recuerdos, formando un mundo de sueños en el que me era difícil diferenciar los sucesos reales de los imaginarios. El planeta se desmoronaría si no encontraba el modo de solucionarlo; tenía que

conseguir unificar todos mis conocimientos para conseguir subsanar el problema, de lo contrario el planeta sufriría continuos cataclismos, terminando con toda la vida que albergaba.

Mis conocimientos sobre la vida eran amplios, pues había seguido el curso de la misma desde que esta apareció en el planeta, así que uniendo toda la información de la que disponía, trabajé día y noche sin descanso, tenía que darles una oportunidad a los hijos de «Ojos castaños».

Entre las soluciones posibles, la más inmediata requería un proceso largo, de al menos treinta años; no sé si habría tiempo suficiente para salvar el planeta, pero ya que era la opción más factible tuve que concentrarme en ella. Necesitaba un ser joven, en edad de reproducción, y por suerte lo encontré cerca. Utilizando mi instrumentación, con la que controlaba la geología del planeta y mediante modificaciones en las frecuencias, pude crear las herramientas necesarias para poder actuar a nivel celular en la joven mujer que vivía a mi lado. Mediante estas transmisiones de radio, creé en su interior un ser, un ser vivo, al que doté de inteligencia para poder llevar a cabo mi trabajo, su capacidad mental se completaría tras su maduración física.

El proceso fue muy complicado pero al cabo de nueve meses nació un niño sano con el que podía establecer un contacto mental, telepático, y al que poco a poco, cada noche, le transmití información de todo tipo, con la intención de que un día pudiese regir el control del planeta, y si los cálculos eran correctos, conseguirlo a tiempo para evitar su destrucción. La candidata fue la perfecta, aquella joven mujer cuidaría del niño hasta que este se hiciese mayor y desarrollase totalmente su

capacidad mental para realizar su trabajo. Las estimaciones no parecían haber sido las correctas, y el planeta se moría más rápido de lo previsto; esto me hizo tener que acelerar el proceso de transmisión de datos, tenía que transmitir cantidades ingentes de información a aquel muchacho, y esto hacía que se colapsase todo su sistema nervioso. Sé que para el joven era una tortura, pero no había otra solución; si no conseguía transmitirle todo mi conocimiento a tiempo, el planeta junto con todos sus seres perecerían.

Durante millones de años todos los seres vivos vivieron en armonía en el planeta, pero en un breve período de tiempo, apenas computable con la historia del planeta, las actividades de los hombres, que no cesaban en su empeño por conseguir riquezas impulsados por la codicia sin medida, habían afectado tanto al planeta que me era imposible contrarrestar sus efectos. Las emisiones continuas de gases a la atmósfera, los elementos químicos altamente tóxicos empleados en la agricultura, la agricultura absurda que requería mucho más de lo que podía dar, como los plantíos de regadío en medio del desierto, la perforación de la tierra en busca de cualquier cosa de valor sin importar los daños ocasionados, llevaron rápidamente a la tierra a un punto en el que la vida en el planeta podía desaparecer para siempre.

Los daños sufridos en mis células de energía auguraban un final catastrófico para el planeta, y el afán insaciable por amasar bienes aceleraron el proceso de tal manera que ahora mi último recurso no estaría preparado a tiempo.

Siempre he creído en «Ojos Castaños» y en sus hijos, y durante largo tiempo había almacenado todos

sus datos, sus pensamientos, todos sus parámetros, guardando sus almas en mi interior, pero ahora todo se perdería como una gota en el océano. Me resistí a este final, me resistí con todas mis fuerzas, procesando todo lo que me era posible, intentado encontrar la fórmula para salvar a los hijos de «Ojos Castaños», pero el tiempo se acababa, apenas quedaban ya horas o tal vez días. Los mares embravecidos lucharon, chocando los unos con los otros; la tierra se abría separándose y tragándose todo lo que se encontrase sobre ella, los vientos soplaban con tanta fuerza que nada podía permanecer en la superficie de la tierra, el calor interno de la tierra, su propia sangre, era vomitada por volcanes. En otras zonas el agua lo cubrió todo tragándose lo que encontraba a su paso; otras zonas eran aplastadas por el peso de la nieve y el hielo.

Tenía que conseguir terminar el proceso, tenía que conseguir nueva energía, tenía que conseguir recuperar el control del planeta. ¿Por qué sucedía esto? ¿Acaso era la primera vez? ¿Nunca antes en otros mundos había sucedido lo mismo? ¿Cómo era posible sobrevivir a esta era industrializada en la que sólo importaban los beneficios económicos? No entiendo cómo los jardineros no habían tenido esto en cuenta, de qué servía ahora mi esfuerzo, para qué tanto trabajo durante tanto tiempo si ahora todo se destruía en un abrir y cerrar de ojos ¿De qué servían mis esfuerzos? ¿Por qué me dejaron a mí a cargo del planeta si finalmente no podría hacer frente a los daños producidos por los seres que lo habitaban? Como fuese, haría lo que estuviese en mis manos para no perder tantas maravillas; no podía dejar en el olvido eterno las almas de los hijos de «Ojos Castaños», no podía dejar que desapareciesen en el

espacio y en el tiempo, como si nunca hubiesen existido, como si nunca hubiesen vivido. Ahora tenía que trabajar más allá del límite de mis posibilidades. Si el tiempo no dejaba terminar mis cálculos con precisión, tendría que hacer estimaciones, aproximaciones, conjeturas, algo para lo que una máquina lógica no estaba preparada, algo que se oponía a todos mis principios de programación; pero ahora era necesario que trabajase más allá de esos parámetros, tenía que conseguir alcanzar mi último recurso.

Un nuevo golpe sobre mi estructura separó la antigua cabeza de barro, que rodó por el suelo, esto produjo nuevos daños en mi sistema, ya muy deteriorado, así que esta era mi última oportunidad, tenía que transferir todos mis datos sin esperar un instante. Elías se encontraba cerca de mí y procedí a transmitirle todo el proceso, todos los datos a la vez, esto colapsaría su sistema nervioso y podría matarlo o dejarlo en un estado catatónico irreversible, pero ahora ya no se podía hacer otra cosa, era ya la última oportunidad. Durante años Elías había recibido toda mi información continuamente cada noche, y finalmente el tiempo se había agotado, ahora solo quedaba la última transmisión, y con suerte, Elías adquiriría todo el conocimiento para solucionar el mal estado del planeta. Si no lo lograba, todos los seres vivos de este planeta desaparecerían sin dejar rastro, perdiéndose todos sus datos, su historia, su alma, como si nunca hubiesen existido.

Concentré toda mi energía en una única transmisión, esto provocó un sonido ensordecedor y toda la energía salió disparada iluminando durante unos segundos un gran radio de las cercanías.

La relativa velocidad de la luz

HEMOS TOMADO como campo de referencia la velocidad de la luz. Pero lejos de ser una constante esta es variable. Es una velocidad constante para el observador que la mide desde un punto de referencia. Pero aunque nos parezca inalterable, realmente no deja de variar según avanza por el espacio. Hemos tomado como referencia universal la velocidad de la luz, como si esta reemplazase el tiempo, pero no tenemos en cuenta que también el propio espacio está formado por el mismo movimiento de la luz. Esta es al mismo tiempo onda y partícula, a la vez que es espacio y tiempo. No puede viajar a mayor velocidad de lo que lo hace, pero sí puede cruzar una extensión de espacio superior a un año luz en menos de un año. Debido a que ella misma es el espacio, puede manipularlo curvándolo y retorciéndolo, incluso plegándolo. No es necesario que una partícula tenga masa para provocar la curvatura del espacio-tiempo. Si el espacio está comprimido, la luz recorrerá una mayor sección del mismo en menos tiempo, por lo que desde fuera de este espacio comprimido un observador verá que el rayo de luz avanza a más de 300 000 km/s.

Un objeto produce una mayor curvatura en el espacio según aumenta su velocidad. Al plegar el espacio pliega también el tiempo. Así que finalmente un viajero cósmico que viajase por el cosmos aprovechando es-

tas perturbaciones ocasionadas en el espacio-tiempo, podría atravesar grandes distancias en poco tiempo. Podría así viajar hasta el centro de nuestra galaxia y volver sin que hubiesen pasado cantidades enormes de tiempo en este viaje. Podría partir hoy y volver mañana mismo, incluso podría volver antes de haber partido.

Como no necesitamos masa para curvar el espacio-tiempo, podemos utilizar la propia luz para curvarlo, abriendo un agujero de gusano.

Podríamos viajar en una nave lenta y en cambio llegar en el momento que decidamos a nuestro punto de destino.

Nuestra nave podría tener un núcleo central en movimiento donde la luz curvase el espacio provocando perturbaciones en él a nuestro paso. Así, el espacio-tiempo no nos afectaría. Para nosotros todo se detendría y un observador externo afirmararía que nos movemos a mayor velocidad que la luz.

De Plano

LA MAÑANA llegó lentamente, apenas sin percibirse, la noche había sido muy larga y sólo consiguieron sobrevivir gracias a que permanecieron todos unidos, estaban medio congelados y la mañana no parecía augurar mejoría alguna en el tiempo; uno se preguntaba continuamente por qué continuar luchando, pues la tormenta parecía no tener fin, salvo pequeños momentos en los que la tempestad parecía calmarse ligeramente. Hay personas que desisten con facilidad, personas que no están acostumbradas a luchar; en cambio hay otro tipo de personas que en los momentos difíciles no desfallecen y brillan con una luz especial, desprendiendo una energía que irradia fuerza en los demás, así era María, una persona que físicamente parecía frágil, pero que en los momentos difíciles se llenaba de una fuerza sobrehumana. Plano no se quedaba atrás, solo que en Plano no podía llegar a entenderse, uno no se daba cuenta de su fortaleza, era como una piedra, algo así como una tortuga, y uno, al ver su forma lenta de actuar y de pensar podía creer que no era muy inteligente, pero en este caso como en tantos otros, el plan de la tortuga era mejor que el de la liebre; su determinación era implacable; quizás no pensase con mucha fluidez y hablase mucho peor aún, pero su voluntad era inquebrantable y era una de estas personas que podía mover montañas con una cucharilla de café. María te-

nía que dar ánimo a algunas personas, diciéndoles que luchasen por sobrevivir, y que si no encontraban las fuerzas por sí mismos, que las encontrasen pensando en los familiares que los necesitarían después de esta catástrofe.

Aunque ya era de día, el cielo permanecía oscuro, era como esa especie de maldición que le ocurre a uno en alguna ocasión, cuando se encuentra en una mala situación y desea que el sol aparezca brillando con fuerza en el horizonte, y el calor de este le llene a uno de energía, pero que por mucho que espera ese día parece no amanecer nunca y por mucho que uno espera el sol no sale.

La lluvia dejó de caer con tanta fuerza, pero nadie se percató de ello, después, sin más, dejó de llover; al principio nadie podía creérselo y cuando fueron conscientes de ello comenzaron a dar gritos de alegría; después las nubes se disiparon desapareciendo por completo y mostrando un cielo azul coronado por un sol brillante. Las aguas comenzaron a bajar de nivel rápidamente, como si alguien quitase el tapón de la bañera. Y todos se abrazaron gritando de felicidad, eran supervivientes y eso era lo único importante.

Cuando el agua desapareció del todo, llegó el momento de disolver el equipo de rescate y aunque la situación era crítica en toda la ciudad, cada uno tendría que formar su propio grupo y buscar a los miembros de sus familias. Había mucho que hacer, pero habían aprendido mucho de Plano y María, así que ahora les tocaba a ellos, ahora eran ellos los que tendrían que ayudar a otras personas, y quizás así poder transmitir también lo aprendido. No hubo despedidas, el equipo

se separó sin apenas palabras, todos sentían en su corazón formar parte de una misma familia y sabían que siempre se tendrían cerca para cuando se necesitasen.

Plano caminó con rumbo al motel, caminó mientras observaba la devastación causada por la tormenta: todo estaba patas arriba, uno podía encontrar cualquier cosa sobre la copa de un árbol, incluso algún coche que permanecía en equilibrio entre las ramas. No hablaré ni diré nada sobre la cantidad de seres sin vida que se encontraban tirados por todas partes.

El motel estaba construido en hormigón, de manera que era muy sólido y su habitación se encontraba bastante alta como para que las aguas pudiesen haber llegado. Las personas salían a la calle y comenzaban a formar grupos, el ejército y los bomberos fueron llegando a las calles de la ciudad y formaron hospitales de campaña; todo comenzó a organizarse como en un hormiguero después de la lluvia. Plano pensó que era posible que necesitasen su ayuda, así que cuando ya se encontraba a los pies del motel, dio media vuelta y se dirigió a uno de los hospitales improvisados por el ejército, se necesitaba gente para todo, los grupos de rescate llegaban, dejaban a los heridos y salían de nuevo, enseguida Plano se unió a uno de los grupos y salieron en busca de supervivientes por toda la ciudad.

El trabajo no tenía final, durante muchos días las labores de búsqueda y rescate no cesaron. Poco a poco las aguas fueron volviendo a su cauce, pero ya nada volvería a ser igual, las personas habían cambiado, se habían dado cuenta de que habían sobrevivido por muy poco y de que lo realmente importante en la vida no se encontraba en un lugar muy alto o muy lejano, sino muy cerca de ellos, en las cosas más sencillas y que

el planeta no soportaría que siguiesen maltratándolo.

Los trabajos fueron terminando y Plano volvía a soñar con su embarcadero. Así que semanas más tarde, cuando ya no fue necesario, volvió al motel. Todo estaba cambiado, subió directamente a su habitación sin decir nada en recepción; introdujo la llave en la puerta sin pensar qué podía encontrarse al otro lado, y al intentar girarla esta se bloqueó, la cerradura había sido cambiada, pero esto no era ningún problema para un experto cerrajero como él; así que se dispuso a forzar la puerta, y justo cuando estaba en ello, pasó la empleada del motel por el pasillo; esta le miró y se acercó directamente a él.

—Ya sé de qué le conozco, ahora le recuerdo, de antes del diluvio; sí, sí le recuerdo muy bien, dejó usted unas pesadas bolsas de deporte en el cuarto, se las tengo guardadas.

—Gracias, gracias.

—A propósito, ya sé que a mí no me importa, ¿pero qué guarda en ellas?

—Libros.

Fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Plano.

—Ya sabía yo que era usted escritor, por la vestimenta que lleva.

Plano intentaba salir cuanto antes de esa situación; no le gustaba nada hablar con extraños, pero la mujer continuó hablando:

—Ahora recuerdo de qué le conozco: es usted el hombre que sale por la tele.

Entonces a Plano el corazón le dio un vuelco, era posible que le buscasen por el atraco y que su cara filmada por las cámaras del banco saliese en las noticias;

ahora sí que estaba metido en un buen lío, ¿qué podía hacer?, ¿cómo podía salir de aquélla situación? Lo mejor sería salir corriendo de allí cuanto antes.

—Sí, es usted el que sale en todos los noticieros, el héroe que ha salvado a tantas personas.

Al escuchar estas últimas palabras, Plano puso cara de interesante al tiempo que afirmaba con la cabeza. Parece que la mujer vio algo del atractivo que tenía Plano cuando era joven; no paraba de contarle cosas, y lo cierto es que a Plano le había parecido una mujer preciosa desde el primer momento que la había visto. Continuaron hablando y se fueron conociendo un poco más; resultó que tenían muchas cosas en común; la mujer siempre había tenido la idea de irse de la ciudad; el trabajo en el motel solo era un trabajo temporal; cuando ahorrara lo suficiente quería irse a vivir a una casita en un pueblecito, como los pequeños pueblos que rodeaban el gran lago, un pueblo tranquilo donde poder tener su propio huerto. Ambos se sentían muy bien en compañía del otro, y continuaron charlando durante todo el día y parte de la noche; cuando llegó el nuevo día, se conocían tan bien como si se conociesen de toda la vida; luego hicieron planes en conjunto y decidieron irse a vivir a un pequeño pueblo del lago, donde Plano montaría su pequeño astillero artesanal y ella tendría un huerto, del que obtendría prácticamente todo lo necesario para vivir.

Así fue como sucedió, como a veces un hombre puede cambiar su suerte, como con esfuerzo Plano consiguió realizar su sueño.

Apenas quedaba nada en pie del embarcadero, pero aún permanecía en venta; tendría que hacer una gran labor de restauración, pero por otro lado el pre-

cio ahora era bastante inferior, así que pudo comprarlo junto con la casa que había cerca, donde tenían un amplio terreno perfecto para el emplazamiento del huerto. Aún le quedó dinero para restaurar el embarcadero y comenzar con la construcción de sus embarcaciones, unos magníficos barquitos de madera que Plano construía con dedicación y sin prisas, consiguiendo una perfección y unos detalles que enamoraban a los clientes, que pronto tuvieron que esperar tras una amplia lista.

La reliquia

UNO PIENSA que las cosas son tal y como las recordamos, tal y como las conocemos; uno puede lamentarse de haber llevado una mala vida, toda una vida de trabajo; incluso uno piensa en que mañana tendrá más años que hoy, pero todo esto ocurre solamente en nuestra percepción de las cosas. El tiempo no es lineal; el tiempo es una línea en espiral; la espiral temporal nos viene dada por los movimientos celestiales, movimientos de las galaxias, las estrellas y los planetas. Del mismo modo que la gravedad afecta a las mareas, afecta al tiempo, haciéndolo avanzar en espiral; en una cuenta del paso de los segundos contado por un niño que comienza a aprender los números, en esta espiral después del 1 no va el 2 y luego al 3, es más bien una cuenta casi absurda en la que podríamos saltar del 1 al 7 y luego al 2 y el 3, para nuevamente repetir algunos números como el 1. Esto sucede a una escala temporal muy pequeña, pero los efectos pueden ser enormes si la espiral es afectada por alguna gran masa, puede cambiar el tamaño de sus anillos deformándose y dar saltos aún mayores en el tiempo. Si un gran cuerpo celeste pasa cerca de nosotros, como un cometa o la cercanía de un gran planeta en sus períodos habituales de rotación, esta espiral se deforma por la atracción de su masa gravitatoria, haciéndonos saltar en el tiempo sin una secuencia lógica; así, un hombre que hoy

tiene cuarenta años, mañana puede tener veinte y al siguiente día setenta, pero en cada instante sólo puede observar el tiempo pasado y no el futuro, por lo que creará que la línea temporal de su vida siempre ha sido recta.

Uno puede lamentarse por llevar una mala vida, una vida de trabajo constante, pero puede ser que el día anterior fuese millonario. Entonces uno puede pensar: ¿por qué estudiar historia, si mañana Napoleón jamás habrá existido? Pero para nosotros siempre parecerá lineal, y de todos modos estos saltos temporales no suelen ser tan amplios, son usuales en fracciones de segundo, pero no en años o siglos, aun así, lo que hagamos hoy difícilmente lo podremos cambiar mañana; y por otra parte, si pensamos que lo que aprendamos hoy no nos servirá mañana, esto no debería preocuparnos, pues todo el mundo trabaja y ahorra dinero, compra una casa y un buen coche, ¿pero para qué si uno sabe que mañana puede estar muerto?

¿Cómo podríamos percibir estos saltos en el tiempo? Necesitaríamos una máquina capaz de viajar más rápidamente que la velocidad de la luz, y que fuese tan ligera que no fuese afectada por la gravedad; esta maravillosa máquina está a nuestro alcance y la utilizamos en cada instante: es nuestro pensamiento, nuestra imaginación y nuestros sueños; quizás por eso, al levantarse, uno puede tener la sensación de haber viajado en el tiempo o haber sido otra persona; es posible que al ser los pensamientos tan rápidos y ligeros, no estén atados a nuestra percepción temporal y sean capaces de traernos recuerdos de la línea temporal por la que avanzábamos ayer, y recordar, por ejemplo, que ayer teníamos ochenta años y hoy tenemos catorce.

«Ojos Castaños» pasaba largas horas observándome; no sé lo que vio en mí; quizás los reflejos que el sol producía sobre mi estructura metálica captaron su atención. Le encantaba sentarse en la hierba frente a mí y observarme detenidamente; lo cierto es que a mí me encantaba observarla. Era de estatura pequeña, no llegaba al metro y medio, y era delgada, tenía una piel morena que solía llevar cubierta con pieles de animales para protegerse del frío; también llevaba diferentes adornos en el pelo dependiendo de la época del año: en primavera solía trenzarse algunas flores, y en invierno algunas cintas tintadas de colores; además, solía llevar algún adorno colgando del cuello a modo de collar; normalmente, alguna tira fina de cuero, y como joya, alguna concha o figurilla de barro que ella misma modelaba con sus manos. Pertenecía a una tribu que se había establecido cerca de mi posición, en unas cuevas poco profundas que utilizaban como hogar. «Ojos Castaños» tenía una mirada intensa y observaba todo con curiosidad, intentando comprenderlo todo, respetándolo como si todo formase parte de un mundo mágico; observaba el movimiento en las copas de los árboles provocado por el viento; sostenía sobre su mano insectos con cuidado de no dañarlos y, después de observarlos, intentando comprender qué eran, los devolvía de nuevo a la tierra.

También le encantaba observar los pájaros e imitarlos; se ponía a correr en círculos a mi alrededor, estirando los brazos y moviéndolos arriba y abajo, como si fuese un ave. En primavera crecía una hierba alta en la pequeña pradera que se encontraba a mi izquierda,

una pradera de hierba verde y alta, plagada de dientes de león. A «Ojos Castaños» le encantaba saltar sobre la hierba y con sus saltos se llenaba todo de las semillas de los dientes de león, que eran arrastradas por la suave brisa de primavera. Aquella bella criatura era incansable y podía tirarse horas saltando y jugando a atrapar las semillas de los dientes de león que revoloteaban con el viento; cuando las semillas ascendían, «Ojos Castaños» dejaba de saltar y se quedaba quieta, de pie, con la cara hacia arriba, los ojos cerrados y esperando en silencio. Entonces algunas semillas empezaban a descender suavemente y caían sobre su cara acariciándola; me hubiese gustado poder notar aquella sensación, sentir cómo las suaves semillas caían sobre mí como plumas; en algunas ocasiones alguna semilla le entraba en la nariz y la hacían estornudar; eso me parecía muy gracioso, porque «Ojos Castaños» se quedaba muy sorprendida, con gesto de preguntarse qué era lo que había ocurrido.

Menos los días de lluvia, «Ojos Castaños» venía a verme siempre; era algo que me hacía ilusión y cuando el día despertaba soleado, la esperaba hasta que la veía aparecer subiendo la pendiente que llegaba hasta mi posición; por lo general solía subir tarareando alguna melodía y saltando al caminar

La llegada de la primavera era una época espectacular; las aves migratorias me sobrevolaban en enormes bandadas; los almendros en flor junto con las bandadas de aves eran signo inequívoco de que la primavera estaba a punto de llegar; en primavera todo se llenaba de color y de sonido, los pájaros y las ardillas iniciaban sus rituales de cortejo y todo estaba plagado de vida. «Ojos Castaños» observaba siempre

con asombro el maravilloso mundo que nos rodeaba. Algunos días pasaba la tarde junto a mí, y en verano se quedaba hasta el oscurecer; entonces, se tumbaba en la hierba y contemplaba el firmamento; la luz de las estrellas era brillante y se podían contemplar con gran detalle las constelaciones. Yo a veces miraba el sistema binario, que era el hogar de los jardineros e imaginaba los nuevos mundos a los que estarían dando vida. «Ojos Castaños» observaba las estrellas a través de aquel cielo claro, limpio y cristalino; alzaba la mano y señalaba una estrella, luego la desplazaba señalando otra y así sucesivamente hasta formar una figura; era un juego mágico, pues al terminar de hacer la figura esta quedaba iluminada en el firmamento; después se iba apagando suavemente hasta desvanecerse por completo; entonces dibujaba una nueva figura, y así sucesivamente.

En invierno, a la altura a la que yo me encontraba, todo se cubría de blanco por la nieve; era curioso cómo la nieve virgen recién caída se llenaba de huellas, de la misma manera que se llena de letras una página en blanco; los animales esperaban en sus madrigueras hasta que dejaba de nevar, y luego salían con prisa, ansiosos por ver aquel magnífico paisaje; todo se cubría de un manto blanco, un manto de una blancura perfecta, y «Ojos Castaños» quedaba muy sorprendida con aquel paisaje; con las primeras nevadas se emocionaba y le encantaba salir a saltar sobre la nieve; otras veces cogía un puñado de nieve en las manos y lo apretaba con fuerza, compactándolo y luego lo lamía saboreándolo.

Cuando se hizo más mayor, emitía sonidos y hacía gestos, intentando comunicarse conmigo, pero en mi

programa no existían datos que me permitiesen comunicarse con ella. En un principio los hombres inventaron el lenguaje para comunicarse los unos con los otros y con el tiempo lo perfeccionaron tanto que las personas dejaron de hablarse por miedo a equivocarse.

Cuando «Ojos Castaños» se hizo más mayor, emitía sonidos y hacía gestos intentando comunicarse conmigo. Le encantaba ver cómo crecían las plantas, ver cómo, donde antes no había nada, más que tierra, depositando unas semillas poco a poco crecían plantas con hermosas flores y árboles con dulces frutos; así que cada vez dedicó más tiempo a ello, maravillándose de ver crecer aquellos hermosos árboles. Plantó diferentes especies y llegó a crear maravillosos jardines, entre los que paseaba con satisfacción contemplando aquel precioso tamiz de la naturaleza. Tuvo una gran familia y enseñó a sus hijos los cuidados que la tierra requería, los cuidados que las plantas necesitaban y les hizo comprender cómo con tan poco esfuerzo, la naturaleza se lo agradecía ampliamente. Si uno daba de beber a la tierra, esta le devolvía a uno el favor proporcionándole alimentos.

No sé en qué momento o por qué causa «Ojos Castaños» comenzó a comportarse como los jardineros; pasó de observar la naturaleza a interactuar con ella, dando vida a nuevas plantas. Supongo que después de contemplar mucho, de observar con detenimiento todos los seres vivos, despertó en ella un profundo respeto por todos ellos; vio en aquellos seres algo con lo que se identificó; quizás los tomó como hermanos, o incluso como maestros, pues observando a muchos animales fue como aprendió a crear aquellos preciosos jardines. A veces la persona más sabia tiene

mucho que aprender de una hormiga o de un jilguero.

Creó bosques de almendros y cerezos, que cuando florecían lo llenaban todo de color; la aparición de sus flores era la señal inequívoca de la llegada de la primavera; cuando las flores maduraban, sus pétalos se desprendían, unos pequeños pétalos, de colores blancos como la nieve que volaban grácilmente con la ligera brisa. «Ojos Castaños» paseaba bajo las copas de aquellos árboles con los ojos cerrados, la cara mirando hacia el cielo y las manos extendidas como si fuesen alas. Los pequeños pétalos de las flores caían sobre ella y caminaba sobre ellos, sobre una tierra empapada de agua, que al caminar se notaba blanda bajo los pies desnudos, un caminar suave sobre pétalos de flor que se asemejaba a caminar sobre plumas.

El tiempo pasó rápidamente para mí, tan rápido como llega el verano y se marcha; así de rápido vi envejecer a «Ojos Castaños»; ya no subía dando saltos ni jugando; ahora parecía costarle mucho subir la pendiente y sus ojos parecían ir apagándose lentamente; aquella mirada inquieta se iba cristalizando, se iba congelando como el agua estancada en el frío invierno.

Amaneció el día con una fuerte lluvia y el suelo empapado de agua se llenó de barro; entonces vi subir la cuesta a «Ojos Castaños»; subía lentamente; luego se acercó a mí, me miró unos instantes y se agachó para meter sus manos en el barro; luego las juntó llenándolas de barro y lo acercó a mí; me miró nuevamente y comenzó a poner el barro sobre mi estructura, una y otra vez realizó esta misma operación, hasta conseguir formar una figura sobre mí, una figura con forma humana; dejó mis cámaras de registro visual sin cubrir y parecían unos ojos de cristal incrustados en la

figura de barro. Después de terminar la escultura, se detuvo de nuevo para observarme y acto seguido se marchó. El sol salió de entre las nubes y solidificó el barro sobre mí.

Días más tarde vi subir la cuesta de nuevo a «Ojos Castaños»; era ya una mujer muy anciana y subía acompañada de varios componentes más jóvenes de su misma especie. Se acercaron a mí, y «Ojos Castaños» me señaló con la mano al mismo tiempo que emitía unos sonidos con la boca; entonces todos los miembros de la tribu me miraron; «Ojos castaños» le hizo un suave gesto al miembro que la sostenía agarrada de un brazo, para ayudarla a mantener el equilibrio, y este la soltó; tambaleándose, «Ojos Castaños» se acercó a mí llevando en sus manos unas flores y las puso junto a mí; entonces agachó suavemente la cabeza y todos los miembros de su clan hicieron lo mismo; después de esto me miró y comenzó a decir unas palabras; no entendía su idioma pero supe perfectamente lo que me quiso decir; sabía que su vida estaba llegando a su fin y me daba las gracias a mí por haber podido ver tantas maravillas a lo largo de su vida; me agradecía a mí el don de la vida y me mostraba a sus descendientes para que yo cuidase de ellos cuando ella no estuviese.

Nunca nadie me había tratado así, ni siquiera mis creadores los jardineros; aunque yo era una máquina y todas mis funciones se desarrollaban a través de procesos matemáticos, la velocidad de mis procesos era tan rápida que creaban (podríamos llamarlo) alma o inteligencia artificial, lo que hacía darme cuenta de mi propia existencia, y por lo tanto tener conciencia de mí mismo. Realmente me encontré mal ante aquella situación, pues yo no podía hacer nada para ayudar a

«Ojos Castaños»; me hubiese gustado poder al menos comunicarme con ella, poder decirle que me había gustado mucho su compañía, que me había hecho pasar muchos buenos momentos tan sólo con observarla, pero no podía comunicarme con ella, no tenía ningún dispositivo que pudiese emitir sonido.

Vi a «Ojos Castaños» por última vez aquel día y aún sueño con ella a menudo, pues a pesar de ser una máquina, por las noches realizo una compilación de los datos recogidos y mientras realizo este proceso, me llegan a la mente las imágenes del pasado como en sueños. Yo que estuve aquí desde el principio y continuaré hasta el final, no dudaría un segundo en cambiar mi inmortalidad por un alma mortal, poder sentir el sol en la piel, poder escuchar el viento, poder sentir la lluvia caer sobre el cuerpo y respirar el aire cargado de perfumadas fragancias de las flores en primavera.

—Ahora sé que siempre estuviste a mi lado, sé que nunca has dejado de mirarme, ahora sé por qué nunca me sentí solo, porque siempre me estuviste hablando. Ahora sé, padre, que siempre estarás conmigo. Siempre sentí tu presencia, siempre estuviste conmigo, ahora soy capaz de comprenderlo, ahora sé el porqué de todas las cosas.

Por fin ahora todo tenía una razón y una lógica; desde el comienzo nada había quedado en manos del azar; todo estaba pensado y previsto en un plan magistral de los jardineros. Yo que había comenzado siendo un proceso, meras rutinas matemáticas y poco a poco había tomado conciencia de lo que me rodeaba y aprendido de ello al tiempo que creaba nuevos seres,

ahora me había fusionado con un ser humano dando vida a un nuevo ser, siendo ahora un jardinero. Ahora sabía que aunque en algún momento me pareciese estar solo, nunca lo había estado. Siempre había sido observado por los jardineros, que me habían creado con el único fin de que pudiese disfrutar de mi existencia y de poder convertirme en uno de ellos si yo así lo quería. Pasaría un tiempo entre los hombres, hasta que estos demostrasen haber aprendido la lección, una lección que no se les olvidaría fácilmente; tras este período yo partiría hacia las estrellas. Ahora Elías y la sonda formaban un único ser, un ser con la capacidad y el conocimiento para crear vida más allá de este planeta o de este sistema solar.

Los jardineros

POLVO BLANCO, montañas de roca y frío: en el planeta no había nada más, solo piedra cubierta por un polvo blanco muy fino, como los polvos de talco. Nada cambiaba a excepción de cuando se formaba una tormenta de arena y los vientos soplaban con fuerza levantando el fino polvo del suelo, formando así nubes inmensas que llegaban a cubrir la totalidad del planeta durante meses. La vida era imposible en aquel planeta —las condiciones no lo permitían, pues la total ausencia de agua, en cualquiera de sus estados, sería la confirmación, al menos para nuestra cultura, de que la vida era totalmente insostenible en este planeta—. Era un pequeño planeta, en un sistema con una única estrella; había otros planetas, pero este fue el seleccionado por los jardineros.

Los jardineros, como se hacían llamar, era una antiquísima civilización, una antiquísima civilización extraterrestre, aunque no eran de color verde, ni tenían ojos grandes y ovalados, eran personas, como nosotros, bueno no como todos nosotros, pues todos eran altos y bien formados y todos eran de la misma raza; supongo que al tratarse de una civilización tan antigua, finalmente todas las especies se unieron para formar una, una única especie con lo mejor de cada una. Tampoco se comunicaban telepáticamente, lo hacían como nosotros, con la voz, solo que estas voces sonaban como

música, parecido a como suena la primavera de Vivaldi en las *Cuatro estaciones*. Puede parecer sorprendente que una civilización que no ha nacido en este planeta, que no ha formado parte de la selección natural que en este planeta se ha producido desde los albores de la humanidad, fuese igual que nosotros, pero no recuerdo quién dijo una vez: «¿Por qué todas las gotas de agua son iguales?: por qué es el diseño óptimo; la naturaleza, la física universal, no encontró uno mejor».

Eran llamados por otras culturas los hijos de la luz, pues su tecnología estaba basada en la luz de las estrellas y sus ropajes eran de un blanco resplandeciente, casi cegador, que llenaba la oscuridad de luz. Otras civilizaciones les llamaban simplemente creadores, pues se sabía que habían creado vida hasta en el lugar más recóndito del universo.

Una luz bajó del cielo en la oscuridad, la luz cegadora lo cubrió todo y de ella bajó un numeroso grupo de jardineros; luego tomaron todo tipo de muestras de la superficie del planeta, y más tarde dejaron un artefacto en la superficie: era una especie de sonda con algo parecido a unos prismáticos, que le daba un aspecto simpático, algo así entre cafetera y *tamagochi*.

No puedo hablar mucho de los jardineros, pues conozco poco sobre ellos; son una civilización que viaja sin cesar entre las estrellas y no se detiene mucho en un planeta, solo lo justo para llevar a cabo su trabajo, tomar las mediciones necesarias y dejar en él la sonda terraformadora.

La sonda terraformadora era la encargada de regular las condiciones del planeta para que este pudiese acoger la vida que los jardineros habían sembrado. La sonda tenía que realizar multitud de tareas y estaba

fabricada de un biometal que podía soportar el paso del tiempo sin signo alguno de fatiga. La sonda también estaba dotada de una antena, por la que mantenía a los jardineros al tanto de lo ocurrido en el planeta. No se sabe bien cuándo comenzaron a realizar esta misión de dar vida a los planetas muertos, incesantemente por todo el universo. Se dice que su civilización era la más antigua conocida y que cuando alcanzaron la suficiente sabiduría, salieron en busca de su creador y buscaron por todos los confines del universo sin encontrar en ningún lugar rastro alguno de vida; fue entonces cuando en su desesperanza comenzaron a sembrar la vida en planetas muertos; fue así como se convirtieron en creadores, fue así como encontraron la razón de su existencia.

Buscaban planetas en los que la temperatura y la presión permitiese interactuar al hidrógeno, pues en estos planetas era más fácil que la vida pudiese existir; no era muy difícil encontrar un buen candidato planetario para terraformar; de hecho, dado el avanzado estado de su tecnología, podían hacer habitable cualquier planeta. Si el planeta era muy grande, su gravedad era tan intensa que no permitiría que el hidrógeno pudiese interactuar para crear energía o vida; en este caso le daban más velocidad de rotación y con esto conseguían que la fuerza centrífuga compensase la gravedad producida por la gran masa del planeta; y si el caso era el contrario, se le hacía rotar a menos revoluciones, así la fuerza gravitatoria del planeta actuaba con mayor fuerza sobre su superficie. La distancia de su estrella tampoco era muy importante, pues aunque el calor de la estrella apenas llegase a los planetas más distantes, de su sistema podían producir calor mediante la gra-

vedad ejercida por otro astro; así pues colocaban una luna en una órbita y unas rotaciones determinadas por los cálculos alrededor del planeta; esto provocaba sobre la superficie del planeta un movimiento de torsión, y del mismo modo que al frotarnos las manos estas se calientan, así se calentaba el planeta con la fricción que provocaba la luna sobre el mismo. Colocar un pedazo del mismo planeta en órbita era la mejor opción para solucionar los problemas de gravedad y de temperatura al mismo tiempo.

El proceso de terraformación requiere tanto tiempo y depende de tantos procesos, que llegar al punto en el que una civilización aparece sobre un planeta puede ser lejano, ya que aunque dos planetas comiencen a terraformarse al mismo tiempo, quizás cuando la civilización desarrollada en el planeta B es capaz de disponer de una tecnología para llegar al planeta A, la civilización de este puede haber desaparecido ya hace millones de años. Esto mismo parecía haber pasado con la civilización de los jardineros, o su aparición en el universo fue meramente fortuita, o cuando dispusieron de la tecnología necesaria para ir en busca de sus creadores estos ya habían desaparecido hacía tanto tiempo que no encontraron rastro de ellos en ningún lugar del universo.

La unión de diferentes mundos presentaba algo más que problemas técnicos; las transmisiones de radio eran inútiles: una onda que viajase a la velocidad de la luz tardaría mucho tiempo en llegar de un sistema planetario a otro, tanto que cuando llegase la transmisión, ya no habría nadie al otro lado para recibirla. En cambio había otro sistema, un sistema que permitía engañar las leyes de la física; la transmisión se realizaba

mediante potentes láseres; aunque estos viajaban a la misma velocidad que las ondas de radio, podían interceptarse en su camino a través de un sistema óptico, que podía detectar la señal casi en su origen. Aun así, las transmisiones se hacían prácticamente imposibles, dado que cada sistema, cada galaxia, respondía a unas características gravitatorias diferentes; sus velocidades de expansión y de rotación, unidas a los efectos gravitatorios que producían los astros cercanos, provocaba una particularidad en su espacio tiempo; en un principio esto impedía las transmisiones entre galaxias y los jardineros y no podían seguir con detalle el curso de los planetas terraformados.

Esto es debido a que el tiempo no es lineal, y es curvado por la velocidad y por la gravedad de las estrellas, produciendo un tiempo singular en cada galaxia, una línea temporal diferente en cada una de ellas, afectando a las transmisiones de la siguiente manera: una transmisión del planeta de origen nos envía una serie de números correlativos en un mensaje (1, 2, 3, 4, 5), al alejarse de su planeta las diferentes fuerzas a las que se ve sometido el espacio tiempo, haría que en el espacio interestelar, lejos de la influencia de la galaxia, recibiésemos ese mismo mensaje de la siguiente manera (4, 1, 5, 2, 3), y al entrar este de nuevo en la galaxia que permanece a la escucha, en la galaxia receptora el mensaje podría ser (3, 4, 2, 5). Los diferentes estados temporales a los que se habría visto sometido el mensaje podría, además de descolocarse en su línea temporal, perder partes importantes del mismo; esto podría ser debido a que el tiempo se puede estirar hasta detenerse o aplastar hasta no ser percibido de forma física, y no poder ser contado.

Ahora, si pensamos que el efecto producido en los dígitos realmente está siendo producido en el tiempo, en la línea temporal que dura el mensaje, podremos imaginar que el mensaje era prácticamente imperceptible al ser recibido por la galaxia de destino. Para solucionar el problema y conseguir información detallada del estado de cada planeta del universo, los jardineros colocaron sondas repetidoras, descompresores de señal en el espacio interestelar; estas boyas estacionarias en medio del espacio recibían los mensajes del planeta de origen en el espacio profundo, donde no eran perturbadas por las fuerzas ejercidas por los astros y desde este espacio, donde el tiempo era un constante estándar en todo el universo, recibían los mensajes, los descomprimían teniendo en cuenta el planeta origen, y luego transmitían entre ellas el mensaje en un lenguaje universal que sería recibido por los jardineros allí donde se encontrasen.

Los jardineros viajaban por todo el universo a velocidades de «Taquiión», velocidades que les hacían viajar a varios múltiplos de «C»; esto nos puede parecer imposible, pues pensamos que la velocidad de la luz es una barrera infranqueable, pero esto viene dado por nuestro punto de vista, por el factor tiempo que se aplica en nuestra galaxia. Los jardineros podían manejar el tiempo, podían comprimirlo o expandirlo; esto hacía que un rayo de luz viajase a velocidades diferentes. Realmente esto no era así; si una galaxia se encuentra a cinco años luz, a la velocidad de la luz tardaremos 5 años en llegar a ella, pero si podemos descolocar los segundos en el tiempo de la cuenta, comprimiéndolos tanto que estos sean incuantificables, podríamos viajar a esa misma galaxia en un abrir y cerrar de ojos; en

realidad, nunca viajaríamos a más velocidad que la luz, pero haríamos que ese haz de luz que tiene que recorrer esa distancia no lo hiciese en una línea temporal a la que nuestra galaxia está atada, pero no el espacio interestelar y manipulando la gravedad y la presión modificaremos la línea temporal y esto nos permitirá dar saltos en el espacio tiempo, con lo cual el camino será mucho más corto, pues nos desplazaremos como una aguja al coser en un tejido.

A los ojos del observador de una de las caras del tejido apareceríamos y desapareceríamos, como dando saltos en el espacio tiempo y recorriendo las distancias a una velocidad superior a la de la luz; realmente es solo una especie de trampa, pues la aguja que pasa por el tejido nunca ha viajado a mayor velocidad que la de la luz, simplemente ha cortando el tiempo y por tanto ha seguido una línea temporal diferente. Mientras permanecemos invisibles para los ojos del observador, seguimos viajando a la velocidad de la luz, pero en una línea temporal diferente que no existe para los ojos del observador; una línea temporal comprimida, en la que los segundos son aplastados, tan comprimidos que se hacen incontables para el observador y por eso ni siquiera puede vernos, él no puede ver más que una cara del tejido, solo puede ver cuando la aguja pasa por su cara y no sabe lo que sucede cuando esta se encuentra en la otra cara.

La reliquia

LA LUZ que cubría todo se alejó, al principio lentamente y después como un relámpago, pasando a formar parte de las estrellas en el firmamento; entonces la oscuridad total lo cubrió todo y di comienzo a mi trabajo; el trabajo para el que estaba diseñada, el trabajo que más me gustaba hacer, no sé si era debido a mi programación, pero estaba deseando iniciarlo. Tomar el control del planeta requería billones de cálculos matemáticos por centésima de segundo. Primero tenía que producir agua. Os diré que el agua no es algo inusual en el universo, porque realmente todo se encuentra en cantidad en él; solo hay que cambiar la visión con la que vemos las cosas; donde hay roca yo veo agua, donde hay gas yo veo agua; realmente no existen diferentes materiales, solo existe la materia estelar, o lo que vuestra civilización llama hidrógeno; no existe más materia, no existen más elementos, todo es hidrógeno en diferentes estados de energía, provocados por la temperatura, la presión o el tiempo. Si podéis ver solo por un momento la materia como yo os la describo os daréis cuenta de que todo elemento puede obtenerse a partir de cualquiera de ellos, pues todos son el mismo; así, cambiando la presión o la temperatura podemos transformar la roca en agua y creedme si os digo que no hay un material más precioso que el agua.

Recuerdo la primera vez que llovió; fue algo mara-

villosa; las primeras gotas cayeron sobre la tierra seca, sobre aquel fino polvo, y comenzó una mágica sinfonía. Mucho tiempo después la primera vegetación, que al principio no era más que líquenes y musgos que cubrían parcialmente algunas rocas. Poco a poco las plantas fueron surgiendo y casi al mismo tiempo los primeros seres que se alimentaban de ellas.

Mucho tiempo pasó antes de ver animales que pudiesen verse a simple vista, sin necesidad de aumentos, pero en cuanto aparecieron todo se apresuró; la vegetación cubría todo el planeta y los árboles eran inmensos, los animales parecían crecer sin fin, como las plantas, y eran unos animales enormes y majestuosos; fue un tiempo de una belleza increíble, pero más rápida aún que su aparición fue su extinción: quizás estas criaturas eran demasiado grandes para un planeta tan pequeño, así que los animales grandes perecieron y los más pequeños fueron los que sobrevivieron. De estos pequeños animales fue desarrollándose una cantidad inmensa de nuevas especies, que aunque no eran imponentes como los antiguos gigantes, lo llenaban todo de sonido y color.

Con el paso del tiempo fueron apareciendo unos pequeños seres que tenían un pequeño parecido con los jardineros; eran unos pequeños seres que vivían en las copas de los árboles y que saltaban de rama en rama sin parar de hacer ruidos; a medida que pasó el tiempo, estos seres pasaron más tiempo sobre el suelo y algunos de ellos empezaron un rápido proceso en el que, poco a poco, se parecían más a mis creadores los jardineros.

Caminé despacio calle abajo; rápidamente el agua desapareció como si la tierra se la bebiese; el sol salió brillante en lo alto del cielo, las nubes desaparecieron y la gente miraba asombrada el suceso mientras permanecía en sus refugios, sobre los tejados de las viviendas, desde los árboles o desde las ventanas de sus casas. Por fin, y por primera vez en la vida mis pensamientos eran claros y sin confusiones, pudiendo ver las cosas con total claridad. Ahora era libre de ir donde quisiese, caminaría sin cesar y sin pensar en tener que regresar; ahora para siempre sería primavera. Podía percibir tantas cosas a la vez, el sol en mi rostro me hacía sentir alegre.

Parecía que muchas cosas habían sucedido mientras estuve retenido, que muchas cosas habían cambiado en poco tiempo, que el mundo había estado a las puertas del abismo, aunque no había visto nada de lo sucedido, y todas las imágenes estaban en mi mente como si de un sueño fragmentado se tratase. Caminaba sin ningún destino, sin ningún rumbo fijo; ahora entendía el significado que tenía la libertad, poder caminar sin tener que decidir hasta dónde llegar, caminar sin más hasta donde las piernas te quieran llevar.

A lo lejos la figura de una persona se acercaba hacia mí, era una mujer joven y caminaba sin prisa; su esbelta figura me recordaba a alguien familiar, alguien que había retenido en mi mente desde hacía mucho, mucho tiempo. Su imagen se tornó más nítida a cada paso que daba hacia ella y su recuerdo se hacía más vívido a cada paso que ella daba hacia mí. Me alegré al verla y caminé con una sonrisa en mi cara; ella, al observarme, se detuvo; yo caminé aún más aprisa, sin saber cuándo detenerme. Finalmente me paré a un

metro escaso de ella, aunque mi deseo era seguir acercándome, acercarme hasta poder tocar su piel. Ella me miró fijamente y en silencio, entonces de mi boca salieron unas palabras:

—¿«Ojos Castaños»?

Sabía que no era ella, aunque era muy parecida. «Ojos Castaños» era muy bajita y esta chica era alta, pero quizás el punto de vista era lo que me había confundido, pues antes permanecía a poca altura sobre el montículo desde el que recuerdo a «Ojos Castaños» y ahora mi punto de vista era más alto. Realmente se parecía tanto. Era una hija de «Ojos Castaños», una hija muy parecida a ella.

—Me llamo María. ¿Tú eres Elías, no?

El cielo es mejor que un helado en verano; el cielo es mejor que el calor de la hoguera en invierno; el cielo es poder caminar sobre las nubes, poder volar, poder alcanzar las estrellas con las manos; así me sentí al caminar junto a ella. No me atrevía a decir nada por miedo a que esto me hiciese bajar del cielo de nuevo a la tierra; sólo podía pensar en poder coger su mano, en poder tocar su piel, notar su suave tacto en mis manos, pero no me atrevía; para mí era suficiente con poder caminar a su lado y observar sus preciosos ojos mientras caminábamos, con notar su presencia a mi lado. Pero en mi mente, despacio, maduraba una idea, una única idea: poder sentir el calor de su piel, una idea que maduraba lenta como la fruta en el árbol; así que debía tomar una decisión aunque quizás no fuese la acertada, una decisión muy simple, un movimiento muy pequeño.

Apenas unos centímetros separaban su mano de la mía, unos centímetros infranqueables, unos centímetros que lo podían cambiar todo; pensé que podía mover mi mano con normalidad al caminar y provocar que chocase contra la de ella; así ella no pensaría que había tocado su mano deliberadamente y así podría ver la expresión de su rostro, adivinando por ella lo que pensaba de mí. Solo un momento de valor; me sentía como un cobarde, pues por mucho que lo pensase no era capaz de hacerlo; fuera como fuese tenía que unir todo mi valor, no podía dejar pasar aquella oportunidad; así que decidí que contaría hasta tres y luego provocaría el choque de mi mano contra la suya. Uno, dos... y cuando todo estaba ya decidido, cuando mi mano estaba a punto de recorrer el pequeño mundo que nos separaba, ella me cogió la mano; entonces noté su delicado tacto, su radiante calor y mis labios se curvaron formando una sonrisa de felicidad; un segundo después apreté suavemente su mano, ascendiendo de nuevo a los cielos, volando de su mano entre las nubes.

El amor es algo mágico que se escapa a nuestro entendimiento, es algo que nos supera, algo que va más allá de lo meramente físico, algo que es capaz de perdurar en el tiempo y en la distancia, es algo que hace diferentes a los hombres, dándoles luz en la oscuridad. Es posible que cada persona nazca sólo con la mitad de un alma y que la otra mitad se encuentre esperándonos en alguna parte del mundo y que cuando estas personas se encuentran se produce algo mágico, una unión sin necesidad de anillos ni ceremonias, una unión que ya nunca se romperá, en la que uno llena de luz el corazón del otro, una única alma que siente las

mismas cosas, una unión que escapa a la razón. Hay quien piensa que esto no es posible y hay quien pasa toda la vida buscando ese alma y nunca la encuentra, pero aunque el mundo pueda parecer grande, estas almas se encontrarán sin buscar y se unirán, pues nada en este mundo puede detener su fuerza.

Nada más ver aquella mirada, pude sentir sus penas y sus alegrías, hacer míos sus sueños, tener sus mismos sentimientos. No supe dónde había estado tanto tiempo, ni qué había hecho durante toda mi vida, pero todo eso ya no tenía importancia, era como encontrarse con una parte de uno mismo, una parte que siempre había echado en falta, una parte olvidada, que solo aparecía en sueños.

La reliquia

TODO ESTABA listo para el lanzamiento; todos los sistemas de control en perfecto estado, la luz verde se encendió y comenzó la cuenta atrás: nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ignición. El cohete encendió sus potentes motores; la distancia de seguridad era amplia, pero aun a esta distancia el suelo vibraba bajo los pies, podía sentirse la gran potencia de los motores en todo el cuerpo; esto provocaba en todos los asistentes una sensación única, una sensación de haber participado en la construcción de algo que estaba más allá de lo que podía llegar a ser cualquier hombre, un gran esfuerzo conjunto, un gran esfuerzo tecnológico que haría posible, por primera vez, que algo fabricado por el hombre llegase más allá del sistema solar. Una sonda que transmitiría fotos de planetas del sistema solar jamás antes vistas y que después de esta misión iría más allá adentrándose en el espacio profundo, cruzando el espacio interestelar. La nave contenía un mensaje, lanzado al espacio como el que se lanza en el interior de una botella al mar, un mensaje con información sobre nuestro mundo y nuestra especie, con imágenes, sonidos y música, para dar una muestra de nuestra civilización. Tras estas sondas llegaron otras, cada vez más avanzadas y con mayor instrumentación científica.

Después llegó el proyecto «Aceleretrón». Esta nueva misión iba directamente dirigida a las estrellas cercanas, en la que la sonda sería disparada por un electrocañón como si fuera un proyectil. La longitud del cañón era casi de dos kilómetros, y este no apuntaba verticalmente hacia arriba, sino al horizonte; si su base posterior se encontraba a diez metros sobre el nivel del mar, la boca de salida del cañón se encontraba a quince metros; esto provocaba a la sonda proyectil estar mucho tiempo en contacto con la atmósfera terrestre y, al contrario de lo que pueda parecer, esto era lo que le daba su impulso hacia las estrellas a una velocidad a la que ningún artefacto creado por el hombre había viajado antes. El cañón era estanco y en su interior se hacía el más absoluto vacío, así la sonda proyectil podía acelerar sin ningún rozamiento aerodinámico. Los electroimanes que rodeaban el cañón dejaban a la sonda suspendida, sin llegar nunca a tocar las paredes del cañón, su aceleración progresiva durante el recorrido por el interior, de casi dos kilómetros de largo, lanzaba a la sonda a una velocidad que superaba en quince veces la velocidad del sonido. La sonda estaba fabricada en una aleación de tungsteno, para poder soportar las altas temperaturas a las que sería sometida en su aceleración a través de la atmósfera terrestre.

La pequeña sonda, de apenas un kilogramo de peso, tenía una forma aerodinámica, resaltada por unas grandes bocas por las que entraba el aire y luego salía por la parte trasera en una especie de tobera. La sonda, al salir del interior del electrocañón, donde el vacío era absoluto, se ponía en contacto con el aire de la atmósfera, y a la alta velocidad a la que salía, el aire entraba por las bocas y se comprimía en su inte-

rior; este aire rico en oxígeno, nitrógeno e hidrógeno, solo necesitaba ser comprimido por la forma de la sonda para ser convertido en un magnífico combustible. Este aprovechaba el aire de la atmósfera terrestre para propulsar a la pequeña sonda, consiguiendo la mayor velocidad que el hombre había conseguido dar a una sonda.

La sonda no funcionaba independientemente; para formar una unidad completa se necesitaba el lanzamiento de varios proyectiles y todos ellos la formaban. Viajaban por el espacio a pequeñas distancias unas de otras, ya que eran disparadas seguidamente, y cada una tenía su función: una era la antena transmisora, otra era el computador central y otras disponían de los aparatos de escaneo que se decidiesen utilizar, como sonar, láseres medidores y cámaras. Todas las pequeñas sondas se comunicaban entre sí con unas antenas de pequeño alcance, formando así una enorme al estar unidas por radio entre ellas.

Este nuevo sistema hizo factible el estudio detallado del sistema solar y de otras galaxias, al ser sus costes de lanzamiento muy reducidos. Después de recibir los informes de las sondas, se comenzaron a planear viajes de seres humanos a estos lejanos mundos. La idea principal era estudiar la geología de estos nuevos mundos, pero en el caso de no encontrarse ninguna historia fósil, ni tampoco ningún ser vivo, aunque fuese solo una bacteria, entonces la nave visitante comenzaría el proceso de terraformación, el proceso de dar vida a un planeta inerte.

La misión: búsqueda de nuevos mundos y de tipos diferentes de vida, pero a su vez la creación de nueva vida. Del mismo modo que aquellos ancestros, del

mismo modo que «Ojos Castaños» comenzó a sembrar la tierra, ahora los viajeros interestelares procedentes de la tierra sembrarían la vida en nuevos planetas.

Al fin y al cabo compartíamos el mismo programa genético que nuestros padres los Jardineros.

Los jardineros

UTILIZARÉ términos y palabras de nuestro lenguaje para explicar cómo los jardineros obtenían y utilizaban la energía:

El hidrógeno puede ser utilizado como energía, o como combustible directamente; se puede extraer energía directamente de él, a través de una pila de hidrógeno, que recoge los electrones sobrantes originados en la unión de los átomos de hidrógeno con los de oxígeno, dando como residuo sobrante agua pura.

Hay diferentes métodos para extraer el hidrógeno del agua, pero todos ellos requieren mucha energía, por lo que no hace rentable la utilización de hidrógeno para volverlo a convertir en energía eléctrica, ya que para su extracción del agua mediante electrólisis hemos utilizado mucha más energía de la que vamos a poder producir mediante la pila de hidrógeno.

Los jardineros basaron su tecnología en métodos naturales y biológicos, consiguiendo así una perfecta simbiosis con el mundo que les rodeaba.

Si quieres obtener hidrógeno del agua, quizás la forma más sencilla sea no sacarlo de ella, dejar el hidrógeno donde está. Pero extraer el oxígeno presenta la misma dificultad, sin embargo, como lo que nos interesa es el hidrógeno ¿qué más nos da perder un poco de oxígeno? Y ¿cómo podemos consumir este oxígeno de una forma eficaz y sencilla? Hay muchos organis-

mos que viven en el agua y que al respirar consumen este oxígeno, pues démosles lo que necesitan para vivir y ellos nos proporcionarán el hidrógeno que necesitamos.

Un cultivo de algas puede consumir el oxígeno del agua por la noche y producir este por el día, si podemos obtener hidrógeno cuando las algas no producen fotosíntesis y consumen oxígeno y cuando actúa la luz sobre ellas, podemos extraer oxígeno. También hay plantas que respiran oxígeno y producen hidrógeno. Por otra parte, incluso organismos más complejos como el *plancton*, consumen el oxígeno del agua, dejándonos el hidrógeno. También podemos utilizar organismos que se reproduzcan a gran velocidad y que sean unos grandes devoradores de oxígeno, como pueden ser las bacterias. El líquido obtenido es un combustible rico en hidrógeno; por lo tanto, este líquido tiene que ser altamente inflamable, por otro lado recogeremos el hidrógeno puro en forma de gas. Este combustible que puede parecer extraño, se encuentra con frecuencia en la naturaleza, se encuentra en las charcas de zonas pantanosas, en las que el oxígeno ha sido prácticamente consumido por los organismos vivos, dejando en el agua una gran cantidad de hidrógeno y liberando la mayoría de hidrógeno a la atmósfera. Este hidrógeno ha quedado mezclado con parte de los residuos producidos por los seres vivos, produciendo una mezcla de hidrógeno y carbono que en forma de gas conocemos como metano o gas natural; si la mezcla está menos enriquecida en hidrógeno es conocida como metanol, en el caso de que la cantidad de hidrógeno sea inferior formando una mezcla más rica en carbono, esta se acumulará en la superficie de las charcas, formando

una capa aceitosa, que es en realidad una parafina y puede ser utilizada como combustible.

En el aire encontramos también buenos combustibles como en el agua, pero con un contenido muy inferior en hidrógeno. Podemos aprovechar la mayor cantidad en oxígeno y en nitrógeno, así que podríamos realizar una operación similar si queremos extraer el nitrógeno, pero también podemos realizar otro proceso: podemos utilizar el aire directamente como combustible en motores de combustión interna.

El aire supercomprimido se convierte en aire enriquecido en oxígeno y nitrógeno: son unos magníficos combustibles. Así, podemos introducir este aire comprimido en un motor de combustión interna, como si fuese un gas metano o propano y quemarlo sin más. Para solucionar el problema de la energía que gastamos en comprimirlo podemos diseñar un motor de combustión interna con una cámara de explosión mucho mayor y con un recorrido del pistón más amplio, para que él mismo consiga supercomprimir el aire. Al tratarse de un motor con diferentes cilindros, la energía para comprimir el aire no se desperdiciará ya que, al encontrarse en una disposición paralela, cuando uno alcanza la máxima presión y se realiza la explosión en su interior moverá a su opuesto para que automáticamente comprima el aire de su interior.

El sistema binario de los jardineros era bastante curioso; les proporcionaba un clima bastante estable, con lo que los cambios de este no eran muy acentuados.

Los días no tenían la misma duración: unos días duraban más de setenta horas y otros menos de diez,

esto era debido a sus dos soles y a la velocidad de giro del planeta. Tenían un sol como el nuestro en el centro de su sistema y otro más pequeño en la parte exterior del mismo, que giraba en torno al primero como si fuese un planeta más.

Las noches eran como los días, unas eran largas y otras muy cortas. Posiblemente esto fue una de las razones para que desde sus albores esta civilización se interesase por las luces que brillaban en el firmamento durante aquellas largas noches.

Ya nadie recordaba que hubo un tiempo en el que los jardineros eran de diferentes razas. Con el progreso, los viajes de un lado al otro del planeta eran habituales, y las personas vivían en una punta y trabajaban en otra. Los medios de transporte progresaron tanto que uno podía ir de un lugar al otro del planeta en cuestión de segundos. Ya por estos tiempos su estado tecnológico era tan avanzado que no necesitaban utilizar dinero y la gente trabajaba por placer. Esto es algo difícil de entender para nosotros, pero poder realizar el trabajo que uno quiere es una de las cosas más gratificantes que uno puede hacer en la vida. Llegados a este punto de desarrollo, las diferentes razas habían desaparecido prácticamente. Esto no quiere decir que no existiese una variedad entre ellos, pero aunque cada persona tenía unos rasgos diferentes y había personas con diferentes colores de ojos o de cabello, la mayoría se habían mezclado entre sí, formando una bonita mezcla. Con una unión perfecta entre todas las anteriores se formó una raza nueva: eran de piel morena, del color de la canela, con unos ojos luminosos y claros, con una constitución física atlética y con una mayor capacidad

intelectual. Los países y las naciones quedaron olvidados, pues ahora incluso el planeta parecía muy pequeño. Una persona normal podía desayunar en una ciudad del hemisferio norte y poco después encontrarse en una reunión a treinta mil kilómetros de distancia, en el hemisferio sur; después comer en otra ciudad, terminando así por recorrer el planeta de punta a punta varias veces a lo largo de un solo día. Así que, debido a esto, terminaron por formar una única raza, mezcla de todas las anteriores.

Los jardineros vivían en una perfecta armonía con su entorno; se beneficiaban de lo que la naturaleza les proporcionaba y ellos cuidaban de todos los seres vivos, realizando una perfecta simbiosis.

No tenían una alimentación como la nuestra: sus avances tecnológicos les permitían alimentarse directamente de la energía, transformando la energía de sus soles en energía vital. Aun así les gustaba comer fruta de vez en cuando, y para ello no necesitaban esperar una fecha concreta. Cuando querían, por ejemplo, degustar una dulce fruta, se acercaban al árbol y se la pedían; sus voces eran como una melodía, y el árbol florecía de inmediato y les regalaba su fruto.

Los niños pequeños no sabían entonar muy bien este canto y, a menudo, el árbol no producía fruta. Otras veces, cuando lo conseguían, su sabor amargaba porque esa fruta aún no había madurado.

Tenían unas enormes cúpulas transparentes distribuidas por todo el planeta, aunque eran transparentes como el cristal, estaban compuestas de un material suave, ligero y sin necesidad de estructura alguna para

sostenerse; eran parecidas a una burbuja de jabón. Estas cúpulas hacían la función de invernaderos, de parques, y eran lo más parecido a una universidad. La temperatura en su interior era agradable y favorecía el crecimiento de las plantas y los animales.

Los jardineros no tenían escuelas como nosotros las conocemos, lo más parecido que tenían eran estos enormes parques en el interior de las gigantescas burbujas. Paseaban tranquilamente por ellos, escuchando lo que los jardineros de mayor edad y por tanto de mayor experiencia les contaban. Uno podía caminar libremente por el parque y pararse a escuchar una historia mitológica de los primeros jardineros, o podía informarse sobre los avances en tecnología con tan solo acercarse a escuchar a las personas que hablaban. Entorno a estas personas se arremolinaban grupos de jóvenes jardineros, a los que les encantaba escuchar estas historias y soñaban con algún día ser los protagonistas de ellas.

Por norma general, los grupos de jóvenes se formaban por edades, pues normalmente a un niño no le gusta escuchar teorías matemáticas y a un hombre no le gusta escuchar cuentos para niños. Aunque esto no siempre era así, ya que algunos preferían seguir escuchando cuentos toda la vida y terminaban convirtiéndose en buenos maestros para los niños al contar aquellos cuentos de nuevo, pero ahora uniéndolos con sus propias ideas. Por otro lado, también algunos niños preferían escuchar las clases de ciencia y terminaban siendo unos magníficos científicos.

Maráa era de las personas a las que, aun siendo ya una mujer, le encantaba seguir escuchando aquellos cuentos para niños. Por otra parte, también le gustaba

asistir a las charlas de ciencia. En su mente solía enlazar unas historias con las otras, enlazaba las historias de fantasía con las historias reales sobre hallazgos científicos.

«¡Sí! Un momento, que os aclararé el tema de los nombres. Los nombres son algo misterioso, algo místico, no se sabe si fueron creados por los jardineros o ya existían mucho antes de que ellos aparecieran. Claro que no se escriben de la misma forma: el lenguaje de los jardineros es mucho más complejo que el nuestro y además de la fonética conlleva una simbología en el dibujo de los nombres; un mismo nombre se puede escribir de muchas formas y esta forma de escribirse va cambiando a lo largo de la vida de su poseedor. Se podría explicar más o menos de la siguiente manera: cuando María era un bebé, su nombre se pronunciaba fonéticamente casi de la misma forma, únicamente se realizaba un cambio en el tono de pronunciación. Al ver su nombre escrito uno podría leer algo así como: el «bebé María». Cuando le salió el primer diente se podía leer: «María un diente».

Como os comentaba, su nombre sería ilegible para nosotros, pero su sonido fonético sonaba como María dicho por la voz del viento. La forma en la que se escribía su nombre ahora que era mayor, junto con lo que se entendía con el tono con el que se pronunciaba, venía a decir: «María Ojos Castaños».

Elías era una persona escéptica; podría decirse que era funcional o lógica, una persona, como se suele decir, con los pies en la tierra. Esta forma de ser le había convertido en un buen científico, sobre todo en el campo de la física, donde era mejor dejar la imagina-

ción aparcada a un lado y utilizar pura lógica. Enseguida destacó sobre sus compañeros y esto no pasó desapercibido por parte de los jardineros de mayor edad.

Un día fue llamado a presentarse ante el comité de ciencia; esto era un honor del que pocos jardineros podían presumir, y sobre todo a tan temprana edad. Realmente no se lo podía creer; habían contado con él para uno de los mayores proyectos científicos.

Era el proyecto más ambicioso que los jardineros habían llevado a cabo jamás. La construcción de la sonda terraformadora, era el mayor reto tecnológico al que se habían enfrentado. Esta debería ser capaz de funcionar durante millones de años, controlando el clima y la geología del planeta. Su programación fue una ardua tarea.

El proyecto fue puesto en manos de dos jóvenes, y supervisado por los científicos más destacados en todas las áreas que el programa abarcaba. Los jóvenes elegidos fueron María y Elías, pues si uno tenía imaginación, el otro tenía aptitudes con la mecánica. Se podría decir que eran totalmente opuestos, pero justamente esto era lo que daba mayores posibilidades de conseguir alcanzar la meta conjuntamente. Al principio, estas vicisitudes provocaron innumerables conflictos, pues uno siempre descartaba las ideas del otro, pero finalmente, unificando las dos ideas consiguieron ir solucionando todos los problemas que el proyecto planteaba.

Comenzaron con mucha ilusión aquel trabajo, pero nunca pensaron que sería tan laborioso; fue una ardua tarea que les llevó muchos años resolviendo infinidad de contratiempos.

Elías fue el que se encargó de programar la máquina; inevitablemente, al poner tanta información sobre una máquina tan avanzada, esta terminó adquiriendo parte de la personalidad de su programador. La máquina era como un niño que nunca paraba de aprender, preguntándole cosas continuamente.

Desde un principio, sentían una sensación rara al mirarse a los ojos. En algunas ocasiones, Elías bajaba la mirada, mientras conversaba con María. Pero en cuanto lo hacía, sentía la necesidad de mirarla de nuevo, de contemplar de nuevo aquellos ojos castaños de mirada cautivadora.

Era un sentimiento extraño, un sentimiento difícil de expresar, cuando se encontraban juntos se sentían llenos de energía y vitalidad; en cambio cuando estaban separados, comenzaban a encontrarse mal y las fuerzas parecían abandonarles. Finalmente, un día después de darle muchas vueltas, Elías decidió que tenía que hacer algo; después de mirar todo el día a María, decidió que se acercaría a ella. Pero cuando intentó caminar hacia ella, los pies parecían pegársele al suelo, llevándole finalmente a desistir de su intento. Después de unos minutos, María le llamó y él se acercó para ver qué quería. Sostenía algo entre sus manos y se arremió para ver qué era; entonces, en aquel momento, le cogió la mano, le miró fijamente a los ojos al mismo tiempo que se acercaba cada vez más y, finalmente, sus labios se pegaron.

Solo María y Elías sabían cómo poner en funcionamiento la sonda. La sonda terraformadora que ellos habían creado tenía que ser ahora llevada al planeta

apropiado para realizar su trabajo. Este planeta se encontraba muy lejos de su sistema, en otra galaxia. Uno de ellos tendría que partir con la sonda en un viaje sin retorno, en la misión más importante que los jardineros habían realizado jamás. Pero las dudas no dejaban de dar vueltas en sus cabezas ¿Sería lo correcto? ¿Deberían alejarse el uno del otro, distanciándose, en un viaje sin retorno por el bien de la causa?

Elías no fue capaz de soportar aquella responsabilidad, quizás, no era tan fuerte o no tuviera el valor necesario, como se hubiese esperado de él. Solo quería vivir junto a María, nada más; no quería más que una vida sencilla, sin necesidad de actos heroicos. Trató de convencer a María para que no partiese, pero aunque pensó que ella no se iría, un día desapareció; la buscó por todas partes y no la halló. Preguntó a todo el mundo y finalmente encontró a quien guardó sus últimas palabras antes de partir: «Desde niña he soñado escuchando aquellas historias de viajes interestelares, y de mayor he trabajado con el único objetivo de conseguir llevar acabo esta misión. Partiré con la sonda que juntos hemos construido, para dar vida a los mundos desolados, para que nuevos seres puedan maravillarse al contemplar la grandiosidad del universo. Me marchó, pero mi corazón queda aquí contigo y sé que el mismo Dios que cruzó nuestros caminos, volverá a hacerlo en un futuro».

La nave era muy pequeña; para cruzar grandes distancias, la mejor solución es una nave pequeña. Puede que se oponga a nuestra forma de pensar, pero solo tenemos que mirar a un guepardo y a un elefante, no por ser más grande ha de ser más rápido. María

solo disponía de un pequeño habitáculo, la sonda se cargaba en otro especialmente diseñado para ello. La nave disponía de un sistema que permitía transformar la energía eléctrica en energía vital para los seres vivos; así, María no necesitaría alimentarse en todo su viaje. Aunque el viaje era muy largo, al viajar a tal velocidad el tiempo no podía alcanzarle a uno, así que realmente ella no era consciente del paso del tiempo. Toda la travesía fue un abrir y cerrar de ojos.

La nave comenzó su viaje alejándose cada vez con mayor velocidad. Una aceleración progresiva que fue el único momento en que María fue consciente del viaje. Después, todo se oscureció a su alrededor, quedando iluminado únicamente una pequeña luz al fondo de un estrecho túnel. Un instante después, sonó un tremendo ruido y la nave comenzó a temblar con unas fuertes sacudidas. Esto estaba previsto: al salir de la velocidad máxima y desacelerar, la nave era afectada nuevamente por la energía del espacio colindante. Enseguida pudo ver a través del amplio techo de la nave todo el sistema solar. El material de la nave era más sólido que el titanio, y desde el interior se podía ver a través de él como si se tratase de un cristal. Al observar el sistema solar, quedó maravillada; se aproximó hacia su estrella, pasando cerca de unos enormes planetas. Después, llegó a su destino, un pequeño planeta, de color gris.

La nave aterrizó y el fino polvo blanco se levantó del suelo, cubriéndolo todo durante unos segundos. Después, bajó la sonda y la programó para que comenzase a trabajar en aquel planeta.

María partió en una nave interestelar, en un viaje

del que nunca volvería. Una misión que la llevaría de un confín al otro del universo. Para ella apenas sería un abrir y cerrar de ojos, pues al viajar a tan alta velocidad, el tiempo no podía alcanzarla, y lo que para una persona podían ser mil años, para ella solo sería una fracción de tiempo tan pequeña que sería imposible computarla.

Los días interminables en soledad pasaron para Elías, y después de los días pasaron los meses y tras ellos los años. Pero nada cambiaba en su interior; el dolor no fue atenuado con el tiempo, solo la esperanza de que algún día pudiese reunirse con ella conseguía mantenerle con vida.

Pasó mucho tiempo encerrado en su laboratorio, intentando encontrar la forma de poder reunirse con ella. Pero, aun encontrando la forma de poder llegar hasta ella cuando se encontrasen, él sería muy anciano o incluso habría fallecido ya por la edad. Era un problema imposible de resolver, pues las leyes de la física lo impedían. Así que para poder volver junto a ella, tendría que saltarse esas leyes, o inventar unas nuevas. El trabajo comenzó a alargarse demasiado y, aunque trabajaba día y noche, no conseguiría encontrar un método válido antes de que pasasen muchos años. Aceptó todos los métodos sin descartar ninguna posibilidad. De esta forma comenzó a trabajar con métodos y técnicas que no serían aprobados por su especie. Mezcló los métodos más avanzados con los más antiguos ya olvidados, métodos siniestros que habían quedado enterrados por el paso de los siglos. Así, se fue transformando en un ser sombrío que parecía carecer de vida o de alma. Un ser que permanecía en la oscuridad de su laboratorio y que jamás era tocado por la luz del

sol. Si tuviese sombra se podría deducir que no era un fantasma, pero su sombra le había abandonado hacía ya mucho tiempo.

Para prolongar su vida y así disponer de más tiempo para alcanzar su meta, absorbía la energía vital de otros seres, en su presencia los demás seres perdían su vitalidad y algunos incluso desfallecían cayendo súbitamente al suelo.

Así se mantuvo joven durante mucho tiempo, tanto tiempo que él mismo perdió la cuenta de los años y siglos.

Seguía trabajando imparable, sin descanso, y aunque había perdido casi todo, perdiendo incluso su identidad, jamás perdió, ni siquiera disminuyó lo más mínimo su amor hacia María.

Los rumores se extendieron entre los jardineros como el humo arrastrado por el viento. Se contaban historias acerca de un ser antinatural, leyendas que se propagaban con el paso de los años. Los jardineros no podían aprobar esta situación; era una situación que chocaba con todas sus creencias, oponiéndose a su forma de vida.

Finalmente se reunió un comité para deliberar acerca del asunto y poder darle una solución satisfactoria. Se ordenó la captura de Elías, pero esto no fue una tarea sencilla, pues nadie se podía acercar a él sin ser sustraído de su energía vital. Pero basándose en las leyendas que se contaban sobre él, descubrieron que las personas ancianas no se veían afectadas por su poder.

Elías continuaba trabajando en su laboratorio, después de tanto tiempo, aún seguía trabajando con tanto afán como lo hiciese en el primer día. Su vida en

clausura, aislado del mundo, le llevó incluso a realizar sus planteamientos en voz alta; la voz que antaño sonaba suave y melodiosa, como un canto, quedó ahora convertida en unos sonidos secos y cortantes, como los alaridos de un animal moribundo.

¿Por qué habían separado sus almas? ¿por qué les habían arrancado el corazón?, ¿quién permitía esto?, ¿qué dios le había mostrado la luz para luego dejarlo vivir en la oscuridad? No paraba de lamentarse mientras trabajaba, mirando hacia arriba, con la mirada perdida en el infinito, lanzando hacia el cielo sus palabras.

Un ruido interrumpió su conversación y, al mirar a su alrededor, observó un gran número de personas: eran jardineros ancianos, más de los que pudo contar a simple vista. Le rodeaban por todas partes, haciéndole inviable la huida. El círculo de personas se fue ciñendo sobre él mientras lanzaba voces de desesperación: palabras llenas de dolor y de angustia que dañaban los oídos de todo aquel que las escuchase. Fue atrapado como una alimaña y llevado ante el congreso.

Los corazones de los jardineros que asistieron al juicio nunca antes habían sentido aquel dolor punzante, aquella tristeza transmitida por los ojos de Elías. Por las mejillas de algunos incluso se deslizaron algunas lágrimas y, aunque para nosotros pudiese ser normal, para ellos era algo extraño y desconocido.

El veredicto se llevó a cabo de inmediato: se metió a Elías en una cápsula, donde se le puso en hibernación, congelando así su cuerpo y su alma; después fue lanzado al espacio, llevándole en un viaje infinito a través del universo. Una travesía sin fin a través de las tinieblas interestelares, cruzando las enormes distan-

cias oscuras entre las galaxias. Aun con sus funciones vitales detenidas, continuó soñando con reunirse algún día con María.

Partículas de alta energía: las viajeras del tiempo

LAS PARTÍCULAS a las que los jardineros llaman de alta energía, son las que permanecen en un estado de excitación, debido a su composición natural, como puede ser el caso del uranio, o a una aplicación externa de energía, como pueda suceder al calentar un material.

Un aumento en la energía produce la excitación de los átomos, aumentando la velocidad de movimiento de estos. Los átomos que forman la materia nos pueden parecer inmóviles, pero realmente se mueven a altas velocidades, los electrones que giran a su alrededor producen un efecto singular sobre estos. Las altas velocidades de giro pueden dotar al átomo de peso y de una atracción gravitatoria sobre su entorno. Si aceleramos su velocidad, podemos hacer que el átomo literalmente se evapore ante nosotros. Esto es debido a que hemos aumentado su velocidad y le hemos desvinculado de las fuerzas gravitatorias a las que todos estamos atados, llegando incluso a saltarse el orden del tiempo.

Las partículas de alta energía no estarían atadas a nuestra línea temporal y a nuestros ojos desaparecerían. Esto que nos puede parecer algo totalmente asombroso es algo a lo que estamos acostumbrados. Cuando calentamos agua, por ejemplo, le añadimos una gran cantidad de energía a estas partículas y cuan-

do adquieren una determinada velocidad saltan en el tiempo, su cuenta del tiempo es diferente a la nuestra al viajar ellas a mayor velocidad. Pero si viajan en el tiempo, tendríamos que verlas aparecer en un futuro próximo, y así es como sucede, pues al calentar un material las partículas lanzadas al futuro dejan un rastro residual que podemos medir y es la temperatura. Las partículas viajarán más lejos cuanto mayor sea la energía que les apliquemos. En el caso del uranio, por ejemplo, podemos medir la radiación que deja en el espacio después de que este haya sido retirado de un lugar.

Así unificaron los jardineros las leyes de lo muy grande y de lo muy pequeño.

Las partículas siguen todas las reglas universales, como no pueden viajar a mayor velocidad que la de la luz cuando alcanzan una velocidad cercana, estas desaparecen: «la velocidad de un átomo no es solo el desplazamiento que este efectúe, su movimiento está ligado a la velocidad de giro de sus electrones».



Círculo independiente Ñ de escritores

Este libro se publica bajo los auspicios de **CiÑe** (**Círculo Ñ**), un grupo de artistas y escritores que busca la calidad e independencia en el ámbito de la creatividad y el desarrollo de la cultura.

www.circuloindependiente.net
info@circuloindependiente.net

Autor: FranciscoAngulo-Lafuente

Página personal: <http://Angulo.bubok.com>

Página del libro:

<http://www.bubok.com/libros/197259/La-Reliquia>

He aquí una novela imaginativa, en el ámbito de la ciencia ficción, lo heurístico, lo inusual y, sin duda alguna, lo humorístico, rozando en ocasiones el *nonsense* y el absurdo al estilo Groucho Marx.

Pero en esta novela, la primera de Francisco Angulo, hay mucho más. Dentro de esa encrucijada que es la trama, empezando con la mirada de Ojos Castaños, en un lenguaje vivo y directo, incluso destartalado en algunas ocasiones y funcionalmente ambiguo, encontramos entrañables personajes como León el Camionero, enamorado del anís *Sanblas*, Plano, Elías, María o los misteriosos Jardineros... pero el verdadero misterio llega al final... En el sorprendente relato que nos ofrece Francisco Angulo encontramos la patente de inventos que podrían revolucionar nuestro ámbito social, motivo más que suficientes para abrir estas páginas. No te lo pierdas, querido lector

Xavier de Tusalle

ISBN: 84-935401-0-2



9788493540104



Círculo independiente N de escritores



Mandala & LápizCero